

El Colegio de México

Centro de Estudios de Asia y África

**LA EMERGENCIA DEL NECROEMPODERAMIENTO EN EL ESPACIO
FRONTERIZO DEL ESTE CONGOLÉS.
UN ANÁLISIS MULTIDIMENSIONAL DE LOS CONFLICTOS EN LA
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO (C. 2003-2019)**

Tesis presentada por

DAVID MOUZO WILLIAMS

para optar al grado de

MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

ESPECIALIDAD: ÁFRICA

Director de tesis:

DR. JEAN BOSCO KAKOZI KASHINDI

Comité tutorial:

DRA. NATALIA CABANILLAS

DR. MARCO ANTONIO LUGARDO REYES

Ciudad de México, 2024

El Colegio de México
Centro de Estudios de Asia y África

**LA EMERGENCIA DEL NECROEMPODERAMIENTO EN EL ESPACIO
FRONTERIZO DEL ESTE CONGOLÉS.
UN ANÁLISIS MULTIDIMENSIONAL DE LOS CONFLICTOS EN LA
REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL CONGO (C. 2003-2019)**

Tesis presentada por
DAVID MOUZO WILLIAMS
para optar al grado de
MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA
ESPECIALIDAD: ÁFRICA

Director de tesis:
DR. JEAN BOSCO KAKOZI KASHINDI

Comité tutorial:
DRA. NATALIA CABANILLAS
DR. MARCO ANTONIO LUGARDO REYES

Ciudad de México, 2024



Índice

Agradecimientos	3
Resumen	5
Abstract	6
Glosario de acrónimos y abreviaciones.....	7
<i>Introducción</i>	10
La República Democrática del Congo en la historia reciente (c. 2003-2019)	12
Metodología.....	14
Marco teórico y Estado del arte	16
<i>Capítulo 1. Colonialidad, necropoder y militarización en la larga duración</i>	32
1.1. Genealogías del necroempoderamiento en la larga duración	32
1.1.1. Privatización del Estado, la tierra y la soberanía.....	33
1.1.2. Transformaciones bajo el aparato estatal de Mobutu (1965-1997).....	40
1.1.3. Primera y Segunda Guerra del Congo (1996-2003)	48
1.2. La construcción de una economía de guerra y sus consecuencias (c. 1994-2019)..	54
1.2.1. Grupos armados irregulares y capilarización con las FF. AA.....	54
1.2.2. Los contemporáneos conflictos y las fuerzas armadas congolesas.	57
1.2.3. Identidad y explotación en los espacios fronterizos del este congolés	61
<i>Capítulo 2. Los discursos monocausales y la necesidad de recuperar la historicidad</i> ..	64
2.1. La emergencia de los discursos monocausales sobre la RDC	64
2.1.1. Las reconfiguraciones conceptuales de los discursos desde el Norte Global hacia la década del noventa	64
2.1.2. Nuevos impulsos de la guerra contra el terror a los discursos hegemónicos sobre el Sur Global a partir del 2001.....	70

2.2. Análisis y respuestas a los principales discursos monocausales.....	71
2.2.1. Estado fallido.....	72
2.2.2. Maldición de los recursos y África como espacio por fuera de la globalización. ..	75
2.2.3. La violencia como pulsión étnica y la violencia sexual como pulsión biológica...	81
<i>Capítulo 3. El necroempoderamiento en el este congolés</i>	<i>93</i>
3.1. Nuevos aportes desde necropolítica	93
3.1.1. Génesis, inspiraciones y esfuerzos paralelos del texto fundacional.	94
3.1.2. Respuestas a la lectura materialista de necropolítica.....	100
3.1.3. Críticas a la perspectiva de género presente en el texto original.....	104
3.2. Necropolítica desde la multidimensionalidad: el caso del este de la RDC	109
3.2.1. Espacialización e identidad: género-etnicidad, frontera y soberanía.....	109
3.2.2. Lógicas de necroempoderamiento en los perpetradores.	110
3.2.3. Acumulaciones de capitales por el necropoder y resistencias a ello.	113
<i>Conclusiones.....</i>	<i>116</i>
<i>Bibliografía.....</i>	<i>120</i>
<i>Mapas</i>	<i>142</i>

Dedicatoria

A las personas migrantes, refugiadas, buscadoras de asilo, expats y extranjeras. A mi familia, que siempre me ha cuidado, y a los pequeños hogares que hice y perdí en Argentina y México. A mi papá, cuyo acto revolucionario diario fue ser un hombre bueno frente a un mundo injusto. A quienes escribo y quienes me leen, *asante, merci, brigado, thank you*, gracias.

Agradecimientos

A mi pequeña familia, la que siempre estuvo presente. A mi papá, Alberto, cuyo apoyo constante, modelo de una masculinidad sana y cariño integral fueron un bálsamo cuando no sabía que lo necesitaba. A mi hermano, Facundo, que me dio un compañero de juegos diario toda mi infancia y a quien siempre admire por su carácter extrovertido y código ético. Y a mi mamá, Sara, que acompañó mis decisiones de todas las formas que cuentan, y cuyo ejemplo como una mujer profesional me permitió ser segunda generación de universitarios. A mis abuelidades paterna y materna, y especialmente a mi abuela, Sara, cuyas meriendas los miércoles e introducción a las letras me llevaron por este camino.

Agradecer a Marianne, que fue mi pareja por más de siete años y que, aunque nuestras vías hayan divergido, fue un impulso y un pilar por parte de mi vida adulta y profesional. Y mencionar a los muchachos del C, y especialmente a Harry, Michel, Federico(s) y Luciano, que me dieron amistad, cuando pensé que la escuela me iba a quitar todo. Y también a estudiantes de la FaHCE como Sebastián, Lucas y Diana, cuyos ejemplos como profesionales siempre me animaron a más cuando no sabía todavía mi rumbo.

Quiero empezar a devolver con el presente una minúscula parte a Cabanillas, mi lectora, quien conmocionó mi carrera y vida personal. Fue a través de ella que conocí a los estudios feministas, latinoamericanos, y de Asia y África, así como estuvieron Onaha, Pfoh,

Balbuena, Lanare, Carrera, Dupuy y Margueliche de la FaHCE-UNLP. Y en un artículo recomendado por Cabanillas conocí a Reyes, quien ahora es el otro indispensable sinodal de este escrito. Eventualmente, también por la recomendación de ella, conocí a Kakozi, con quien iniciamos en 2016 una relación amistosa y profesional que intermitentemente continuamos por correo electrónico y congresos, y que culminó en que sea mi director.

Al acompañamiento proporcionado por CONAHCYT y la beca de finalización de tesis por parte de FORDECYT-PRONACES. A mi compañero, compañera y compañerx de la especialidad África del CEAA-COLMEX. A Yoslán, que me ofreció empatía como hermano migrante y desde México, Cuba o Ghana siempre estuvo para atender un mensaje o llamado. A Rebeca, cuya sabiduría y sentir-pensar me apapachó momentáneamente cuando perdí mi hogar en México. Y a Elisa, quien me rescató en la frontera rwandesa-congolesa y frente a inconvenientes aeroportuarios en Nairobi y París, y fue la persona con la que compartí brevemente muchas más experiencias.

A Open Society por suministrar parte de lo necesario para mi viaje de estancia, y a Safari, Berthilde, Kabano y Gilbert, quienes verdaderamente lo hicieron posible. A Joaquín y Taty, que me invitaron a mi primera visita turística y comida en CDMX. Al Dr. Ricardo, quien respetó mi situación socioeconómica y jurídica, y cuidó de mi salud mental. A Silvi y May, con cuyas compañías incondicionales conté al principio y final de este viaje. Y a Lugo y toda su comunidad latinoamericana-gallega, que me dieron un necesario respiro.

Toda esa gente se encadenó entre sí. Si no hubiera estado una, no podría haber conocido a otra, y sin ninguna de ellas nada de todo esto hubiera sucedido. Muchas ya no están, habiendo desaparecido físicamente o perdido sus vínculos. Pero todas ellas me hicieron lo que soy y, como en esta tesis, las ausencias y faltas son de mi total autoría, pero todo lo bueno que contiene comenzó a través de esas otras personas.

Resumen

La presente tesis quiere demostrar que la reciente proliferación de grupos armados irregulares y prácticas depredadoras (incluyendo masacres y violaciones sexuales) en el este congolés en el período 2003-2019 no responden solo a alicientes económicos, ni mucho menos a narrativas simplistas y eurocéntricas como el Estado fallido, una desconexión de flujos de capitales, enfrentamientos étnicos o pulsiones biológicas. Utilizando como marco al necropoder de Mbembe, se da cuenta que esto responde también a una construcción de enclaves extractivos y una reafirmación de masculinidades violentas en los perpetradores, en un contexto de economía de guerra, que simultáneamente sirven a las competencias geopolíticas en la región circundante (Rwanda, Burundi, Uganda y Sudán, entre otros) y la apropiación de plusvalía abonada por la apreciación de minerales estratégicos para las nuevas tecnologías electrónicas (China, EE.UU., Canadá, etc.). A través de un análisis de la constitución de las fuerzas armadas regulares y grupos armados irregulares implicados en la larga duración, se propone una aproximación multidimensional a los conflictos que ayudaría a comprender mejor la capilarización y continuidad de este tipo de violencias tras 2003. A su vez, y ofreciendo una complejización del necropoder como necroempoderamiento, el trabajo critica a las limitadas soluciones ensayadas para la paz anteriormente, que habían sido informadas por estos discursos monocausales, y visibiliza las resistencias ya presentes en el territorio por parte de las comunidades afectadas.

Palabras clave: Violencia; Violencia sexual y generizada; Achille Mbembe; Región de los Grandes Lagos; Colonialidad

Abstract

This thesis wants to demonstrate that the recent proliferation of irregular armed groups and predatory practices (including massacres and sexual rape) in eastern Congo in the period 2003-2019 do not respond only to economic incentives, much less to simplistic and Eurocentric narratives such as the Failed state, a disconnection of capital flows, ethnic clashes, or biological drives. Using Mbembe's necropower as a framework, it comes to the realization that this also responds to a construction of extractive enclaves and the reaffirmation of violent masculinities in the perpetrators, in a context of war economy, which simultaneously serves geopolitical struggles in the surrounding region (Rwanda, Burundi, Uganda and Sudan, among others) and the appropriation of surplus value incentivized by the appreciation of strategic minerals for new electronic technologies (China, USA, Canada, etc.). Through a long-term analysis of the constitution of the regular armed forces and irregular armed groups involved, we proposed a multidimensional approach to the conflicts that would help to better understand the capillarization and continuity of this type of violence after 2003. At the same time, and offering a complexification of necropower as necroempowerment, the work criticizes the limitations of the solutions tried previously, which had been informed by these monocausal discourses, and makes visible the resistances already present in the territory by the affected communities.

Key words: Violence; Sexual and gendered based violence; Achille Mbembe; Great Lakes Region; Coloniality.

Glosario de acrónimos y abreviaciones

3TG (estaño, tungsteno, tántalo y oro)

ADF (Alianza de Fuerzas Democráticas/*Forces démocratiques alliées*)

AFDL/Z (Alianza de Fuerzas Democráticas por la Liberación de Congo-Zaire/*Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo-Zaire*)

ANC (Ejército Nacional Congolés/*Armée Nationale Congolais*)

BM (Banco Mundial/*World Bank*)

CIA (Agencia Central de Inteligencia/*Central Intelligence Agency*)

CNDP (Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo/*Congrès national pour la défense du peuple*)

CNS (Conferencia Nacional Soberana/*Conférence nationale souveraine*)

CSK (Compañía de Katanga/*Compagnie du Katanga*) (Comité Especial de Katanga/*Comité Special du Katanga*)

DDR (Desarmamiento, Desmovilización y Reintegración/*Disarmament, Demobilization and Reintegration*)

FAC (Fuerzas Armadas Congolesas/*Forces armées congolais*)

FAR (Fuerza de Defensa de Rwanda/*Forces armées rwandaises*)

FARDC (Fuerzas Armadas de la República Democrática del Congo/*Forces Armées de la République Démocratique du Congo*)

FAZ (Fuerzas Armadas Zairenses/*Forces Armées Zairoïses*)

FFP (Fondo para la Paz/*Fund for Peace*)

FNLA (Frente Nacional de Liberación de Angola/*Frente Nacional de Libertação de Angola*)

FNLC (Frente de Liberación Nacional Congolesa/*Front de libération nationale congolaise*)

FNZ (Fuerza Naval Zairense/*Force Navale Zairoise*)

FMI (Fondo Monetario Internacional/*International Monetary Fund*)

FP (Fuerza Pública/*Force Publique*)

FPR (Frente Patriótico Rwandés/*Front Patriotique Rwandais*)

IFI (Instituciones Financieras Internacionales)

ISWAP (Estado Islámico de la Provincia de África Occidental/*Islamic State's West Africa Province*)

MLC (Movimiento por la Liberación del Congo/*Mouvement de Libération du Congo*)

RCD (Asamblea Congolese por la Democracia/*Rassemblement Congolais pour la Démocratie*)

RCD-K/ML (Reunión Congolese por la Democracia-Kisangani/Movimiento de Liberación/*Rassemblement congolais pour la démocratie Kisangani/Mouvement de libération*)

MONUC (Misión de la Organización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo/*Mission de l'Organisation des Nations Unies pour la stabilisation en République démocratique du Congo/United Nations Mission in the Democratic Republic of Congo*)

MONUSCO (Misión de la Organización de las Naciones Unidas por la Estabilización de la República Democrática del Congo/*United Nations Organization Stabilization Mission in the Democratic Republic of the Congo/Mission de l'Organisation des Nations Unies pour la stabilisation en République démocratique du Congo*)

MPR (Movimiento Revolucionario Popular/*Mouvement Populaire de la Révolution*)

NAFTA (Tratado de Libre Comercio de América del Norte/*The North American Free Trade Agreement/ Accord de libre-échange nord-américain*)

NEPAD (Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África/*New Partnership for Africa's Development*)

ONG (Organización No-Gubernamental/ *Non-governmental organization*)

ONU (Organización de las Naciones Unidas/ *United Nations*)

ONUC (Operación de las Naciones Unidas en el Congo/ *Opération des Nations Unies au Congo*)

OMC (Organización Mundial del Comercio/ *World Trade Organization*)

OUA (Organización de la Unión Africana/ *Organisation of African Unity*)

OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte/ *North Atlantic Treaty Organization*)

PAE (Programas de Ajuste Estructural/ *Structural adjustment programs*)

PBI/PIB (Producto Bruto Interno/Producto Interno Bruto)

PMC (*Private Military Companies*/Empresas Militares Privadas)

RDC (República Democrática del Congo/ *République Démocratique du Congo*)

RPC (República Popular de China/中华人民共和国)

UA (Unión Africana/ *African Union*)

UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola/ *União Nacional para a Independência Total de Angola*)

URSS (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas)

Introducción

La presente tesis para optar por el título de Maestría en Estudios de Asia y África, Especialidad África, del CEAA-COLMEX, propone hacer un análisis histórico y multidimensional sobre los conflictos bélicos desde 2003, con los llamados a la paz, y aproximadamente hasta 2019, con la asunción presidencial de Félix Tshisekedi. El aporte que pretende esta tesis se da en vistas de una tendencia a lecturas normativizadas sobre estos conflictos, que se han fragmentado en estallidos esporádicos, con protagonismo de grupos armados irregulares y complicidad de las fuerzas armadas regulares, y que se concentran espacialmente en el este congolés. En este sentido, se proyecta hacer un rastreo y desestructuración de los principales discursos monocausales que han opacado la comprensión sobre estos conflictos, y contrarrestarlo con el aporte que hizo Achille Mbembe con necropolítica, así como de los trabajos de aquellas intelectuales y militantes feministas que complejizaron aún más ese concepto poscolonial. Por todo lo anterior, el escrito que sigue se divide en la introducción general presente, tres capítulos y conclusiones.

La introducción compete un breve prefacio sobre las características del recorte espacial y temporal seleccionado, concentrándose en el este congolés, su región inmediatamente circundante y cómo se inserta en la historia reciente. Además, en este apartado se explicita la metodología, marco teórico y estado de la cuestión, donde se han de profundizar el abordaje utilizado, los principales conceptos que conducen la investigación y una revisión sobre trabajos afines cuyos limitantes y antecedentes sirven de base para los aportes que esperan lograrse en la presente tesis.

El primer capítulo, de carácter histórico, es una expansión del recorte histórico planteado inicialmente para contextualizar los procesos analizados, que, con su contingencia histórica, desembocan en el período de 2003-2019. Para ello se hizo un brevísimo repaso por

la constitución colonial de la República Democrática del Congo, enfatizando la mercantilización de la tierra, el aparato estatal y la soberanía, y prestando especial atención a la fuerza privatizada y mercenaria que fue el antecedente inmediato de sus primeras fuerzas armadas regulares. Ya dentro de la historia reciente congoleña, se hace un repaso por el mobutismo y las guerras internacionales de 1996-2003, subrayando las continuidades y transformaciones de las fuerzas armadas regulares, así como la génesis e integración de muchos de los grupos armados irregulares en el seno de los conflictos, y, tras la institucionalización de la paz, en las propias FF.AA. En este sentido, se entendió que se ha producido una capilarización y retroalimentación de formas particulares de violencia en la larga duración, que contienen una concepción colonial del género y la etnicidad. Un último apartado se le concede al espacio de frontera en el este congolés y su fisonomía contemporánea, informados por todo lo anterior.

El segundo capítulo, de carácter discursivo, realiza un necesario rastreo, puntualización y crítica de los discursos monocausales que han pululado la bibliografía académica y mediática sobre nuestro objeto de estudio. Para ello se ofrece una posible genealogía de sus surgimientos en un contexto geopolítico crítico en la década del noventa y después de 2001, y una serie de respuestas desde la disciplina histórica que conmueven sus bases epistemológicas. Si bien estas no se encuentran “puras” y más bien tienden a entremezclarse, se distinguieron cinco discursos monocausales: Estado fallido, maldición de los recursos, África como espacio no-globalizado, la violencia como pulsión étnica y la violencia sexual como pulsión biológica: justamente estos últimos cuatro se agrupan en solo dos apartados por sus similitudes e hibridez.

En el tercer capítulo, de carácter discursivo-histórico, se realiza una profundización sobre la necropolítica, y su acuñación, aportes, críticas y complejización, que le revelan como

un posible enriquecimiento a un análisis multidimensional de la historia reciente congoleña, que aquí se proyecta como objetivo. Para ello, se hacen explícitas las definiciones de necropoder y necroempoderamiento a las que se adhiere la presente tesis para aproximarse a las acumulaciones de capitales en el espacio fronterizo congolés, y las resistencias que ya se vienen ensayando desde el territorio.

La República Democrática del Congo en la historia reciente (c. 2003-2019)

El espacio histórico-geográfico a analizarse en la presente tesis compete a la República Democrática del Congo (RDC)¹, y específicamente a su región este. Este Estado del África Central, parte de la más amplia Región de los Grandes Lagos², dispone de más de 2.345.000 km² y un poblamiento aproximado de más de 99 millones de personas³ (World Bank 2022), y se rodea de nueve Estados africanos fronterizos. Estos vecinos son República del Congo, Angola, República Centroafricana, Sudán del Sur, Uganda, Burundi, Rwanda⁴, Tanzania y Zambia. Por último, la RDC se divide, desde 2015⁵, en 26 provincias, siendo su capital Kinshasa (la cual tiene estatus de provincia)⁶.

¹ Desde ahora en más y en el resto del escrito se utilizará la abreviación de RDC para la República Democrática del Congo. Ello obedece a la brevedad, así como la diferenciación con otros espacios y entes políticos en el pasado que también se han nominado coloquialmente como “Congo”, incluyendo a la República del Congo, el Reino del Kongo o el Estado Libre del Congo, entre otros.

² La Región de los Grandes Lagos se refiere aquí simultáneamente a la división geográfica-ecológica y política-regional, cada una con su propia demarcación y Estados involucrados (García Sánchez 2012).

³ Cabe destacarse que hay una enorme ausencia de datos respecto a la demografía de la RDC, incluyendo grandes divergencias entre distintas fuentes consultadas, y ante la falta de un censo nacional fidedigno y actualizado. El dato aquí citado corresponde a solo una de estas fuentes, específicamente la del Banco Mundial.

⁴ En la presente tesis se utiliza la redacción de Rwanda en su carácter angloparlante y kiswahili, y no en su criollización como “Ruanda”.

⁵ Dicha división territorial se estableció primero en la nueva constitución de la RDC en 2006. Este fue un señalamiento del Dr. Jean Bosco Kokozi Kashindi por conversación privada en un correo electrónico en 2022.

⁶ Ver en Mapas, *Mapa 1 - Mapa de la República Democrática del Congo. Elaborado y recuperado de la ONU.*

Una concentración demográfica en la RDC en los extremos, occidental (particularmente Kinshasa) y nororiental, específicamente las provincias de Haut-Uélé, Ituri, Maniema, Kivu del Sur y Kivu del Norte, coinciden una mayor densidad de recursos minerales estratégicos que han sido agrupados bajo la 3TG (estaño, tungsteno, tántalo y oro, por sus siglas en inglés) y la presencia de grupos armados irregulares y fuerzas armadas regulares nacionales y extranjeras⁷ (Young 2018, 1439–40). Esto a su vez se relaciona con una serie de procesos migratorios a través de procesos históricos en el largo plazo que explican este fenómeno⁸. Es en este espacio concreto donde se ha establecido una economía de la guerra por el gradual accionar de múltiples factores en una larga escala de tiempo, y cuyo análisis es uno de los pilares del presente trabajo.

Por otra parte, los grupos étnicos en el territorio congolés se calculan entre 200 y 500, la mayoría de estos de raíz Bantú-hablante, por lo cual se considera a la RDC como el segundo territorio bajo un eje estatal con mayor diversidad étnica, después de la India (Karbo and Mutisi 2012, 382). Esto se complejiza aún más teniendo en cuenta los constantes intercambios en estos espacios fronterizos con Sudán del Sur, Rwanda, Uganda y Burundi específicamente, con una serie de particularidades que le diferencian de otras dinámicas que ocurren entre los espacios y poblaciones de las provincias congolesas con Tanzania, Zambia, Angola, República del Congo y República Centroafricana. Particularmente en el seno de los conflictos internacionales de 1996-2003 se comienzan a ensayar la fisonomía de una economía de guerra centrada en el este congolés, que interrelaciona por medio de redes de

⁷ Ver en Mapas, *Mapa 2 – Mapa de minería artesanal asociada a grupos armados en el este congolés, por el Departamento de Estado estadounidense, c. 2010-2011*

⁸ Entre ellos, debido a la Segunda Guerra del Congo (1998-2003), hubo una enorme migración de millones de personas congolesas desde el este al oeste, hacia Kinshasa y otras zonas menos afectadas por el conflicto (Maciel 2019, 142).

contrabando ilegales y financiamiento opaco a los grupos armados irregulares presentes con gobiernos fronterizos y capitales trasnacionales involucrados en la distribución y procesamiento de minerales estratégicos (Reyes 2010). Dicha situación trae consigo una enorme expoliación de sus recursos naturales en detrimento del manejo soberano congolés, así como una instrumentalización violenta de las comunidades allegadas a los territorios donde pululan estas materias primas subterráneas, para los cuales su realidad no se ajusta a la narrativa de una paz institucionalizada tras 2003 (Autesserre 2006). Tras un gobierno transicional en el período 2003-2006 (Reyes 2005b), y la elección y reelección de Joseph Kabila en 2006 y 2011, respectivamente, ocurrió una dilatación del llamado a las elecciones desde 2016 hasta 2018, argumentando falta de fondos y anomia social, que dificultaban el proceso electoral (Chughtai and Mohamed 2018). La asunción presidencial del actual presidente Felix Tshisekedi en enero en 2019 estuvo marcada por acusaciones de fraude, adrede impugnación de votos y falta de infraestructura electoral en zonas claves del este congolés, así como arreglos entre las fuerzas políticas cercanas a Kabila (Litanga 2019). En todo este período se dieron nuevos resurgimientos bélicos, así como la reestructuración de los grupos armados y generales del mobutismo que habían estado involucrados en la Segunda Guerra del Congo, concentrándose en el este congolés, con las ya mencionadas Haut-Uélé, Ituri, Maniema, Kivu del Sur y Kivu del Norte.

Metodología

El presente trabajo de tesis adopta una perspectiva ecléctica en cuanto a sus inspiraciones epistemológicas, en pos de lograr un acercamiento multidimensional a un fenómeno social, opacado por su inherente complejidad, así como la tendencia a ser analizado en términos simplistas y normativizados. En este sentido, la violencia militar y paramilitar concentrada

en el este de la RDC, desde 2003 en adelante, necesita de ser enfrentado desde distintos frentes, aunque una serie de directrices nos guían para la selección de marcos teóricos y fuentes bibliográficas pertinentes. Primará un enfoque histórico que visibilice las constituciones de largo y corto plazo de los fenómenos analizados (desde la construcción de identidades de género a la fisonomía de instituciones militares y de seguridad), que sobrepasan técnicamente la periodización planteada inicialmente, pero que se consideran en tanto hace más inteligible este recorte espaciotemporal propuesto.

En esa misma línea, si bien la espacialización planteada responde a la región oriental dentro de las fronteras del Estado de la RDC, se visibilizarán las interrelaciones con otros países de la Región de los Grandes Lagos y aquellos, dentro y fuera del continente africano, que estén involucrados en el financiamiento y apoyo logístico de fuerzas armadas regulares⁹ y grupos armados irregulares¹⁰, cadena de suministro de minerales estratégicos y otros recursos extraídos, así como en las distintas formas de intervención humanitaria. Un material fundamental para esta tesis son las entrevistas obtenidas por Gilbert Kahasa a personal de salud y militantes en carácter presencial, a partir de preguntas formuladas por el que escribe en relación con los objetivos de investigación de la tesis¹¹.

⁹ Con este término nos referimos a las organizaciones militares centralizadas y sancionadas alrededor de un ente estatal, incluyendo todas sus ramas, y encargadas con la expresión del monopolio de la violencia en torno a asuntos exteriores. En ello, deferimos de utilizar términos más genéricos como ejército o *military*.

¹⁰ Con este término nos referimos a grupúsculos de hombres armados con vínculos a un aparato estatal o no, típicamente insertos en una economía de guerra a partir de la cual se autofinancian y en ello se relacionan pragmáticamente o entran en conflicto con otras milicias similares, empresas extractivistas y/o comunidades locales. En ello entrarían también los grupos de autodefensa, que pueden entablar en prácticas similares de depredación contra la población civil no movilizada, pero se explicitará cuando se trata de estos.

¹¹ Estas entrevistas fueron realizadas de manera personal (grabadas y transcritas) a tres mujeres adultas, dos congoleñas y una belga. Las primeras fueron dos trabajadoras anónimas que son parte del personal de salud del hospital de Panzi, y la tercera es la coordinadora de la ONG Mamas de África. Estas tuvieron lugar en Panzi y Uvira, pertenecientes a Kivu del Sur. Fueron comisionadas al señor Kahasa a través de una conversación privada con él en Cyangugu, Rwanda, cerca del pasaje fronterizo de Rusizi 1, que comunica este territorio rwandés con Bukavu, en la RDC, y tras un fallido intento de cruzar por mi cuenta y junto a una compañera, debido a restricciones de visa a las personas extranjeras. A esta última persona, Concepción de Mendizábal Abellán, se

Marco teórico y Estado del arte

En este breve apartado se introducirán cinco conceptos fundamentales para el desarrollo del escrito aquí presente, y una revisión crítica de la bibliografía pertinente a la que se tuvo acceso, especialmente aquella que se relaciona directamente con el recorte espacial y temporal elegido. Los conceptos son «masculinidades», «discursos monocausales», «frontera», «colonialidad» y «necropolítica/necroempoderamiento».

La revitalización del estudio de las «masculinidades» en África en los últimos treinta años, particularmente el análisis desde el continente africano sobre conflictos bélicos y violencia sistémica en general se relaciona con una nueva tipificación internacional a partir de las violencias sexuales y generizadas en Rwanda y Bosnia-Herzegovina. Fue posteriormente a estos conflictos bélicos que las violencias sexuales fueron catalogadas por primera vez como crímenes contra la humanidad, y por ende prácticas genocidas (Løvgren 2015, 5). Por otra parte, se entiende que la construcción de masculinidades en África y específicamente en el este de la RDC no ha sido un proceso lineal, sino que fue contribuida en el largo plazo por los legados coloniales y las relaciones históricas entre la esfera civil y militar. Más específicamente y concerniente a esta tesis, podemos definir a la «masculinidad militarizada» como una forma particular de masculinidad violenta que se exacerba en contextos militares y militarizados, siendo uno de sus mecanismos la erotización de la violencia y del poder (Baaz and Stern 2010), pero que surge del mismo mandato de masculinidad (Segato 2016). En este sentido, con sus complejidades, las masculinidades

le compartió un documento por correo electrónico privado con los resultados de las entrevistas, debido al apoyo logístico en el momento y posteriormente un apoyo económico para pagar al señor Kahasa por su trabajo y gastos en viáticos. Se agradece profusamente la voluntad del señor Kahasa para hacer posible un acercamiento cualitativo en esa primera estancia de investigación y frente a todas las dificultades de movilidad que surgieron.

africanas han estado marcadas por el colonialismo y la colonialidad, como así también lo han estado las masculinidades “criollas” latinoamericanas (Segato 2016, 91–92).

Desde esa concepción enraizada colonialmente sobre lo que implica un “hombre”, los africanos constituirían un grupo de “no-hombres” debido a la supuesta falta de inteligencia (relacionada a la infantilización racista) y ausencia de capacidad de acción (como forma de interpretar la indisponibilidad para el trabajo, que muchas veces era una forma de boicot frente a la corvea colonial) (Uchendu 2008, 3). Lo anterior se combinaba, contradictoriamente, con la conceptualización de los africanos como seres hipersexualizados y violadores: imágenes racializadas y generizadas solo asociadas por el tejido conector de una masculinidad naturalizada, hegemónica y prefigurada como universal, pero que en realidad era occidental, blanca, cisgénero, heterosexual y propietaria (McClintock 1995, 7).

A esto se le suman los procesos de heterosexualización forzada y masculinización de las instituciones políticas y comunitarias africanas (Cabanillas 2018, 22–23), y, allí donde se pudiera, un engranaje entre el patriarcado de baja intensidad y los mandatos de masculinidad coloniales (Segato 2016, 167). En este último sentido, podemos hablar de un África que no era enteramente patriarcal y donde también abundaban formas matrilineales de heredar la tierra, particularmente en África Central y África del Este, incluyendo los territorios orientales de la actual RDC (Uchendu 2008, 10).

Por otro lado, a lo largo de la presente tesis, pero específicamente en el segundo capítulo, nos referimos a los «discursos monocausales», en tanto narrativas de raíz eurocéntrica que han opacado la comprensión de fenómenos complejos como lo son las guerras internacionales con epicentro en la RDC (1996-2003). Asimismo, la continuidad bélica territorializada en el oriente se ha relacionado con nuevas tipologías utilizadas para la guerra y la posguerra, incluyendo las «nuevas guerras» (*new wars*) (Kaldor 2012). Como

veremos posteriormente, gran parte de estos discursos monocausales tienen sus orígenes en la década del noventa y se intensifican tras 2001 para conceptualizar a las regiones otrora denominadas parte del «Tercer Mundo»¹². Lo anterior es lo que Séverine Autesserre ha denominado «marcos», que define como el conjunto de paradigmas e ideologías compartidos por grupos e instituciones que condicionan fuertemente lo que las personas pueden ver como «problemas», es decir, la construcción de estos: si bien los marcos no son los causantes del accionar, justifican ciertas prácticas y deslegitiman otras, y, gracias a la temporalidad, aquellos marcos que son hegemónicos se terminan naturalizando (2009, 252–53).

En esta línea, desde la década del noventa se han privilegiado ciertos conceptos para hacer inteligibles las dinámicas bélicas en la RDC, pero en ello se ha adoptado una mirada unidimensional o monocausal sobre la complejidad social que acaece particularmente en la frontera oriental colindada con otros países de la Región de los Grandes Lagos. Entre estos, se eligieron Estado fallido (*Failed State*), maldición de los recursos (*resource curse*), África como espacio no-globalizado, la violencia como pulsión étnica, y la violencia sexual como pulsión biológica.

Tercero, la «frontera» comenzó a ser teorizada críticamente en las décadas del ochenta y noventa, pensando particularmente en el caso de la frontera mexicano-estadounidense, con una historización de cómo las desigualdades de género aumentan y se intersectan con otras jerarquizaciones en estos espacios liminales entre Estados-nación (López Contreras et al. 2020, 125). Más recientemente, se ha revitalizado una teorización de la frontera debido a los

¹² Utilizamos críticamente este término en momentos específicos de la tesis para dar cuenta del léxico usado durante la Guerra Fría, y que refiere a los Estados descolonizados de África y Asia, y/o a las economías dependientes latinoamericanas. Preferimos la noción del Sur Global, que es de extenso uso en la academia latinoamericana y reafirma las relaciones asimétricas entre regiones.

nuevos proyectos infraestructurales de explotación de recursos naturales, que crean con ello nuevas espacializaciones y delimitaciones (Schetter and Müller-Koné 2021, 1).

Simultáneamente y retroalimentando la discusión sobre la frontera como espacio y concepto, se tiene en cuenta una problematización de las relaciones entre «militarización» y género, que va desde cómo la inversión en el sector armamentístico ha ido en detrimento del gasto público en sectores sociales (lo que afecta particularmente a mujeres y niñas), hasta las formas en que se han construido masculinidades hegemónicas asociadas a la militarización de la vida¹³.

En este sentido, la importancia de la frontera para el caso estudiado es multifactorial: entre ellos, da cuenta de la especificidad de las dinámicas del este congolés, las redes de financiamiento transnacionales, las líneas de contrabando de armas de fuego, los movimientos regulares e irregulares de personas y recursos naturales, la intromisión de fuerzas armadas regulares y grupos armados irregulares de otros Estados, y las formas en que todo lo anterior aumenta cualitativa y cuantitativamente las violencias en un espacio liminal pensado por los aparatos estatales como una problemática de seguridad nacional e internacional. A su vez, la hegemonía de los estudios sobre la frontera y su visión de estas líneas divisorias como

¹³ En el presente trabajo se tiene en cuenta la diferencia etimológica entre militarismo y militarización, como dos escalas interrelacionadas pero que se refieren a dos procesos distintos, aunque hayan sido utilizados de forma intercambiable por parte de la bibliografía. Primero, militarización refiere al énfasis puesto en los gastos del PBI/PIB para fortalecer a los sectores de seguridad y capacidades bélicas, en tanto alimentación de al complejo militar industrial. Por su parte, militarismo se refiere a la manifestación de una ideología belicista que justifica todo lo anterior, incluso nutriendo las identidades masculinidades personificadas en cuerpos bélicos o beligerantes (Elveren and Moghadam 2022, 2–3). Otro concepto del que se tiene conocimiento y se relaciona con esta temática es el de securitización (*securitization*), que varios/as autores/as han planteado como un proceso mucho más global que involucra a la militarización, y da cuenta de cómo los Estados construyen problemáticas en torno a ciertos sectores que se consideran de seguridad nacional y a partir de ello establecen toda una serie de prácticas represivas sistemáticas justificadas por un estado de excepción (Hernández Hernández 2020). No obstante, la limitante de último concepto es que refiere a las relaciones internacionales y por ende a los procesos dictados desde el vértice estatal, pero no así a su capilarización dentro de las microrrelaciones sociales. Por todo lo anterior, en el presente escrito pensamos en la militarización de la vida como un proceso multiescalar que va desde la formulación de políticas públicas a las identidades hipermasculinizadas cultivadas en el seno de estas instituciones militares y militarizadas.

restricción y militarización de la vida, está informada particularmente por la experiencia mexicano-estadounidense, y en ello tiende a opacar cómo la frontera no es equiparable en todos los casos, incluyendo el aquí estudiado. En este sentido, el espacio fronterizo del este tiene una enorme porosidad y una construcción histórica contingente, que no se acota al período colonial sino que se formatea por fuerza de la violencia del mobutismo y continúa actualmente en disputa no solo por parte de la autoridad central congoleña sino también por parte de los Estados africanos linderos y los grupos armados irregulares dentro del territorio oriental, por lo cual no es comparable con las fronteras occidentales del mismo Estado congolés o una extrapolación acrítica de otras experiencias fronterizas.

Por otra parte, nos compete hacer una breve introducción a la «colonialidad». Se entiende a esta última como un estado de larga data que condiciona las relaciones sociales y construcción de la jerarquización societal, que es inseparable de la Modernidad (Castro Gómez 2005, 17). Específicamente nos centramos en este trabajo en la «colonialidad del

poder»¹⁴ (raza¹⁵ y etnia¹⁶) y «colonialidad del género»¹⁷ (género y sexualidad), como marcos para rastrear una capilarización en la larga duración (*longue durée*)¹⁸.

En ello, se presenta en este apartado y a lo largo del trabajo un posible diálogo entre los estudios decoloniales¹⁹, de raíz latinoamericana, y los estudios sobre la violencia desde el continente africano, particularmente desde los estudios poscoloniales²⁰. Este tipo de

¹⁴ La colonialidad del poder se refiere a la invención de la raza e imposición de la racialización como codificación de las relaciones de dominación entre conquistadores y conquistados, permitiendo la coexistencia espaciotemporal de distintas formas de explotación del trabajo (asalariada, esclava, servil, mercantil, etc.), en tanto se organizan alrededor de un nuevo patrón global de poder (colonialidad del poder) y de acumulación (capitalismo en fase mercantilista) (Quijano 2014).

¹⁵ Siguiendo a Kakozi (2016), aquí se reafirma el carácter histórico-social de la categoría de la raza, y se rechaza categóricamente su supuesto subyacente biológico, que implicaría la transmisión hereditaria de rasgos fenotípicos ligados a aptitudes inherentes y por ende clasificables y jerarquizables. No obstante, siguiendo la misma línea del autor, cabe continuar utilizando este concepto en tanto visibilización del fenómeno institucionalizado y sistémico del racismo, que es aún parte de nuestro entramado social (2016, 189).

¹⁶ Se entiende a la etnia en un doble registro, abonado por los aportes de Mahmood Mamdani (2003). La etnia se define como: (1) identidad cultural, en tanto compartición de una cultura común históricamente contingente, y (2) como identidad legal y política fomentada por el Estado colonial, en tanto su autoridad reconoce a sujetos étnicamente y discriminan entre ellos, típicamente a través de la concesión o restricción de derechos. Mientras que la primera sería consensual, voluntaria y multifacética, la segunda es una diferencia cultural impuesta por el aparato estatal colonial y poscolonial, que, en ese sentido, se materializa y vuelve estática. Se adscribe a la primera definición para dar cuenta de un entendimiento multidimensional de la violencia en la historia reciente del este congolés, pero se considera a la segunda para entender los legados coloniales y las formas en que se ha querido instrumentalizar la etnicidad con fines políticos.

¹⁷ Los autores de la perspectiva decolonial, a la que perteneciera también Quijano, fueron criticados por ignorar al género como eje estructurante de la colonialidad. En ello, estarían implícitamente aceptando una lectura heteronormativo, biologicista y patriarcal de esta categoría. A ello, María Lugones le contestaría que “la raza no es ni más mítica ni más ficticia que el género -ambas son ficciones poderosas” (2008, 94).

¹⁸ La concepción de larga duración de Fernand Braudel puede desarmarse en geográfico, social e individual, y que a la vez coincide con diversas temporalidades, que incluyen acontecimientos y procesos de mediano alcance, pero parte de un mismo transcurso histórico de larga data. Esta tabla de temporalidades no se concibe como algo dado, sino construido. Esta concepción está influenciada por los planteos estructuralistas de Lévi-Strauss.

¹⁹ Tomando de los antecedentes de las teorías anticoloniales de la región latinoamericana y los aportes de la teoría poscolonial iniciada por Bhaba, Spivak y Said (Castro Gómez 2005), los académicos latinoamericanos y caribeños del llamado «Grupo Modernidad/Colonialidad» han propuesto una reinterpretación radical del capitalismo, en tanto entienden su formación como un proceso inseparable de la colonialidad a partir de 1492 (Mendoza 2019, 36). En ello se transita al primer «encubrimiento», la constitución del Otro extraeuropeo por parte de los Imperios ibéricos (Dussel 1994) y el establecimiento de la racialización como codificación de las relaciones de dominación entre conquistadores y conquistados (Quijano 2014). A partir de la década del setenta, se entiende que la descolonización debe implicar también a la subjetividad, es decir, el conocimiento y el ser (Maldonado-Torres 2007).

²⁰ Los estudios poscoloniales son un conjunto de aportes teóricos de intelectuales mayoritariamente angloparlantes que se han concentrado en la crítica a los discursos coloniales desde una perspectiva menos eurocéntrica, empezando con los aportes de Said con la publicación de *Orientalismo* en 1978, así como las publicaciones de Spivak y Mohanty (Mezzadra 2008, 15–16). Dentro de estos estudios poscoloniales podríamos ubicar a Mbembe, cuyos aportes con necropolítica y más allá son indispensables para esta tesis.

análisis multidimensional y ecléctico en sus inspiraciones dista de ser el primero, aún en su especificidad de análisis de la violencia contemporánea en espacios africanos. En este sentido, Sabelo J. Ndlovu-Gatsheni (2012) rastrea la reproducción de la gramática de la violencia en el África contemporánea a la colonialidad, y toma específicamente para ello, entre otros casos, el devenir congolés²¹. Más recientemente, Marco Antonio Reyes (2020) ha hecho un análisis de los procesos electorales de la RDC a partir de los aportes de la escuela decolonial sobre la colonialidad²².

Por último, nos concentraremos enfáticamente en los conceptos de «necropolítica» y «necroempoderamiento», que son términos interrelacionados pero que se toman diferenciadamente por cómo sus formulaciones dan cuenta de nuevos aportes epistemológicos, de 2003 en adelante. A través de la acuñación del concepto de necropolítica en su escrito homónimo (2003), Achille Mbembe pretende analizar cómo los Estados contemporáneos en su carácter neoliberal han utilizado la normalización del estado de excepción para superar las limitaciones de la matanza y fusionar la política y la guerra (2012, 133). Así, los Estados-nación ven habilitado el uso indiscriminado de la violencia contra ciertos cuerpos calificados de forma distintiva. Para la formulación de su tesis, Mbembe se basa en diversos autores, como Martin Heidegger, Zygmunt Bauman, Hanna Arendt, Carl Schmitt, Max Weber y Georges Bataille, pero principalmente en el trabajo de Michel

²¹ Ndlovu-Gatsheni trata de rastrear cómo estas lógicas se vuelven dominantes, por fuera de los discursos occidentales simplistas y ahistóricos (Ndlovu-Gatsheni 2012, 420), cuyas opacidades y fundamentos epistemológicos caducos se analizarán en un siguiente apartado. En este sentido, el autor rastrea la constitución de las formas contemporáneas de violencia en la RDC a la apropiación colonial privatizada por parte del monarca belga Léopold II (Ndlovu-Gatsheni 2012).

²² Reyes ha hecho un análisis de cómo los horizontes de expectativa en los procesos electorales recientes en la RDC fueron informados por una continuidad de los imaginarios coloniales sobre lo africano en general y congolés en particular, y la complicidad que en ello han tenido los débiles análisis desde las ciencias sociales, inspirándose para ello en los aportes de la escuela decolonial.

Foucault, tomando su concepto de «biopoder», y con ello propone una profundización de su analítica del poder desde una perspectiva poscolonial (Carrizo 2019, 45).

Si bien eso último está presente también en la biopolítica (“poder de hacer vivir y dejar morir”), ahora no es a través del disciplinamiento económico-político de los cuerpos (de individuos y poblaciones), sino más bien mediante una instrumentalización inusitada de la violencia. Ello crea efectivamente una nueva existencia social - «mundos de muerte» - con habitantes más cercanos a los «muertos-vivientes». En este esquema, la exaltación de los aspectos más gráficos de la violencia no constituye un defecto del sistema, sino un aspecto esencial de la necropolítica (“poder de hacer morir y dejar vivir”).

Siguiendo esta línea, cada vez más el ejercicio del necropoder no necesita de la organización sistemática de espacios diferenciados de disciplinamiento por medio de la efectivización de la muerte, como fueron los campos de concentración nazis. Al contrario, se territorializan por fuerza de las masacres perpetradas por entes desregularizados que se adjudican el poder fragmentado de matar (Estévez 2018, 19–20) o a través del desarrollo de alta tecnología que despersonaliza el asesinato y deshumaniza aún más a aquellas personas consideradas sacrificables (Mbembe 2011, 50–51). El autor afirma que “las colonias son parecidas a las fronteras” (Mbembe 2011, 39), y esto es algo que se relaciona con el funcionamiento contemporáneo del necropoder, con una violencia que se exagera en esos espacios liminales entre aparatos estatales, como ya se mencionó anteriormente. La frontera, siguiendo esa línea, ha sido la zona predilecta de aplicación de este tipo de políticas necroempoderadas, con una instrumentalización del estatus sociopolítico, la racialización y generización, como puede verse en los propios casos que analiza Mbembe para formular el concepto en un primer lugar, mencionando a Israel, Sudáfrica, RDC y las plantaciones de la América Latina colonial.

Se tiene conocimiento de trabajos anteriores que han utilizado el marco teórico de necropolítica para analizar las diatribas recientes del este de la RDC, a cuyas limitantes y/o propuestas se intenta dar respuesta en parte con la presente tesis. Entre ello, los escritos académicos de Ariel Osterweis Scott (2010)²³, Beatriz Castelo Branco Maciel (2019)²⁴, Paula Colodetti Santos (2019)²⁵, Gonzalo Díaz Letelier (2019)²⁶, Bas'ilele Malomalo (2019)²⁷, Anna-Louise Crago (2020)²⁸. También se han utilizado más ampliamente otros conceptos

²³ Scott realiza un interesante análisis de la obra y biografía del coreógrafo Faustin Linyekula en relación con la necropolítica en la RDC, como una resistencia a estas formas de necropoder. No obstante, no se está de acuerdo con su definición del ndombolo como un género musical reflejo de la necropolítica y su caracterización de la RDC como un Estado necropolítico (Scott 2010, 14), en tanto no todo el funcionamiento del aparato estatal congolés obedece a la lógica del necropoder y, como en otros casos, más bien combinaría una fachada institucional, y ejercicio de la biopolítica y necropolítica.

²⁴ Maciel, tomando de aportes poscoloniales y decoloniales, destaca la larga data de la experiencia de colonización y colonialidad en la RDC, desde la intromisión portuguesa a la privatización del territorio como propiedad personal de Léopold II, y como ese legado del colonialismo ha invisibilizado los conflictos genocidas en la región (2019, 145–46). Sin embargo, en ello no hace un análisis profundo de cómo la necropolítica se aplica específicamente al caso de la RDC. Más bien, se concentra en las discusiones teóricas tangentes a la temática y no sobrepasa temporalmente a los conflictos internacionales de 1998-2003, ni da cuenta de las formas en que la lógica del necropoder permea en las microrrelaciones sociales.

²⁵ Santos, estudiando la posición de mujeres congoleñas migrantes en el contexto brasileiro y su salud mental desde un enfoque feminista, utiliza el concepto de necropolítica para entender el funcionamiento de una violencia sin fin en las zonas marginales y fronterizas, específicamente en las favelas en Río de Janeiro y durante la presidencia de Bolsonaro. No obstante, este análisis versa siempre desde el ejercicio de la matanza seleccionada por el vértice estatal, específicamente el brasileiro y desde las particularidades de su sistema misógino-racista. No solo la presente tesis se centra particularmente en el contexto congolés, sino que intenta deslindarse de una mirada excesivamente estado-céntrica.

²⁶ Letelier utiliza el concepto de las máquinas de guerra, acuñado por Mbembe en torno al marco de necropolítica, y lo aplica a casos en contextos africanos, incluyendo a la RDC (2019, 89). No obstante, se criticará en otro apartado de esta tesis la teoría subyacente en este y otros textos de que la necropolítica responde únicamente a la lógica de la acumulación capitalista. Ver apartado *Respuestas a la lectura materialista de necropolítica*.

²⁷ Malomalo centra su estudio en las formas en que la violencia a las mujeres en el contexto congolés y particularmente en las guerras de 1998-2003 tienen una lógica subyacente de inscripción de las fronteras políticas a través de sus cuerpos. Para ello, hace una breve introducción destacando una mirada afrocentrista y la problemática de utilizar las categorías de género desde la concepción biologicista occidental (Malomalo 2019, 31–32). El autor desde ya retrotrae el ejercicio del necropoder a la mercantilización de los cuerpos de las personas africanas por influencia de la esclavización afro-árabe-musulmana y posteriormente europea (Malomalo 2019, 34), y ve la continuidad de la necropolítica contemporánea como una forma de mantener el poder por parte de élites gubernamentales contemporáneas en África, así como los entes no-estatales de los grupos armados irregulares o máquinas de guerra (Malomalo 2019, 36). No obstante, no se pone en ese escrito de Malomalo, a mi entender, el suficiente énfasis en cómo la lógica de la violencia sexual y generizada alimenta una reafirmación de una masculinidad militarizada, como se proyecta hacer en esta tesis.

²⁸ Crago hace un análisis de la posición de las trabajadoras sexuales en el este de la RDC, usando dos conceptos de Mbembe -gobierno privado indirecto y necropolítica- (2020, 12). El señalamiento que podría hacerse a

teóricos de Mbembe como gobierno privado indirecto (*private indirect government*) (Mbembe 2011) y la banalidad del poder (*banality of power*) (Mbembe 1992) para entender mejor el devenir congolés actual. Entre ellos, los trabajos de Roberto Beneduce, Luca Jourdan, Timothy Raeymaekers y Koen Vlassenroot (2006)²⁹, Stephen Jackson (2006)³⁰, Germain Ngoie Iníguez Tshibambe (2007)³¹, Marta Iníguez de Heredia (2017)³² y Yolanda Covington-Ward (2018)³³. No obstante, consideramos en la presente las limitaciones de necropolítica en su génesis y adoptamos, adicionalmente y por necesidad, un concepto derivado, el de necroempoderamiento. Este último enfatiza, entre otras cosas, el carácter subjetivo e identitario que el necropoder ejerce, teniendo en cuenta una perspectiva de género, que en su formulación original no se consideraron³⁴.

Basándose en los escritos de Mbembe, Sayak Valencia Triana acuña el término de necroempoderamiento para referirse a los procesos por los cuales sujetos (típicamente

este trabajo es que no tiene en cuenta las formas en que el necropoder incide en las identidades de los perpetradores de la violencia, pero claramente este no es el objetivo de su escrito.

²⁹ Beneduce, Jourdan, Raeymaekers y Vlassenroot plantean, tomando a Mbembe y el caso congolés, que, en el contexto del conflicto bélico del África poscolonial, la violencia se ha transformado en una forma de reafirmación de la identidad, particularmente entre las capas de jóvenes. Entre los limitantes de este trabajo, puede señalarse una falta de perspectiva de género sobre las nuevas subjetividades formateadas por el estadio de la guerra (*state of war*) (Beneduce et al. 2006, 36; 38), y que competiría no solo a las masculinidades.

³⁰ Jackson plantea que hay un carácter ambivalente y fractal sobre las formas en que se construye lo autóctono y extranjero en el contexto de la frontera congoleña, y que esto es fomentado y retroalimentado por las formas improvisadas de hacer política en el África poscolonial (2006, 111–12).

³¹ Tshibambe contextualiza al concepto de gobierno privado indirecto para abordar las discusiones en torno a la privatización del Estado en el África poscolonial, particularmente en la RDC, y afirma que se halla en presencia de una formación histórica original y no meramente de un Estado fallido (2007, 3–4).

³² Iníguez de Heredia presenta explícitamente la necesidad de recurrir a literatura africanista en búsqueda de fuentes teóricas no-eurocéntricas y para ello específicamente refiere a Mbembe (2017, 15; 38). En este sentido, la autora toma a Mbembe para referirse a la simbiosis entre las estructuras coloniales y élites africanas en la constitución poscolonial del Estado, pero a su vez analizarlo en sus propios términos, por fuera de discursos simplistas sobre su carácter fallido e/o improductivo, o la noción de un claro enfrentamiento entre dominantes y dominados en este escenario, centrándose particularmente en su concepto de gobierno privado indirecto (De Heredia 2017, 40–42).

³³ Covington-Ward toma el concepto de banalidad del poder de Mbembe para analizar las formas en que las mujeres congoleñas formaron parte de la performance del discurso nacionalista, especialmente en torno a Mobutu (2018, 33–34), y para retratar particularmente como coexistieron formas burocráticas e impersonales de crear orden, con otras personales y patrimoniales bajo el gobierno zaireño (Covington-Ward 2018, 140–41).

³⁴ Ver apartado *Críticas a la perspectiva de género presente en el texto original*.

hombres cis-heterosexuales) en situaciones de vulnerabilidad pretenden empoderarse y recuperar agencia, pero lo hacen a través de prácticas depredadoras y deshumanizantes.

Dichas labores de muerte resultan rentables para la economía capitalista, particularmente concibiendo a los otros cuerpos como mercancía a explotar a través de la violencia extrema, pero no responden únicamente a la lógica del presente modelo de acumulación de capital (Valencia Triana 2012, 85). Este y otros trabajos posteriores que han recuperado el artículo original de Mbembe (2003) dan cuenta de esfuerzos latinoamericanos y particularmente desde México por enfatizar las características geográficas y subjetivas en la constitución situada del necropoder (Estévez 2021, 1). Específicamente el trabajo de Valencia Triana analiza la violencia en territorio mexicano como una herramienta simultáneamente de supervivencia, autoafirmación, socialización y aculturación (Estévez 2021, 22). Esta última intelectual, otras autoras y la presente tesis relacionan esto directamente con la adscripción a masculinidades hiperviolentas, en tanto no se trata solo de la búsqueda del rápido enriquecimiento en un contexto de vulnerabilidad y precariedad, sino también específicamente una búsqueda de cumplir con sus expectativas de roles socialmente impuestos como varones (Martínez Andrade 2019, 216).

Además de la influencia del binarismo de género, heterosexualización forzada y deshumanización, el necroempoderamiento emerge por una combinación de lo anterior con las lógicas de hiperconsumo y enriquecimiento rápido, frustración en torno a la insatisfacción de demandas de lo masculino y heroificación de prácticas violentas, que llevan a la emergencia de lo que Valencia Triana denomina como «sujetos endriagos» (2010). En la presente tesis, se reconocen estas subjetividades entre integrantes de fuerzas militares regulares e irregulares en el este de la RDC.

Asimismo, otro de los énfasis que hace Valencia Triana es la territorialización específica de estas violencias, en tanto se concentran típicamente en los espacios fronterizos (Martínez Andrade 2019, 60), que se relaciona con la neoliberalización, y particularmente la desregulación laboral, a partir de la década del noventa, que atraen a economías extractivistas y transnacionalizadas a las fronteras (Valencia Triana 2014, 106). Podemos afirmar, lo cual se ampliará posteriormente, que esta aceleración del extractivismo en zonas fronterizas por impulso de la neoliberalización se da también en el este de la RDC, en torno a la privatización y carestía artificial de recursos minerales, hídricos y forestales, sin dejar de obedecer a una contingencia histórica que les da su propia fisonomía respecto a otros espacios fronterizos.

Por último, Valencia Triana pone acento en la deshumanización capitalista del cuerpo, en tanto el necroempoderamiento se da en el contexto de una transvaloración de la mercancía y transformaciones de la fuerza de trabajo, recrudeciendo la explotación del cuerpo (Valencia Triana 2012, 84–85). En este sentido, los sujetos endriagos se insertan fácilmente en los engranajes del modelo de acumulación neoliberal, extractivismo y violencia fronteriza, en tanto la mencionada heroificación de las violencias cruentas se alimenta de las formas patriarcales de deshumanización, mercantilización y feminización del Otro, desde su propia otredad precaria pero que busca empoderarse a través de la reafirmación de una identidad hiperviolenta (Marín 2020, 267). No obstante, se pondrá en discusión posteriormente a este énfasis en el capitalismo en el concepto de necropolítica³⁵.

Podemos relacionar lo anterior con otros conceptos también provenientes de los feminismos latinoamericanos, como la «pedagogía de la crueldad», en tanto forma de reproducción del sistema a partir de la violencia contra *otros* cuerpos (no guerreros,

³⁵ Ver apartado *Respuestas a la lectura materialista de necropolítica*.

femeninos/feminizados, racializados, etc.), no solo con fines instrumentales, sino también performativos o expresivos (Segato 2014, 55). Aun teniendo en cuenta todo este bagaje teórico, se opta por utilizar un término con reconocimiento internacional para referirse a la violencia contra mujeres, niñas e identidades que no se ajustan a las masculinidades hegemónicas, específicamente la «violencia sexual y generizada» (*sexual and gender based violence*)³⁶.

La violencia sexual y generizada forma parte integral del ejercicio del necropoder, su repertorio de la violencia, igual que lo hacen la tortura y la masacre (también atravesados por el género), por parte de estas fuerzas armadas regulares y grupos armados irregulares, que Mbembe denominaría «máquinas de guerra». Se entiende que tienen una relación especial con el espacio y sus recursos, y no siguen los patrones de un ejército regular, a la vez que compiten entre sí por la proclamación del derecho a matar, autofinanciándose a partir de la depredación. Lo anterior lleva a la creación de enclaves económicos que crean nuevas relaciones (ilegales) con el capital transnacional, dejando que estos se conviertan en “espacios privilegiados de guerra y de muerte” (Mbembe 2011, 61). Aún más, “los ejércitos habituales, por su parte, pueden apropiarse fácilmente de ciertas características de las máquinas de guerra” (Mbembe 2011, 59), situación que coincide con el análisis aquí propuesto para las fuerzas armadas de la RDC.

³⁶ Este concepto, también abreviado como SGBV por sus siglas en inglés, refiere a cualquier acto que va en contra de la voluntad de cualquier persona, en términos de un sistema de género y relaciones de poder desiguales, y que puede incluir un abuso físico, emocional, psicológico y/o sexual (The UN Refugee Agency 2023). En este sentido, no solo compete como víctimas a las mujeres sino también a los cuerpos feminizados. Para Segato, un «cuerpo feminizado» no se refiere a la expresión de género de una persona ni mucho menos al binomio de la genitalidad asignada al nacer, sino que es definido como tal por el propio acto de la violencia, como expresión del poder masculino sobre el cuerpo ajeno, imponiéndole una feminización en tanto sujeción (2003, 30), por lo cual incluye a ancianos, hombres y niñas, así como identidades sexo-disidentes.

En un último esfuerzo por complejizar estos aportes, al necroempoderamiento le sumamos la noción de la «capilaridad», que refiere a cómo ciertas lógicas violentas decantan desde un vértice a otros grupos estatales o por fuera del Estado, y se mueven de forma difuminada desde allí. Si bien presente en distintos trabajos sociológicos, poco es el desarrollo teórico específico sobre el fenómeno de la capilaridad o capilarización, más allá de menciones esporádicas. No obstante, es un concepto sumamente útil y constantemente citado en análisis de corte feminista sobre la violencia de género para referirse tanto al carácter difuso y menos visible de la opresión patriarcal como lo es la sujeción moralista (Segato 2003, 115), así como al fenómeno de arraigamiento en el nivel de las microrrelaciones sociales, por fuerza de la normativización, desde una cúspide que le infiere un carácter patriarcal a sus instituciones sociales (Segato 2003, 258). Justamente se pone énfasis en esta última definición y se considera que los movimientos de capilarización no son unilineales, sino que operan en una retroalimentación cíclica de violencia informada por la colonialidad en la larga duración, y que se mueve entre esas máquinas de guerra de diversas fisonomías, que aquí se identifican como los mencionados grupos armados irregulares y fuerzas armadas regulares presentes en el este de la RDC.

Relacionamos todo lo anterior con el estudio histórico que se hace en la presente tesis de estas milicias e instituciones militares, como actores sociales con cierta autonomía cuyo accionar represivo no solo afecta las dinámicas intestinas a estos cuerpos militares, sino también a los idearios de lo que constituye lo militar desde la esfera civil, así como las formas dominantes y deseables de lo masculino, particularmente de una masculinidad militarizada. Dicho análisis institucional llevaría a entender mejor las distintas fuentes del necroempoderamiento, pero se ha tendido a infravalorar el estudio de las fuerzas armadas como un actor con agencia en sí misma en los análisis sobre violencia militar y golpes de

Estado en el África poscolonial. La contrapartida de lo anterior es que se les ha conceptualizado a las fuerzas armadas solo como un brazo dependiente de factores exógenos (inestabilidad económica, competencia geopolítica, instrumentalización de etnicidad, etc.): eso ocurrió, paradójicamente, conforme se sucedían *coups d'état* en el continente africano posindependiente (Barron 2013, 97–98). La principal inspiración para esta lectura instrumentalista es el pretorianismo (*praetorianism*) de Samuel Huntington, que para el caso de África ha puesto énfasis en problemáticas societales para explicar las aptitudes políticas de las fuerzas armadas regulares, pero no así en las instituciones militares en sí mismas (Barron 2013, 101), ni mucho menos cuando se trata de grupos armados irregulares. Siguiendo esa línea crítica, en distintos apartados de este trabajo se analizarán las instituciones militares congoleesas y sus transformaciones y continuidades entre distintos estadios de su historia colonial y poscolonial.

Cabe denotarse que la presencia del concepto de necroempoderamiento en la bibliografía a la que se tuvo acceso es harto menor a la categoría anterior, y no se encontraron referencias en relación con el caso del este de la RDC. En este sentido, estos trabajos referencian explícitamente el trabajo de Valencia Triana, como puede verse en Lilian Celiberti (2019)³⁷, siendo el resto de la bibliografía una serie de análisis de la violencia ligada al narcotráfico y economías irregulares afines en México incluyendo a los trabajos de Karina

³⁷ Celiberti enfatiza cómo el cuerpo es central en las formas performativas de adscripción, resistencia y reconstrucción en los feminismos latinoamericanos, particularmente tomando el caso brasileiro de 2015 en adelante, que sigue lineamientos de los alzamientos feministas en Argentina, así como respuestas progresistas frente al golpe parlamentario a Rousseff, avanzada conservadora evangélica y asesinato de Marielle Franco. Su referencia al necroempoderamiento le concibe como una subjetividad falocrática respecto a la cual los feminismos están planteando lógicas distintivas, en cambio basándose en el fortalecimiento de los lazos sociales (Celiberti 2019, 124–25). Esta noción es importante en tanto da cuenta de la posibilidad de resistencia frente al necropoder, que es una preocupación de la presente tesis.

García (2020)³⁸ y Cándida Elizabeth Vivero Marín (2020)³⁹. Por último, el otro gran aporte que las intelectuales feministas realizaron a partir del concepto de necropolítica de Mbembe fue visibilizar la posibilidad y efectividad de las resistencias contra-necropolíticas. Esto último se esbozará brevemente en el último apartado. Aunque no tenga la extensión o desarrollo que su importancia requiere, se harán meramente unas necesarias aproximaciones a las formas que tienen estas resistencias y su importancia para romper con los ciclos de impunidad institucional, subjetivación de las masculinidades militarizadas y las acumulaciones de capitales por parte del necroempoderamiento y más ampliamente la necropolítica.

³⁸ García relaciona con el capitalismo gore, acuñado también por Sayak Valencia Triana (2010), la normalización de prácticas violentas como forma de enriquecimiento en la economía informal criminal, y que por ende lleva a la normalización de los sicarios y torturadores como un trabajo más, que obedece a la oferta y demanda, y sin implicancias morales (2020, 44)

³⁹ Marín toma el concepto de necroempoderamiento para analizar a los personajes masculinos de una serie de novelas de autoras mexicanas, cuyas obras contextualiza como necroescrituras, en tanto hacen explícita y cruda la violencia contra los cuerpos feminizados, no como una forma de morbo sino para llevarlo al absurdo (Marín 2020, 265–66).

Capítulo 1. Colonialidad, necropoder y militarización en la larga duración

En este primer capítulo de la tesis nos concentraremos en una posible genealogía de la necropolítica y necroempoderamiento para analizar el recorte espaciotemporal propuesto, en el este de la RDC pos-2003. Se amplía el análisis más allá de esta historia reciente para rastrear la constitución de las instituciones militares desde sus raíces coloniales, en relación con cómo la administración colonial belga informa la violencia sexual y generizada y la petrificación e instrumentalización de las identidades étnicas, a partir de su capitalización de los recursos explotables y lectura heteronormada y racista de la otredad africana. Se entiende que sin esta lectura de larga duración se perderían las raíces de estos sistemas opresivos que nutren el necroempoderamiento, y por ende se empobrecería el acercamiento analítico.

1.1. Genealogías del necroempoderamiento en la larga duración

En este apartado inicial se introduce una posible lectura del proceso de necroempoderamiento a través de la larga duración de la RDC, y cómo las formas de ejercer necropoder se relacionan con la formación de un patriarcado de alta intensidad e instrumentalización de las identidades étnicas, en relación con la colonialidad.

Se entiende que la colonialidad nutre la formación en el largo plazo o larga duración de la violencia generizada, racista y *misogynoir*⁴⁰, incluyendo la instrumentalización de la etnicidad, que se relacionan con la colonialidad del poder (Quijano 2014) y colonialidad del género (Lugones 2008). A partir de estas bases, nos concentraremos en el siguiente apartado en la conformación colonial de las fuerzas armadas y cómo la privatización del Estado, la

⁴⁰ Término proveniente del francés que refiere a la especificidad del odio discriminación hacia las mujeres negras. Como bien señala Cabanillas (2018) esto corresponde a una intersección particular, distinta al racismo y misoginia entendidos de forma “general” o androcéntrica.

tierra y la soberanía se relaciona con la capilarización de lógicas de violencia coloniales transversales a la raza, etnicidad y género.

1.1.1. Privatización del Estado, la tierra y la soberanía

Para dar cuenta de las formas de privatización de la soberanía en el contexto de la administración colonial y cómo opera a partir de ello la capilarización de la violencia colonial, cabe concentrarse específicamente en las fuerzas armadas como un actor con autonomía, empezando específicamente con la Fuerza Pública (*Force Publique*) (FP), en el contexto del Estado Libre del Congo (*État indépendant du Congo*) (1885-1908).

El antecedente inmediato a la demarcación territorial y apropiación privada por parte del Imperio belga fue la trata trasatlántica de personas esclavizadas provenientes de la cuenca del río Congo por más de dos siglos. Dicho proceso de tráfico humano incluyó la participación de esclavistas portugueses, franceses, holandeses y británicos, que trae consigo una concepción mercantilista del cuerpo y de deshumanización de la africanidad (Gondola 2002, 45); ello constituye una de las bases de la colonialidad del poder y colonialidad del género, y el antecedente para la continuidad del ordenamiento jerarquizado -racista y misógino- bajo el Estado Libre del Congo y perpetrado por la FP.

Entre sus particularidades, la FP no fue parte o emanación de las fuerzas armadas de la metrópoli belga, como ocurrió en el caso portugués y francés, y la legislación de su metrópolis prohibió la utilización de conscriptos de su brazo armado nacional para ser utilizados en territorio africano. Todo ello era reflejo del carácter privado del Estado Libre del Congo, que, en tanto propiedad personal del monarca Léopold II, también tenía una fuerza de seguridad privatizada (Shaw 1984, 1).

Desde sus inicios, esta fuerza militar estuvo compuesta por mercenarios extranjeros y población local congoleña, con oficiales exclusivamente belgas y minoritariamente de potencias aliadas (Ebenga and N'Landu 2005, 64). No obstante, la FP no tenía un comando militar centralizado y articulado, ya que los oficiales no tenían control sobre el reclutamiento o entrenamiento de sus conscriptos (Barron 2013, 105). Justamente por este razonamiento económico como articulador, desde su génesis esta fuerza colonial fue interétnica (Gautreau 2022, 22) y en la composición de más de 60.000 personas que hacía a la FP, estaban tanto los reclutas varones como las mujeres y niñas con los cuales estaban emparentados (Vanmeerbeek and Delheye 2013, 1935). Los números de la FP aumentaron exponencialmente en momentos de belicidad internacional, particularmente en las campañas contra el Imperio alemán en Kamerun y África del Este en la Primera Guerra Mundial, y las incursiones militares en Etiopía y Nigeria en la Segunda Guerra Mundial. No obstante, la participación activa de la FP en las guerras mundiales no solo fue mínima, sino que no parece haber llevado a una necesaria reestructuración y profesionalización (Barron 2013, 103-105).

Si bien la movilización de la población local no era exclusiva de la FP, la particularidad era que ello apoyaba a la fachada del supuesto carácter filantrópico de la empresa extractivista del Estado Libre del Congo (Gautreau 2022, 20). En general, fueron los jefes locales quienes señalaban a los potenciales reclutas entre los hombres activos de entre 16 y 30 años, sirviendo un máximo de siete años, con posibilidad de extenderse otros tres años (Vanmeerbeek and Delheye 2013, 1933), por lo que la «conscripción» se asemejaba más bien al secuestro en contextos de redadas y presión económica, y se centró en los varones congoleños en los márgenes o disociados de sus comunidades de pertenencia (Barron 2013, 106). En ello también se solaparon distintos razonamientos, como actuar en contra de las redadas esclavistas de afro-árabes contra sus propios grupos étnicos o la obtención de una

nacionalidad congoleña (y por ende estatus legal según parámetros coloniales) para los auxiliares de la FP y sus hijos, etc. (Gautreau 2022, 23–24).

Pero uno de los raciocinios subyacentes por parte de la administración colonial belga que han sido poco estudiados es la selección entre grupos étnicos considerados como «razas marciales» (*martial races*) (Barron 2013, 102), que se repite en otras experiencias coloniales, como el caso británico y los Rifles Africanos del Rey (*King's African Rifles*) en África del Este (Curry 1999). Esta fue una de las formas en que se pretendió petrificar e instrumentalizar a las identidades étnicas, en este caso a través de las instituciones militares, de carácter privatizado y con comando extranjerizado y blanco-europeo.

La FP tuvo simultáneamente los *modus operandi* de una fuerza de ocupación, un cuerpo policíaco y una movilización militarizada de parte de locales en contra del resto de la población, en pos de aplastar cualquier resistencia anticolonial, real o percibida. Ello incluyó constantes ocupaciones de pueblos, obligando a que alimenten y cumplan las arbitrariedades de los gendarmes, así como represiones sistemáticas a través del uso del *chicotte*⁴¹ (Nzongola-Ntalaja 2002, 37). En este sentido, el surgimiento de la FP no respondió a un bienestar de la población africana local o ni siquiera de los colonos blancos asentados, sino más bien a una expansión del territorio proyectado por Léopold II en la Conferencia de Berlín (1884-1885), en detrimento de otras proyecciones como las de alemanes y británicos, y que conectaba a la economía congoleña con el puerto de Zanzíbar (Gautreau 2022, 22). Más acentuado aún que en los casos de movilización de tropas coloniales de Gran Bretaña y

⁴¹ El *chicotte* era un látigo hecho del cuero crudo de hipopótamos, disecado al sol y usado particularmente por la FP y los administradores coloniales durante el Estado Libre del Congo para castigar a personas que se resistían a acatar ordenes o no cumplían con las entregas de especie pretendidas (Nzongola-Ntalaja 2002, 22).

Francia, la FP fue utilizada primordialmente para la represión interna, y su carácter indisciplinado y disperso fue sistemático y capitalizable (Barron 2013, 104).

En su propia estructura y aún más en su funcionamiento, la FP se asemejó a un cúmulo de bandas militares dispersas que respondieron a los intereses de los puestos comerciales, compañías y administradores coloniales (Shaw 1984, 18). Esto fue empeorado por el uso compulsivo de los soldados de la FP para intereses particulares por parte de los administradores coloniales, siendo llamados para trabajo doméstico, seguridad privada o labores artesanales, lo que imposibilitaba el entrenamiento o cohesión de las unidades (Shaw 1984, 28). En este sentido, tal vez podamos hablar de una temprana capilarización de la violencia masculinizada y racista de raigambre colonial desde la oficialidad blanca-europea a los conscriptos negros-africanos. Son múltiples y bien documentados los testimonios de maltratos, incluyendo el uso del *chicotte* para tortura que se mantuvo hasta 1955, y ejecuciones sumarias desde la dirigencia castrense europea a los soldados negros de la FP por cualquier forma de insubordinación o percepción de ella, además de la falta de pago de salarios y entrega de alimentos (Barron 2013, 107–8).

Por último, hubo una utilización temprana de violencia enfocada hacia las mujeres africanas por parte de la FP, por impulso de la extracción compulsiva de impuestos en especie a la población local. Esa violencia sexual y generizada fue usada como forma de coerción contra las comunidades de las que originaban, para transformar a las miembras como trabajadoras (típicamente porteadoras) y para la “entrega” -abuso sexual- de estas personas como botín a las tropas de la FP (Barron 2013, 108). Todo ello era logísticamente fomentado por los administradores coloniales de los puestos comerciales y los oficiales blancos, y en última instancia por el propio Léopold II, que había establecido zonas especiales como «dominio privado» (*domaine privé*) y «dominio de la corona» (*domaine de la couronne*)

donde los recursos -como el caucho- debían ser extraídos de forma aún más compulsiva, pero la práctica de ello era *de facto* hecha por los soldados congolese movilizados (Shaw 1984, 23). Este ordenamiento de la propiedad y explotación de la tierra tiene dos grandes implicancias. Primero, el mencionado estímulo de la violencia instrumental y expresiva de los reclutas congolese contra mujeres y cuerpos feminizados de sus propias comunidades por fuerza del corporativismo e intereses geoestratégicos y económicos de la colonia privatizada. Segundo, una transformación de la tierra y su incorporación dentro de otra lógica: los recursos otrora manejados por las propias comunidades serán apropiados por autoridades “tradicionales”, con la ya mencionada instrumentalización de la etnicidad. En este sentido, se fragmenta el acceso a la tierra como unidades políticas bajo el mandato colonial, con la complicidad de autoridades tradicionales con esa administración, que eventualmente se terminan enfrentando como dos polos contrapuestos (Acker 1997, 3).

En este sentido, no debe subestimarse la capacidad que tuvo la FP en el aliento de ciertos comportamientos dentro de una lectura de género y de identidades étnicas a través de sus prácticas y disciplina⁴², que serán acarreados institucionalmente. Aún más, fomentado por el cumplimiento de las cuotas de trabajo y entrega en especie (principalmente caucho), se sucedieron una serie de masacres, violaciones sexuales y secuestros, siendo paradigmática la mutilación de las manos de congolese para dar cuenta de que no se estaba malversando el uso de la munición (Barron 2013, 108). Este tipo de mutilaciones, documentadas por una

⁴² Aún más, en la propia práctica de deportes como el fútbol, gimnasia, natación y waterpolo, organizados a principios del siglo XX, había un estímulo de espacios exclusivamente masculinos, y donde estaba presente el prejuicio racista de una supuesta tendencia emocional en esos reclutas africanos que podía ser arrancada a través del entrenamiento (Vanmeerbeek and Delheye 2013, 1934). Por otra parte, la educación recibida en el contexto de la FP era meramente primaria y vocacional, en tanto recién después de la Segunda Guerra Mundial se permitió a los congolese acceder a educación superior, siendo el primer graduado universitario en 1956; el resultado de ello fue que la mayor parte de los integrantes de la FP y después del Ejército Nacional Congolés no estaban alfabetizados (Barron 2013, 107).

serie de reportes de distintos burócratas coloniales y misioneros⁴³, también incluyó la emasculación o castración (Gondola 2002, 74), que se relaciona aquí con el carácter expresivo de la violencia contra otros cuerpos y su “feminización”.

Por otra parte, la transformación del Estado Libre del Congo a una colonia de administración estatal belga en 1908 no implicó un cambio estructural en el funcionamiento de la FP, sino una manutención de la represión hacia la población local (Ebenga and N`Landu 2005, 64). Si bien excede a la competencia de esta tesis, cabe mencionarse que la ocupación belga de 1916 de Rwanda y Burundi, que serán administrados junto a la RDC como un solo territorio colonial denominado el Congo Belga y de Rwanda-Urundi (*Le Congo Belge et le Ruanda-Urundi*), también se propagó el uso de la FP e intensificó aún más la instrumentalización de la etnicidad (Nzongola-Ntalaja 2002, 216–17), y ello preparó el terreno ideológico para procesos genocidas como los de Burundi en 1992 y de Rwanda en 1994 (Uvin 1999).

Recién en 1959, un año antes de la declaración de la independencia congoleña, la FP recibió su primera gran reestructuración en pos de un mayor “profesionalismo” e incipiente africanización, con la división en tres agrupamientos (*groupements*) regionales liderados cada uno por un coronel, y manteniendo a unas huestes de 24.000 soldados con otras 30.000 personas, mayoritariamente mujeres y niñas, asociadas por parentesco con los militares (Barron 2013, 106). Una mención especial la merecen las Fuerzas de Katanga, que eran independientes a la FP y dependían logística y armamentísticamente de la Compañía de Katanga (*Compagnie du Katanga*) y su sucesora Comité Especial de Katanga (*Comité Special du Katanga*) (CSK), y por ende tuvieron una organización diferencial mucho más

⁴³ Entre ellos, se pueden mencionar los reportes de E. D. Morel, George Washington Williams, Roger Casement y William Sheppard (Hochschild 1998).

centralizada respecto a la FP (Shaw 1984, 19). Ello se justificaba en la riqueza mineral de la región y la cercanía y conexiones (y por ende peligrosidad para los intereses belgas) respecto a la posesión británica de Rhodesia del Norte; por todo ello, se establece un orden jerárquico similar al del ejército belga (Shaw 1984, 21), que justamente le diferenciaba del carácter indisciplinado, disperso y diferenciado de las huestes de la FP. Podemos ver aquí un antecedente del regionalismo congolés y tal vez un germen del secesionismo de Katanga, en tanto la formación militar distintiva a la FP no imbuyó a estas tropas de un sentimiento nacionalista ni mucho menos centralista, sino de una mayor cercanía a los intereses belgas para la explotación de los recursos de la región.

A grandes rasgos, estamos ante la constitución de una fuerza colonial privatizada que se financia alrededor de una economía extractivista centrada en el marfil y caucho, y que obtiene una enorme plusvalía arrancada de la población local por medio de la coerción, y que se relacionaba con la represión sistemática a los conscriptos nativos por parte de la oficialidad blanca y administradores coloniales, que se capilariza desde la FP al resto de la comunidades dentro del Estado Libre del Congo y luego Congo Belga y de Rwanda-Urundi, y que tendrá ondas reverberaciones en la historia poscolonial. Como puede verse en este apartado y el énfasis en la FP, la impronta de la administración colonial belga atraviesa las formas estructurales en que se ha construido en la larga duración la colonialidad del poder y colonialidad del género.

En este sentido, el género y la etnicidad, que han sido instrumentalizadas en los conflictos contemporáneos, remiten a formas ensayadas bajo la administración colonial belga y específicamente dentro de la privatización de la vida que impuso Leopold II. En ello se reconoció como principal eje articulador y de la capilaridad de estas formas coloniales de ordenamiento identitario y social a las fuerzas armadas, de necroempoderamiento, que ya

empiezan con la FP, en tanto es la primera y más visible fuerza institucionalizada que pretende instrumentalizar y volver estática las identidades étnicas (particularmente a través de la distribución de recursos con los jefes locales, así como la concepción de ciertas etnias como las denominadas “razas marciales”) y el género (unciendo una masculinidad militarizada como deseable y cosificando los cuerpos de las mujeres).

1.1.2. Transformaciones bajo el aparato estatal de Mobutu (1965-1997)

El análisis de este recorte histórico profundiza sobre la privatización del aparato estatal congolés, bajo otra lógica y demarcada particularmente por la figura de Mobutu Sese Seko, y las continuidades entre la FP y sus sucesores: el Ejército Nacional Congolés (*Armée Nationale Congolais*) (ANC) y las Fuerzas Armadas Zairenses (*Forces Armées Zairoïses*) (FAZ). Estos denotan una serie de continuidades en la sistematicidad de su desorganización, abandono institucional, institucionalización e instrumentalización de la etnicidad, y fomento de la violencia rapaz contra la población civil. Asimismo, inicia un mecanismo de impunidad a partir de la reorganización militar bajo los justificativos de la profesionalización y transformación de las fuerzas armadas en funcionarios para el público zairense.

Tras una crisis concertada geopolíticamente que sucede inmediatamente a la proclamación de independencia congoleña en 1960, el general Joseph-Désiré Mobutu toma el poder en 1966, tras un segundo golpe de Estado. En una apropiación de los discursos de Patrice Lumumba, Mobutu había nacionalizado todas las compañías presentes en la RDC, mayoritariamente mineras, de otrora control colonial belga, lo que causa conflictos con potencias centrales en torno a aquellas que todavía eran rentables (Gondola 2002, 144). No obstante, esta apropiación estatal de empresas extractivistas se hizo en función de la construcción de un régimen político personalista sustentado por redes clientelares, que ha

sido categorizado como «neopatrimonial»⁴⁴, beneficiado también por los apoyos financieros de Estados Unidos -como parte de sus esfuerzos anticomunistas- y de instituciones financieras internacionales (IFI) (Reyes 2012).

Aún más, hay en la lógica de ese enriquecimiento diferenciado un favoritismo identitario hacia el séquito, familia y etnia de Mobutu, y ello comienza tempranamente aún antes de la toma definitiva del poder en 1965. En este sentido, hubo una combinación adrede de distintas tácticas bajo el mobutismo y a lo largo de sus transformaciones institucionales militares para asegurar la subordinación militar (Baynham 1992, 261–62), lo cual estallará tras su caída del poder.

Siguiendo la línea esbozada sobre la FP, cabe destacarse que no hubo entrenamientos de oficiales de raíz congoleña al menos hasta 1955, como parte de la expectativa belga de que lograrían mantener control colonial sobre el territorio y población de la RDC (Robinson 2021, 1118). En la Crisis del Congo (*Congo Crisis*) en el período 1960-1965, entre los primeros meses tras la independencia de la RDC y el segundo golpe de Estado por parte de Joseph Mobutu, se da la politización de las fuerzas armadas y su intromisión institucionalizada en la arena política (Barron 2013, 97–98). Al momento de este tumulto

⁴⁴ En un estudio del régimen de Mobutu Sese Seko y las consecuencias en las formas de hacer política tras su colapso en 1997, Marco Antonio Reyes define al neopatrimonialismo como un sistema de clientelismo que en última instancia responde a un jefe en la cúspide, que construye una red de lealtades a partir de relaciones personales y designación de cargos (2012, 5). Este sistema personalista se hace posible por una densa y extensa red de patrones y clientes, donde coexiste el carisma personal del jefe y la utilización de prebendas, concesión y quita de privilegios, asegurando en última instancia el monopolio de los bienes públicos para ello (Reyes 2005b, 688). Una de las grandes consecuencias del neopatrimonialismo es el socavamiento de las bases de un posible movimiento de masas que se le oponga a la figura de Mobutu (Reyes 2012). No podemos entender la disponibilidad de recursos y el mantenimiento de este sistema neopatrimonial por este período de más de tres décadas sin el contexto de la Guerra Fría y el interés geoestratégico que tenía la RDC en el aprovisionamiento de materias primas y de lucha anticomunista (Reyes 2010). En esta tesis, no se considera al necroempoderamiento como una categoría superadora o reemplazante del neopatrimonialismo, sino que coexiste en el nivel de las microrrelaciones sociales y particularmente en las retroalimentaciones de lógicas de violencia entre fuerzas armadas regulares y grupos armados irregulares, informados por la colonialidad del poder y del género.

sociopolítico, había 26.000 tropas de la FP con 600 oficiales belgas, ante los cuales el comandante Teniente General Émile Janssens afirmó el 5 de julio de 1960 que no cambiaría nada tras la independencia⁴⁵; en rápida sucesión se perpetraron motines militares, supresión de estos, éxodo de los oficiales belgas y el resto de los colonos blancos, intervención militar belga y reestructuración de la FP hacia la ANC a través de la acelerada promoción de los soldados congolesees más calificados como oficiales (Robinson 2021, 1119). Ello llevó a un enfrentamiento entre altos oficiales, particularmente Lundula y Mobutu, correspondiendo respectivamente al enfrentamiento entre el presidente Kasavubu y primer ministro Lumumba (Ebenga and N'Landu 2005, 65). Fue justamente este legado de desorganización, lealtades paralelas y rapiña privatizada lo que informó la rápida transformación de la FP a la ANC, y explica en parte la incapacidad de centralizar el poder político-militar y superar la Crisis del Congo en un carácter transicional (Barron 2013, 98). Aún más, en esta rápida reorganización no solo faltó un proceso de profesionalización, sino que la reestructuración se había dado en función de Mobutu y su temprana construcción de lealtades, incluyendo financiamiento proporcionado por la CIA y entrenamiento de oficiales por militares israelíes, canadienses, italianos, noruegos y belgas bajo el *Greene Plan* (Robinson 2021, 1119).

Posteriormente y también por orden de Mobutu, la formación de la ANC se dio en parte a través de la integración de las otrora fuerzas secesionistas de Katanga y Kasai, el 1 de julio de 1963 (Ebenga and N'Landu 2005, 67), con la salvedad ya señalada en el apartado anterior de una constitución militar diferenciada en Katanga respecto a la FP. Este proceso de integración fue logrado con el apoyo de la Organización de la ONU en el Congo (ONUC),

⁴⁵ Como señalo el Dr. Kakozi en una conversación privada por correo electrónico (30/06/2023), el mencionado Teniente General Janssens escribió en el pizarrón durante una junta con militares congolesees: “*Avant l'indépendance=Après l'indépendance*” (Antes de la independencia=Después de la independencia), para señalar la continuidad que la comandancia de extracción belga pretendía.

pero tras su retirada en junio de 1964, la recientemente formada ANC tuvo que enfrentar sola dos nuevas insurrecciones, en la provincia de Kwilu (desde junio de 1964 hasta 1966) y la Rebelión Simba (desde enero a noviembre de 1964), así como un motín de mercenarios en 1967 (Robinson 2021, 1120). Por último, acontecieron una serie de tumultos en torno al asesinato de Lumumba, mientras que rezagos de los levantamientos secesionistas de Katanga y Kasai proliferaron en el período de 1963-1967 (Ebenga and N'Landu 2005, 65–66).

Uno de los factores fundamentales en la constitución de la ANC, también aprovechado por Mobutu, fue la etnicidad. En este sentido, esta era una de las identidades prevalentes y por ende lealtades simultáneas que podían ser instrumentalizadas, lo cual estaba informado por las prácticas de reclutamiento selectivo de la FP a partir de «razas marciales» (*martial races*). Un ejemplo paradigmático de ello fue la fundación en 1968 de la Brigada Aerotransportada Reforzada (*Brigade aéroportée renforcée*), encargadas de la seguridad de Mobutu y seleccionadas específicamente desde la provincia de Equateur, la región nativa del general; este claro favoritismo, incluyendo mejor equipamiento y remuneraciones consistentes, ha sido señalado como un momento clave para entender el proceso de «tribalización»⁴⁶ de las fuerzas armadas congoleñas (Robinson 2021, 1123), lo que aquí denominamos como un largo proceso de petrificación e instrumentalización de la etnicidad, informado por la colonialidad del poder. En consonancia con la continuidad institucionalizada de una violencia colonialista, la rapacidad propia de la FP, incluyendo violencia selectiva contra la población civil y los propios reclutas, continuó practicándose en

⁴⁶ Esta terminología se encuentra en la bibliografía citada, lo cual a su vez remite a términos empleados en la propia época, y por ello se utiliza en el presente trabajo. No obstante, no debe considerarse como una naturalización de la tribu como ordenamiento social en contextos africanos, sino más bien en relación con la colonialidad del poder, una instrumentalización de la etnicidad con raíces coloniales que se introdujo en esta primera parte.

la ANC, por lo que los caracteres de una fuerza privatizada, no-profesional y enfrentada a la población civil todavía le correspondían como descripción (Barron 2013, 118–19). Siguiendo un rol histórico permeado en su estructura, las FAZ mantuvieron la función de aplastar cualquier oposición interna contra el régimen de Mobutu: asimismo, el sistema mobutista sostuvo estratégicamente el desorden organizacional y lealtades paralelas para levantar a Sese Seko como el jefe supremo y dispensador arbitrario de promociones y despidos (Baaz and Stern 2010, 18).

A través del Acta de Defensa y Fuerzas Armadas Zairenses de 1977, se transforman a las ANC en las FAZ, y a estas últimas en una parte más del Movimiento Revolucionario Popular (*Mouvement Populaire de la Révolution*) (MPR), el partido único que se estableció en la RDC/Zaire, debiendo pleitesía constante a Mobutu Sese Seko, y justificándose tras la derrota de las fuerzas armadas frente a Katanga (que se denominaba como Shaba del Sur durante el mobutismo) y supuesto intento de asesinato y golpe palaciego a Mobutu (Ebenga and N'Landu 2005, 66–68). Cabe mencionarse que a través de ello la ANC/FAZ son incluidas en un proyecto nacionalista, que como otras corrientes de los movimientos de descolonización compartían una noción androcéntrica de la política, pero aún más marcado en el caso del mobutismo con el programa de la «Autenticidad» (*Authenticité*), que fue uno de los sustentos ideológicos del neopatrimonialismo y la mencionada nacionalización.

En este sentido, la neopatrimonialización del Estado por parte de Mobutu Sese Seko comienza con la personalización de toda la administración militar bajo su liderazgo. Ello se confirmó simultáneamente con su autonombramiento como Comandante Supremo, Comandante en Jefe, Presidente del Consejo Superior de Defensa y Ministro de Defensa; a la vez, realizó reorganizaciones constantes ante cualquier posible amenaza a su primacía política-militar (Ebenga and N'Landu 2005, 66).

Relacionada con el carácter pragmático de la FAZ como brazo represivo del régimen mobutista, se reorganizó a la policía y *Gendarmerie* en 1972 (Robinson 2021, 1130) y creó de la Guardia Civil en agosto de 1984, con el objetivo de proteger las fronteras y parques nacionales, pero que fue infame por su rapacidad contra la población civil (Ebenga and N'Landu 2005, 68). Podría decirse entonces que aconteció una simbiosis organizacional y de prácticas institucionalizadas entre fuerzas armadas y policiacas durante el régimen mobutista, que marcó aún más el pillaje por medios militarizados contra el resto de la población congoleña. Allí donde hubo cambios, como en 1972, con la transformación desde los agrupamientos propios de la FP y ANC hacia subagrupaciones regionales con comandantes propios, no implicó una verdadera reestructuración de lealtades o funciones (Robinson 2021, 1128), mientras que en 1975 Mobutu protagonizó una enorme purga de altos cargos militares aduciendo un intento de golpe de Estado (denominado como *coup monté et manqué*), lo que lleva a un mayor énfasis en la tribalización de las fuerzas armadas y categorización de Shaba, Bandundu y Kasai como regiones problemáticas para los militares originarios de allí (Robinson 2021, 1122), y volvió a hacer lo mismo en 1978 (Robinson 2021, 1130).

Este proceso de constante “reorganización” mantuvo la desorganización institucional así como obstaculizó la posible profesionalización y cambio de cuerpo de oficiales debido a la insistencia de mantener a camaradas y miembros del grupo étnico de Mobutu en sus posiciones de poder, muchos de los cuales habían pertenecido a la FP y estaban en edad jubilatoria, o colocando a oficiales enfrentados como una forma de provocar adrede conflictos entre ellos (Robinson 2021, 1121–22). Fue particularmente la etnia ngwandi y la parentela cercana de Mobutu la mayor beneficiada de los ascensos arbitrarios en las FAZ y cargos ministeriales relacionados con la defensa (Ebenga and N'Landu 2005, 68). En esa línea, debemos reafirmar que la opacidad institucional y atisbos de profesionalización que

eran meras reorganizaciones del presupuesto y figuras de autoridad afines se hizo en función del neopatrimonialismo, por lo cual cabe adoptarse una aptitud crítica cada vez que hablamos de estos cambios en las FAZ y, aún más, posteriormente.

Por último, a pesar de la mitología que se ha construido posteriormente, las FAZ no actuaron solas y Mobutu necesitó repetidas veces de ayuda foránea, tanto africana como occidental, para mantener el control de su sistema neopatrimonialista y la unicidad del territorio. En este sentido, la Fuerza Interafricana, compuesta por marroquíes y egipcios, y con apoyo logístico francés y estadounidense, fue usada para repeler al Frente de Liberación Nacional Congoleña (*Front de libération nationale congolaise*) (FNLC), también conocidos como los *Tigres* Katangeses o Gendarmes de Katanga (*Gendarmerie Katangaise*), asentados en el norte de Angola (Kinsey Powell 2012) (Robinson 2021, 1129). Allí cuando ocurrieron este tipo de agresiones, no se basaban únicamente en factores exógenos, sino que se combinaban con un escenario geopolítico más amplio en el cual Mobutu y su gobierno se insertaron cabalmente. Así, fue la intromisión militar de Mobutu en la guerra de liberación de Angola, apoyando a la facción armada del Frente Nacional de Liberación de Angola (*Frente Nacional de Libertação de Angola*) (FNLA) (por recomendación estadounidense y también con apoyo sudafricano), lo que propició en un primer lugar las dos invasiones por parte de la FNLC de Shaba (o Katanga) en 1977-1978, tras la derrota definitiva del FNLA y como una forma de retaliación (Robinson 2021, 1128–29). A pesar de esta estrepitosa derrota, Mobutu continuó secretamente apoyando a los enemigos del MPLA, esta vez a la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (*União Nacional para a*

Independência Total de Angola) (UNITA) de Savimbi, aprovisionando a este último de armamento⁴⁷ (Ebenga and N'Landu 2005, 72).

Todo lo anterior promovió, casi llegando a un estatuto y política oficiales del régimen mobutista, a que las FAZ se separaran cada vez más de la esfera civil y la consideraran meramente en términos de un proveedor de bienes y servicios para su manutención. Este abandono institucional, particularmente de sus salarios y condiciones laborales, fue diferencial: las mencionadas brigadas de paracaidistas especiales que eran leales y cercanas al territorio y etnicidad de Mobutu representaban menos de 15.000 hombres pero estaban mucho mejor equipados y pagados que el resto de los 50.000 que componían a las FAZ (Ebenga and N'Landu 2005, 69).

El establecimiento de lo que se ha denominado el sistema de *débrouillez-vous* (resuelve por tu cuenta) establecido por Mobutu en su utilización pragmática de las FAZ y todas las fuerzas de seguridad (Robinson 2021, 1131) fue reflejo y factor explicativo en la continuada erosión del sistema neopatrimonialista mobutista. Esto permite contextualizar a los grandes saqueos perpetrados por las FAZ contra la población civil en 1991 y 1993 como manifestaciones de problemáticas estructurales y no como actos espontáneos (Ebenga and N'Landu 2005, 74). Este abandono eventualmente facilitó la entrada de fuerzas anti-mobutistas en Kinshasa y explica a su vez la matanza de personal uniformado, incluyendo a policías y militares zairenses, por parte de civiles en 1997 (Baaz and Stern 2010, 26). En este sentido, la debilidad, falta de cohesión y lealtad de las FAZ permitió el rápido avance de una coalición insurgente contra Mobutu a lo largo de toda la RDC (Reyes 2005b, 695).

⁴⁷ Otros esfuerzos de involucramiento del gobierno de Mobutu en la geopolítica africana fueron las intervenciones en Nigeria y Burundi en 1971, en Chad en 1982-1983, Togo en 1986 y Rwanda en 1990 (Ebenga and N'Landu 2005, 72).

1.1.3. Primera y Segunda Guerra del Congo (1996-2003)

Cabe destacarse que los conflictos bélicos recientes en el continente africano tienen una serie de denominadores comunes, y los casos de la Primera y Segunda Guerra del Congo (1996-2003) no son excepciones. Estas guerras siguen una serie de lineamientos de otros conflictos poscoloniales en África y que marcan una línea de continuidad entre sí: la deslegitimación sociológica del aparato estatal, como corolario de su pasado colonial; la manipulación de la identidades étnicas por parte de cuerpos gobernantes y los conflictos armados en torno al control y explotación de recursos naturales, entre otros (Kabunda Badi 2011a, 77).

Asimismo, como en otros casos de conflictos africanos, la estabilidad de la RDC ha dependido de los vaivenes políticos de sus Estados fronterizos, dentro de la más amplia Región de los Grandes Lagos, particularmente las conflictividades con justificativos étnicos en Rwanda, Burundi y Uganda, que ya tienen repercusiones en la década del cincuenta (Kabunda Badi 2010, 135). Por último, una similitud de la Primera y Segunda Guerra del Congo con otros conflictos en contextos africanos fue la incomprensión inmediata, contemporánea e inmediatamente después. Tras el estallido se interpreta a la Primera y especialmente a la Segunda Guerra del Congo como una «guerra civil» (Turner 2007, 2).

Esta tipología bélica utilizada se relaciona directamente con la caída del Muro de Berlín en 1989 y colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas (URSS) en el período 1989-1991, y reorganización de las relaciones internacionales en torno a la unipolaridad estadounidense, que hace cambiar la importancia geopolítica de la RDC, así como una reconfiguración conceptual desde la intelectualidad occidental sobre la violencia en el Sur Global, al abandonarse el justificativo del impulso soviético⁴⁸.

⁴⁸ Ver apartado *Las reconfiguraciones conceptuales de los discursos desde el Norte Global hacia la década del noventa*.

Los detonadores de la Primera Guerra del Congo (1996-1997), fueron multifactoriales. Primero, los nuevos impulsos para derrocar al régimen de Mobutu Sese Seko. Dicho gobierno se erosionó gradualmente por el final de la Guerra Fría y la aminoración de la importancia geopolítica congoleesa, así como por la gradual apertura electoral que abandonó el unipartidismo y culminó en la Conferencia Nacional Soberana (*Conférence nationale souveraine*) (CNS) de 1992, pero que rápidamente se contradice con una retracción y vuelta a las figuras leales al mobutismo (Reyes 2005, 688: 693).

Por otra parte, esto se combinó con una crisis económica acarreada desde la década del setenta, por la caída de los precios de las materias primas no procesadas en el contexto de la crisis de petróleo de 1973; ello afecta particularmente a la RDC con la depreciación del cobre, y eventualmente con un abandono de las prebendas desde el Fondo Monetario Internacional (FMI) en la década del noventa (Reyes 2010, 102). Todo lo anterior, al conmocionar sus bases materiales, pone en cuestionamiento al sistema de lealtades construido por Mobutu.

Seguido, está la cuestión de la autodefensa por parte de los banyamulenges, congolese de etnicidad tutsi en Kivu del Sur, que se relacionaba a su vez con la regionalización del genocidio que tuvo como epicentro a Rwanda en 1994 (Kabunda Badi 2010, 136) y los cambios arbitrarios de ciudadanía que el mobutismo había realizado en torno a estas poblaciones concentradas en el este congolés. En este sentido, la mencionada concesión de ciudadanía de 1972 fue denegada por el gobierno federal y local de Zaire en 1981, y por ende se cerró repentinamente su acceso a derechos políticos y territoriales. Ello eventualmente se combina con la regionalización de las matanzas pre-genocidas y genocidas contra tutsis, no solo en Rwanda sino también en Burundi, donde ocurren una serie de

masacres contra la población tutsi por parte de una mayoría hutu en 1993 tras el golpe de Estado que acompañó al asesinato de Melchior Ndadaye (Uvin 1999, 262).

En este sentido, el genocidio rwandés de aproximadamente 800.000 personas de la etnia tutsi y una minoría de hutus moderados provocó la huida de más de 1.5 millones de personas de la etnia hutu hacia las provincias del este de la RDC, tras la obstaculización del proceso genocida y la toma del poder por parte del Frente Patriótico Rwandés (*Front Patriotique Rwandais*) (FPR); este movimiento de personas hacia la RDC temía una represalia en forma de matanzas por parte del nuevo gobierno de Pasteur Bizimungu y Paul Kagame. Dicho traspaso forzoso de personas implicó una complejización del mosaico étnico ya presente en la RDC (Reyes 2005b, 693) y profundiza una serie de divisiones en el este congolés que se venían abonando por conflictividades en los años previos⁴⁹.

Entre las personas refugiadas se encontraban miembros de las milicias genocidiarias (*génocidaires*)⁵⁰ *Interahamwe* así como cómplices de la Fuerza de Defensa de Rwanda (*Forces Armées Rwandaises*) (FAR), las que fueran las fuerzas armadas regulares de mayoría hutu antes del genocidio (Reyes 2010, 103), apoyados en su escape hacia el territorio fronterizo por el proyecto francés de la Operación Turquesa (*Operation Turquoise*) (Gondola 2002, 159). Dicha entrada concertada de partícipes y cómplices del genocidio rwandés en territorio congolés tuvo dos grandes implicancias.

Primero, la profundización de la regionalización del conflicto tutsi-hutu, teniendo por nuevo epicentro a Zaire/RDC y particularmente el territorio oriental. Si bien la entrada

⁴⁹ Esto incluye una serie de levantamientos por parte de militares no pagados de las FAZ en los poblados de Kisangani, Goma y Kolwezi, y conflictos entre las poblaciones de Shaba/Katanga (mayoritariamente lunda) y de Kasai (que engloba pueblos luba, songye, tetela, y kanyok, entre otros), que terminó produciendo a su vez expulsiones demográficas desde Katanga (Gondola 2002, 158).

⁵⁰ Se utiliza este neologismo proveniente del francés y acuñado por el sistema judicial y militar que persiguió a los perpetradores y cómplices del genocidio perpetrado en Rwanda, en pos de dar cuenta de las formas en que se nominaron a estos criminales desde la jurisprudencia rwandesa (Levy, Firestone, and Muse 2021).

pactada de personas refugiadas le significa una recuperación de sus relaciones con el gobierno francés. Mobutu demuestra un llano desinterés por la catástrofe humanitaria que rápidamente se desarrolló en el este congolés, incluyendo enfermedades como el cólera y disentería, que terminó matando a más de 40.000 personas entre esas comunidades movilizadas de procedencia rwandesa y en su mayoría de la etnia hutu (Van Reybrouck 2015, 415–16). Por otra parte, como ya se mencionó, la crisis humanitaria se sumó a la complejización de relaciones interétnicas con sus procesos históricos particulares ya presentes en el este congolés⁵¹, y que terminó afectando particularmente, a la etnia banyamulenge, a la vez que estaban siendo atacados por militantes genocidarios por su pertenencia étnica tutsi, y estando ayudados a su vez por congolese de distintas raíces étnico-lingüísticas para saldar cuentas y aprovecharse de la situación económicamente (Reyes 2012). Frente a esta situación crítica, esas poblaciones rápidamente adoptaron una posición defensiva o de contraofensiva que fue respaldada por gobiernos fronterizos, cuyos intereses eran múltiples y se alineaban con estas comunidades en territorio congolés: el gobierno rwandés recientemente consolidado de Bizimungu y Kagame, temía un posible contraataque por parte de las mencionadas milicias genocidarias *Interahamwe*; el gobierno ugandés de Yoweri Museveni se justificaba por el apoyo tácito de Mobutu a la permanencia de la Alianza de Fuerzas Democráticas (*Forces démocratiques alliées*) (ADF) en territorio congolés, que proyectaba destituir a la cúpula ugandesa (Malomalo 2019, 37); y el gobierno burundés estaba atemorizado de un nuevo impulso genocida contra su población tutsi tras las mencionadas matanzas de 1992 (Uvin 1999, 263).

⁵¹ Esto se desarrolla con más detalle en el apartado 4.4. *La violencia como pulsión étnica y/o africana*.

Segundo, la cristalización de prácticas de financiamiento por medio de la depredación contra la población civil, que ya estaban presentes en las FAZ. En este sentido, hay una utilización de la venta a futuro de derechos de explotación de recursos naturales autofinanciarse, específicamente desde la Alianza de Fuerzas Democráticas por la Liberación de Congo-Zaire (*Alliance des Forces Démocratiques pour la Libération du Congo-Zaire*) (AFDLZ o AFDL), en las últimas etapas de la Primera Guerra del Congo y llegando a aproximadamente unos 70 millones de dólares (Usanov et al. 2013, 57). Ese avance desde el este al oeste de la RDC fue costado también por la rapiña de la población civil y uso compulsivo de niñeces en situación de combate (Omer and Reyes 2011, 345–46). Aquí, relacionamos esto con algunas de las formas en que se financiarán posteriormente los grupos armados irregulares, pero también la posterior constitución de las fuerzas armadas regulares, en el contexto del este congolés, con todo el bagaje institucional ya mencionado.

La AFDL estaba compuesta por cuatro grupos (tutsis congolese, liderados por Déogratias Bugera; los lumumbistas, liderados por Kisase Ngandu; una guerrilla de inspiración marxista liderada por Laurent Kabila; y un grupo más ecléctico con liderazgo de Anselme Masasu) y contaba principalmente con el patrocinio del gobierno rwandés, particularmente tras la reciente toma del poder por el FPR (Reyes 2010, 104). En esa línea, la AFDL contaba aproximadamente con 40.000 movilizados de distintas procedencias nacionales, incluyendo congolese, eritreos, rwandeses, somalíes, ugandeses, tanzanos, kenyanos y etíopes, a lo largo de un amplio espectro étnico. La victoria de esta coalición contra el mobutismo es aplastante (Ebenga and N'Landu 2005, 75). La resultante toma del poder por parte de Laurent-Désiré Kabila y huida de Mobutu a Marruecos fue mediada por el entonces presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela (Maciel 2019, 142).

Cabe destacarse que en este breve y frenético período entre la Primera Guerra del Congo y el nuevo estallido bélico de 1997 estuvieron operando las Fuerzas Armadas Congolesas (*Forces armées congolais*) (FAC), que fueron sucesoras de la FAZ, tras la caída del mobutismo. No obstante, no hubo una correspondencia automática entre las FAZ y la FAC. La movilización armada desde el este concentrada alrededor de la AFDL y que se relacionaba con el apoyo económico y logístico desde Rwanda, Uganda y Burundi (Baaz and Stern 2010, 10) y estadounidense (en competencia geopolítica contra Francia en la región) (Reyes 2010, 104), eventualmente nutre a las FAC cuando se institucionaliza la toma del poder por parte de Laurent Kabila. Por otra parte, debido a la composición interétnica e internacional de esta coalición acontece una extranjerización de las FAC y de los altos cargos de defensa en el nuevo gobierno congolés. Esa incorporación, que incluía a agentes de extracción rwandesa, como James Kabarebe en la posición de jefe del Personal Militar y el mantenimiento de la seguridad de Kabila, junto a otros rwandeses de etnicidad tutsi, termina causando una nueva crisis política (Reyes 2010, 106). Asimismo, el tratamiento dado a los militares de la FAZ mobutista, con el encarcelamiento de aproximadamente 40.000 soldados en Kitona (en las afueras de Kinshasa), causó enormes resquemores entre los generales de las otroras fuerzas zairenses (Ebenga and N'Landu 2005, 75–76).

Las acusaciones de complicidad y manipulación extranjera terminan siendo respondidas por Kabila con la destitución de estos elementos foráneos en el seno del gobierno y el llamado a la repatriación de los soldados extranjeros que patrullaban la capital congoleña, sustituyéndoles con miembros de su propia parentela y grupo étnico del nuevo mandatario (Reyes 2010, 107).

El corolario de esa crisis política fue el estallido de la Segunda Guerra del Congo (1997-2003), que enfrentó a Uganda, Rwanda y Burundi contra el nuevo gobierno congolés

de Kabila, que se vio apoyado por Namibia, Angola, Zimbabwe y minoritariamente Sudán (antes de su partición de 2011) y Chad. Todo este período de conflictividad internacional (1996-2003) causa directamente la muerte de más de tres millones de personas, así como la movilización forzadas de otros millones de congolese (landaluze 2017, 275)⁵².

1.2. La construcción de una economía de guerra y sus consecuencias (c. 1994-2019)

Por último, en este apartado se hará una breve revisión sobre la contemporánea constitución y funcionamiento de la economía de guerra, la fisonomía de las Fuerzas Armadas de la RDC (FARDC) y algunos de los grupos armados irregulares implicados, acotándose al este congolés y enfatizando su constitución como espacios fronterizos en relación con otros Estados africanos limítrofes. En el presente trabajo se define a la economía de guerra como un proceso multiescalar con diversos agentes estatales y no-estatales, enfrentados o interrelacionados, que establecen una relación militarizada y de explotación con un espacio y población particulares.

1.2.1. Grupos armados irregulares y capilarización con las FF. AA.

Como se señaló, la Segunda Guerra del Congo no mueve únicamente a nueve fuerzas armadas regulares en la RDC, sino también a una multiplicidad de grupos armados irregulares, a partir de financiamientos que se mueven por este espacio fronterizo del este congolés. En este sentido, acontece el surgimiento de la Asamblea Congolese por la

⁵² En esta tesis se utiliza el nombre iker zirion landaluze en minúsculas, tanto en el cuerpo de texto como en la bibliografía, en respeto a la adscripción identitaria que la persona investigadora en cuestión utiliza.

Democracia (*Rassemblement Congolais pour la Démocratie*) (RCD)⁵³, liderado por Ernest Wamba dia Wamba, con financiamiento rwandés y ugandés (Nzongola-Ntalaja 2002, 228), bajo el justificativo de que Laurent Kabila se había transformado en otro dictador que estaba apoyando a las fuerzas genocidarias de los Interahamwe y a exmilitares de la extinguida institución militar rwandesa FAR (Reyes 2012, 138). No obstante, frente a las limitaciones de la RCD para movilizar de forma armada a la población congoleña surge el Movimiento por la Liberación del Congo (*Mouvement de Libération du Congo*) (MLC), liderado por Jean-Pierre Memba, con apoyo primordialmente ugandés (Reyes 2012, 147–48).

Se entiende que en el caso congolés y particularmente en el este, la cimentación de una economía de guerra comienza paralela a la construcción de un poder institucionalizado por parte de Laurent Kabila, inmediatamente tras la destitución de Mobutu y en el venidero contexto de la Segunda Guerra del Congo, y que eventualmente lleva a una integración de esos grupos armados irregulares en el gobierno de Joseph Kabila (Reyes 2005a, 704–5); por ende, esta constitución de una economía de guerra está ligada a las particularidades congoleñas (Reyes 2010, 98).

En un carácter multiescalar a lo largo de todas estas instituciones militares descriptas, la participación en la economía de la guerra en la RDC tras 2003 es multiforme y puede ejemplificarse particularmente con el general Laurent Nkunda. Este último había peleado primeramente junto al FPR, luego el AFDL y después la RCD. Tras la estabilización de 2003 e incorporación de la AFDL y RCD a las FARDC, Nkunda establece en el período 2003-2005 su propio grupo armado irregular, el Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo

⁵³ Este grupo se transforma en RCD-Goma por su transferencia espacial (Reyes 2012, 143) y se fragmenta en 1999 en RCD-Kisangani y Asamblea Congoleña por la Democracia-Movimiento de Liberación (*Rassemblement congolais pour la Démocratie-Mouvement de libération*) (RCD-ML) (Nzongola-Ntalaja 2002, 230).

(*Congrès national pour la défense du peuple*) (CNDP), justificándose en la defensa de los congoleses tutsis (Kabunda Badi 2010, 136). A través de este caso podemos vislumbrar la lógica de la conformación de otros grupos y fragmentación de estos por parte de otrora hombres grandes intermediarios del régimen mobutista y/o militares desilusionados con Kabila, que se insertan en una economía de guerra que excede al conflicto bélico declarado y es donde se potencia el necroempoderamiento informado por la colonialidad en la larga duración que se analiza aquí.

En este sentido, cabe afirmarse preliminarmente que la conversión de generales antes leales a Mobutu y/o a Kabila en jefes de sus propios grupos armados irregulares o «señores de la guerra» (*warlords*) está directamente relacionada con la capilarización que se viene rastreando. Dentro de estas agrupaciones armadas, que están integradas periódicamente por jóvenes de la sociedad civil que son movilizados de forma armada y que mantienen contactos constantes con la población civil al pretender controlar y expoliar de los territorios en el que habitan estas comunidades, se mueven estas lecturas normativizadas y petrificadas de la etnicidad, enseñadas a lo largo de la mutación institucional de las fuerzas armadas regulares (FP, ANC, FAC, FAZ, AFDL, FARDC) y la eventual incorporación de los grupos armados irregulares en procesos de desmovilización, que se revelan como ciclos de impunidad.

Y como ya se mencionó, esa capilarización no es unilineal, de arriba hacia abajo, sino que se mueve en distintas escalas: ello puede ocurrir entre instituciones (desde las distintas transformaciones a lo largo de las fuerzas armadas regulares), entre instituciones y grupos (desde las FF. AA a los grupos armados irregulares, y viceversa) y desde los grupos a la sociedad civil (a través de la pauperización social, imposición de una masculinidad militarizada como hegemónica o (des)integración de individuos de las comunidades). En este sentido, una de las consecuencias poco estudiadas de un contexto de economía de guerra

como este es la normalización de masculinidades hegemónicas, que se combina con el mencionado círculo vicioso de violencia. Este último se efectiviza a través del saqueo de recursos, ruptura de relaciones intercomunitarias y reducción de oportunidades de subsistencia, que tiene el potencial de transformar a individuos particulares en miembros de grupos armados irregulares o fuerzas armadas regulares (Reyes 2010, 108–9) (Mantz 2018, 527–28). El interés a corto plazo de los grupos implicados en este enriquecimiento es el mantenimiento de la economía de guerra en sí (Reyes 2012, 53), pero también es parte de un proceso más amplio de necroempoderamiento de esos “hombres armados en uniforme”, que disputan entre sí el ejercicio de una soberanía fragmentada como potestad y una virilidad violenta como identidad.

1.2.2. Los contemporáneos conflictos y las fuerzas armadas congoleñas.

Si la descripción anterior de lo que ha venido ocurriendo tras los conflictos internacionales de 1996-2003 para algunos/as intelectuales se ajusta a las nuevas guerras (Bessis 2004, 90–91)⁵⁴, no puede ni debe hacerse una simple trasposición de ese marco teórico a esta realidad sociohistórica. Según esa concepción, los objetivos económicos priman por sobre cualquier trasfondo ideológico y político (López Ramírez 2010, 175–76), y a esa premisa epistemológica se ha tratado de ajustar acríticamente la conflictividad en la RDC, lo cual termina adquiriendo un carácter normativo y no analítico (De Heredia 2017, 19). Además de las problemáticas de la nomenclatura asociada a viejas y nuevas guerras, donde se ha querido establecer una distinción ontológica entre estas y caracterizar particularmente a las últimas

⁵⁴ El concepto de nuevas guerras fue acuñado y popularizado por el trabajo de Kaldor, quien postulaba que esta nueva tipología de conflictos se caracterizaba por las consecuencias de la globalización, grupos heterogéneos no-estatales enfrentados entre sí y nuevos métodos de financiamiento (2012, 152).

como una clase novedosa de conflicto bélico, signadas por la depredación, falta de ideología y carácter privatizado (Reyes 2012). agregaría que el interés de esta nueva tipificación de lo bélico viene recién en los albores de la caída de la URSS, la utilización de nuevas tecnologías de la guerra, la formulación de nuevos justificativos para el intervencionismo occidental en el extranjero y particularmente cuando el conflicto alrededor de Bosnia-Herzegovina, dentro de las Guerras Yugoslavas, amenazó con afectar directamente a Europa Occidental.

Por contrapartida, en el presente trabajo se enfatiza el uso del concepto de economía de guerra, que podría enmarcarse en la unción de nuevas prácticas de la guerra, pero que aquí no se consideran como parte de nuevos tipos de guerra, sino una serie de contingentes novedades en el conflicto bélico, que involucra cada vez más a los cuerpos femeninos y feminizados, siguiendo a Rita Segato (2014; 2016). *Ergo*, si hay algo “nuevo” en los conflictos analizados es su recrudecimiento de la violencia contra las mujeres y las formas de expropiación del territorio, que es históricamente contingente. A partir de estos conflictos contemporáneos se propician nuevas pedagogías de la crueldad, particularmente su difusión entre esos hombres armados y en detrimento de la población civil (especialmente mujeres y niñas) (Segato 2014, 15), que aquí se relaciona con el necroempoderamiento y la capilaridad de concepciones coloniales del ser.

Por otra parte, la fisonomía de la economía de guerra, y más amplio contexto de estas nuevas guerras, no es única al caso congolés, y más bien se contextualizan en un incremento de la economía informal e ilegal del capitalismo neoliberal, sin por ello entrar en conflicto con los circuitos de suministro y producción de la economía formal, que se alimentan de ello (Valencia Triana 2010, 18), y que se profundiza también en un apartado posterior⁵⁵.

⁵⁵ Ver 4.2. *Maldición de los recursos y África como espacio por fuera de la globalización.*

Por último, nos concentramos brevemente en el semblante de las FARDC, que se formalizan en 2003. Entre las múltiples problemáticas de estas fuerzas armadas han estado: su integración por parte de grupos armados irregulares desmovilizados tras distintos llamados a la paz, como el de 1999, 2003 y 2009, que incluyó a la MLC, RCD, CNDP y agrupaciones de autodefensa Mai-Mai (Baaz, Verweijen, and Deslaurier 2013, 52); la perpetración de crímenes de índole generizada y sexual contra la población civil, parte de una cultura de impunidad y contextos habilitantes en una historia institucional más larga, y no así “errores” esporádicos de individuos particulares (Baaz and Stern 2010, 19–20); la opacidad de su financiamiento económico, que ya estaba presente en sus instituciones militares análogas del pasado (Ebenga and N’Landu 2005, 71); la continuación de un rol tradicional de quebrar toda oposición al orden establecido e involucración en actividades extorsivas contra la población, afectando sistemáticamente esas relaciones cívico-militares (Baaz and Stern 2010, 24–25).

Ya tempranamente, a partir del Armisticio de Lusaka de 1999, hubo una intervención de la ONU con un envío especial de desmovilización agrupado como la Misión de la Organización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUC), en pos de la desmovilización y desarme de combatientes congoleños en las provincias del este de la RDC, y además la profundización de la repatriación y reintegración en el caso de grupos armados foráneos (Allen 2011). La continuidad del conflicto explicaría la transformación en 2010 desde la MONUC a la Misión de Estabilización de Naciones Unidas de la RDC (*Mission de l’Organisation des Nations Unies pour la stabilisation en République démocratique du Congo* o MONUSCO), que contaba con la movilización de 20.000 trabajadores, entre especialistas civiles y personal armado extranjero (landaluze 2017, 276).

Este proceso incipiente de Desarmamiento, Desmovilización y Reintegración (*Disarmament, Demobilization and Reintegration*) (DDR) sirve como un antecedente de la

problemática integración de grupos armados irregulares a las filas de las fuerzas armadas regulares, sin un entrenamiento o reestructuración que compense las particularidades de su extracción, incluyendo su temprana movilización militar como niños combatientes.

Este intento de reintegración se repite con otro llamado, como el de Pretoria (2002) (Baaz and Stern 2010, 11), que incluyó al MLC, RCD y agrupaciones de autodefensa Mai-Mai (Baaz, Verweijen, and Deslaurier 2013, 52). Lo anterior, se relaciona con la estrategia de Joseph Kabila (sucesor de su padre tras el asesinato de Laurent Kabila en 2001) de compartir el poder con los principales grupos armados (RCD-Goma y MLC), así como el oficialismo y oposición, con los Acuerdos de Sun City de 2003 (Reyes 2005b, 699–700).

A partir de estos últimos se establecieron dos procesos. Primero, las bases para una Comisión Verdad y Reconciliación (2006), que proyectaría una justicia transicional para los crímenes en un largo período de tiempo, 1960-2006. Segundo, se establece un gobierno transicional con cuatro vicepresidentes que cada uno representaban a uno de los principales grupos armados irregulares involucrados en la Segunda Guerra del Congo. Ambas fallan estrepitosamente.

Como se parafrasea en landaluze (2017), la militante congoleña Eudoxie Nziavake, que fue representante de la Marcha Mundial de las Mujeres en Kivu del Norte, analiza este ciclo vicioso de violencia en la RDC como una repetición del llamado y acuerdo de la paz tras cada estallido bélico, donde se da una nueva repartición de poder y responsabilidades, que, eventualmente, se quiebra por la aparición de nuevos actores (muchas veces fragmentación de ya existentes) que están interesados en un nuevo repartimiento beneficioso.

Como resultado de todo lo anterior, las contemporáneas fuerzas armadas congoleñas nacen formalmente con el final de la Segunda Guerra del Congo. Con ello aumentan exponencialmente sus filas de integrantes hasta llegar a la cifra de 150.000 soldados, sin que

por ello estuvieran acompañadas por una reestructuración y/o profesionalización. Dentro de esto se trae consigo la problemática del mantenimiento de lealtades hacia los «grandes hombres» (*big men*), que recurren a esas relaciones a través de reciprocidades asimétricas con una serie de clientes (Baaz, Verweijen, and Deslaurier 2013, 53), aún dentro de la fachada de la institucionalidad militar.

En ese sentido, los malos tratos recibidos por los soldados de las FARDC desde la población civil, así como la reiterada violencia institucional que les implican los bajos salarios y malas condiciones laborales, alimentan a un círculo vicioso de violencia arbitraria contra los civiles. Puede verse en la FARDC una ansiedad por recuperar el respeto, autoridad e inclusive miedo que sienten que la población civil les debe; en ello caben muchas de las justificaciones para el ejercicio de violencia por fuera de ámbitos de combate, incluyendo la violencia sexual y generizada, y cuyos formatos generizados se relacionan con masculinidades ansiosas por ser performativizadas (Baaz and Stern 2010, 28–29).

1.2.3. Identidad y explotación en los espacios fronterizos del este congolés

En el último apartado de este capítulo haremos una breve aproximación a las problemáticas de las fronteras de la RDC con los Estados linderos orientales, particularmente con Rwanda, Burundi, Uganda y el actual Sudán del Sur, que se transformaron durante el mobutismo y las guerras internacionales, lo cual incluye a la identidad (ciudadanía, etnicidad, género, etc.) y las formas de explotación (con aprovechamiento de múltiples recursos locales, extranjerización, financiamiento externo y autonomía); ambos están sujetos a movimientos centrífugos y centrípetos, históricamente contingentes, respecto a las autoridades centrales (tanto el gobierno federal congolés, como los aparatos de los Estados fronterizos).

Se entiende que estos espacios fronterizos, por su centralidad económica, cobertura mediática, interés geoestratégico e historial dentro de los conflictos internacionales de 1996-2003, tienen el potencial de influir en el desarrollo y desenlace de procesos regionales y continentales desde su carácter micro y local (Jackson 2006; Autesserre 2009). Asimismo, por todo lo anterior, se han transformado en el espacio de producción y prácticas de necroempoderamiento, así como el seno en el cual han surgido formas de contra-necropoder.

En este sentido, espacios como Goma (capital de Kivu del Sur) fueron redefinidos por una acentuación de su desconexión respecto a la capital Kinshasa en un contexto de guerra durante la década del noventa, que trae consigo también la reafirmación de sus conexiones comerciales con el resto de África del Este, y aún más con los mercados de Medio Oriente y el resto de Asia (Vlassenroot and Büscher 2013, 3168–69). Frente a un abandono estatal en procesos de infraestructura y urbanización, recaen las responsabilidades y oportunidades de ello a una red de múltiples actores, mayoritariamente privados y paraestatales, que aprovechan desde principios del 2000 esa riqueza mineral local para transformar la infraestructura de pueblos mineros en ciudades de crecimiento rápido (*boomtowns*), siendo ejemplos de ello Nyabibwe, Kamituga, Rubaya y Numbi, pertenecientes a Kivu del Sur (Büscher 2018, 304).

No obstante, estos procesos no están exentos de conflictos. Si bien esos movimientos centrífugos respecto a entes estatales traen consigo mayor autonomía, particularmente frente a una falta de acompañamiento y simplificación de las funciones de estos aparatos a la extracción de excedente, también se relacionan con el desarraigo territorial y privatización de recursos como la tierra para estas comunidades rurales y periurbanas del este congolés: este proceso, que se desarrolla en el largo plazo, ha afectado especialmente a jóvenes varones, que ven interrumpidas formas de herencia intergeneracional de la tierra y por ende encuentran

reducidas sus oportunidades de movilidad social, particularmente en un contexto de creciente deterioro ambiental y mayor densidad demográfica (Acker 1997. 2: 5). En este marco, el necroempoderamiento, como forma de enriquecimiento rápido, reafirmación masculina a partir del ejercicio de la violencia y disputa por el monopolio de la soberanía, e individualización y mercantilización en detrimento de los otros, se vuelven deseables en una creciente situación de vulnerabilidad. No obstante, la aproximación que ofrecemos y que corresponde a uno de los aportes pretendidos de esta tesis no es compartida por gran parte de la bibliografía. Para la BBC, el historiador Dan Snow afirmaba:

El viaje que emprendí, a través de la abusiva historia del Congo, mientras viajaba por su presente destruido por la guerra, fue la experiencia más traumática de mi carrera (...) Niños soldados forzosamente movilizados guiaban ejércitos de esclavos a excavar minerales como el coltán, un componente clave de los celulares, la más reciente obsesión del mundo desarrollado, mientras aniquilaban comunidades enemigas, violaban mujeres y conducían a los sobrevivientes a la jungla a morir de inanición”⁵⁶ (Snow 2013).

En afirmaciones como la anterior conviven con un tenue tejido conector una serie de explicaciones monocausales, cuya adición en un mismo continuum explicativo no le convierte en una aproximación multidimensional, sino en una mera ofuscación a la problemática analizada. En el siguiente capítulo, intentaremos desglosar y analizarlas.

⁵⁶ Traducción libre al español del original en inglés: “The journey that I went on, through the Congo’s abusive history, while travelling across its war-torn present, was the most disturbing experience of my career (...) Forcibly conscripted child soldiers corralled armies of slaves to dig for minerals such as coltan, a key component in mobile phones, the latest obsession in the developed world, while annihilating enemy communities, raping women and driving survivors into the jungle to die of starvation and disease.” (Snow 2013)s

Capítulo 2. Los discursos monocausales y la necesidad de recuperar la historicidad

En este segundo capítulo de la tesis nos concentraremos en las recientes transformaciones discursivas que operaron en el Norte Global en la década del noventa, particularmente tras la caída de la URSS y cómo esto se fortaleció con la unción de la guerra contra el terror tras 2001. En este sentido, hacemos un rastreo aquí de los discursos hegemónicos y monocausales sobre el Sur Global, prestando especial atención a aquellos que se aplicaron acríticamente para el caso de la RDC. Esta breve referencia histórica a la constitución de los discursos desde el Norte Global sobre la otredad se mueve en cinco ejes -la tipología de la guerra, la violencia sexual y generizada, el Estado, el modelo de acumulación, y las nuevas tecnologías- a partir de lo cual se puede establecer la base sobre la que se construyen particularmente cinco discursos monocausales que han sido aplicados a la RDC y vienen opacando la comprensión sobre su historia reciente.

2.1. La emergencia de los discursos monocausales sobre la RDC

En este apartado nos enfocamos en el trasfondo histórico que contextualiza a las reconfiguraciones conceptuales que se inician en la década del noventa. Estos cambios de paradigmas obedecen a una conmoción general por el traspaso de la bipolaridad a la unipolaridad, y tienen una línea de continuidad posteriormente a partir de una revitalización del interés geopolítico sobre el Sur Global tras 2001.

2.1.1. Las reconfiguraciones conceptuales de los discursos desde el Norte Global hacia la década del noventa

Los cambios en las narrativas hegemónicas desde el Norte Global sobre el “otro” del Sur Global se contextualizan a continuación en una breve referencia histórica que atraviesa cinco

ejes: (1) la tipología de la guerra; (2) la violencia sexual y generizada; (3) el Estado; (4) el modelo de acumulación; y (5) las nuevas tecnologías.

Primero, aconteció un cambio cualitativo y nominal en los justificativos ideológicos de las intervenciones político-militares de Occidente en las regiones periféricas, que ya no se asientan en una política de contención anticomunista, sino Primero en la lucha contra el tráfico de drogas ilegales (*war on drugs*), cuyo prototipo fue la invasión estadounidense a Panamá en 1989 (Castañeda 1996), y, posteriormente, en nuevos alicientes ideológicos, como la peligrosidad potencial de los Estados fallidos y la formación de grupos insurgentes en su seno (Helman and Ratner 1992). Este cambio en los justificativos comienza ya con la Guerra del Golfo (1990-1991), que vaticina cambios en el intervencionismo estadounidense y la tecnología empleada en los conflictos contemporáneos asimétricos.

Por otra parte, y específicamente en el contexto africano, el desastre militar de la intervención militar estadounidense en Mogadishu (Somalia) en 1993 significó un retroceso momentáneo de las intervenciones norteamericanas directas (Bessis 2004, 93), lo que explica en parte la reticencia de su presencia en el genocidio en Rwanda de 1994. Distintivo de la periodización tradicional del surgimiento del contrterrorismo tras 2001, los atentados a las embajadas estadounidenses en Kenya y Tanzania en 1998, así como el inicio de actividades del islamismo armado por parte de Al-Qaeda -que precede las formaciones de Al-Shabaab y el Estado Islámico de la Provincia de África Occidental (ISWAP, por sus siglas en inglés)- dan cuenta de una incorporación previa de África en lo que se denomina eventualmente como un problema de seguridad internacional. Es decir, la inclusión del continente africano y la reflexión desde África sobre el terrorismo son harto anteriores a la cronología que se ha esbozado pos-2001. Ello también dejó atrás una bibliografía pre-9/11 con aportes africanos que problematizaba el intervencionismo occidental y particularmente estadounidense,

incluyendo las posiciones de Israel y Palestina (Njoku 2021, 503). Por último, la primera intervención militar directa por parte de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) con el bombardeo a Kosovo (entonces parte de Yugoslavia), termina por fracturar la conceptualización tradicional sobre el conflicto bélico internacional y visibiliza una serie de esfuerzos académicos y militares por acuñar una nueva tipología, en parte dejando atrás el uso acrítico de «guerra civil» para contextos de conflicto y violencia extraeuropeas. Entre ellos, podemos mencionar a tres nuevos términos que han sido utilizados para la RDC.

Primero, la «cuarta generación bélica» (*fourth-generation warfare*), que se caracterizaría por la proliferación de actores no-estatales donde el Estado ha perdido su monopolio de la fuerza y que por ende vuelve a formas ensayadas en tiempos “premodernos”, así como la inclusión de la población civil como objetivos de ataque, y el uso de prácticas guerrilleras, autofinanciamiento y terroristas (Lind et al. 1989). Segundo, los «conflictos de baja intensidad» (*low intensity conflicts*), concepto fue acuñado primero por el Ejército y Fuerza Aérea de Estados Unidos en 1990 para referirse a transformaciones en el escenario bélico internacional y sus formas de intervenir en ello. Con una caracterización similar a las anteriores, se destaca la pérdida de monopolio estatal de la violencia y la proliferación de grupos armados irregulares (Departments of the Air Force and Army 1990). Tercero, el «pos-conflicto» (*pos-conflict*), que es harto anterior a la temporalidad explicitada para la terminología previa, pero también es cierto que con la intensificación del intervencionismo de la ONU tras el genocidio en Rwanda y mayor presencia de ONG, habrá una configuración de lo esperable al declararse la paz, con la reorganización de elecciones, centralización de las fuerzas armadas y reanudación de misiones diplomáticas (Autesserre 2006).

Segundo, relacionado con estas transformaciones en la tipología de la guerra, así como cambios en la jurisprudencia internacional y ampliación de la definición de genocidio,

comienzan a considerarse las violencias sexuales y generizadas en contextos bélicos, particularmente con la introducción de la guerra en la periferia de Europa Occidental por las Guerras Yugoslavas (Kaldor 2012, 71-72). Con ello, deviene también una reconsideración de los crímenes de genocidio cometidos en Rwanda, y una reconceptualización de la mujer en la guerra, específicamente a partir de la Cuarta Conferencia Internacional en Mujeres (*Fourth World Conference on Women*) en Beijing en 1995, así como la inclusión de la Resolución 1325 en Mujeres, Paz y Seguridad en los pasajes del Consejo de Seguridad de la ONU (Arostegui 2015, 8), lo que a su vez se explicaba por los impulsos de colectivos de mujeres del Sur Global que presionaron por estos cambios.

Tercero, con la desestructuración de la URSS y del mundo bipolar, ocurre una imposición occidental y particularmente del modelo estadounidense como única alternativa, por lo que se entiende que el progreso teleológico se había detenido, habiendo llegado a su cúspide (sistema capitalista, estado-céntrico y angloparlante) (Fukuyama 1989). En paralelo, hay un énfasis explicativo en la debilidad de los Estados por contener las diferencias culturales y por ende la conflictividad derivada de ella, lo que se ha agrupado como un «choque de civilizaciones» (*clash of civilizations*) (Huntington 1992). Ninguna de estas nociones apela a una transformación, sino que refleja una confianza o ansiedad frente a las capacidades del aparato estatal. En el caso de Huntington, se prefigura la imposibilidad de la coexistencia entre comunidades culturalmente distintas aún en su noción liberal del porvenir societal (Davalos 2005, 18–19). Vemos en ello una crisis epistemológica y sociológica del Estado, que convive con los procesos de democratización a lo largo del continente africano en la misma década, así como la instalación de entidades multirregionales o supranacionales de carácter económico.

Cuarto, una de las reconsideraciones que trae consigo la neoliberalización fue la entidad de las fronteras entre Estados-nación, en tanto por un lado se proclamaron como abiertas, en consonancia con las liberalizaciones del movimiento de bienes, servicios y empresas transnacionales y, simultáneamente, se da una gradual militarización de las fronteras de muchos Estados-nación, particularmente del Norte Global, incluyendo las construcciones de fronteras internas. En este sentido, la frontera no es una línea inerte y preestablecida, sino que se construye a lo largo de varios procesos, relacionados con la política interior y exterior estadounidense: la Operación Mantener la Línea (*Operation Hold the Line*), elaborada por Silvestre Reyes durante su tiempo como jefe del sector de la Patrulla Fronteriza (*Border Patrol*) de El Paso (Texas, Estados Unidos), inicia un cambio fundamental a las dinámicas fronterizas, moviendo a las patrullas de esta organización desde los barrios estadounidenses a la frontera en sí, comenzando su militarización, y estableciendo de facto un impedimento al movimiento transfronterizo de los trabajadores migrantes (Miller 2014, 59–60). Ese proceso se da simultáneamente con la imposición de la liberalización económica entre México, Estados Unidos y Canadá en el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (*The North American Free Trade Agreement*) (NAFTA), que trae consigo la proliferación de las maquilas y tercerización laboral en la esfera industrial (Valencia Triana 2016), y que se relaciona con el próximo apartado. La importancia de ello recae en cómo se construye históricamente este espacio fronterizo específico, en su plano político y económico, íntimamente entrelazados, que ha informado la construcción de esos espacios liminales a lo largo del Sur Global, como fronteras exteriores e interiores. A su vez, el ímpetu epistemológico de esta noción de frontera es de importante consideración, pero también problemático ya que se toma como modelo para entender otros espacios fronterizos. No obstante, la configuración en la historia reciente del este congolés no sigue estos parámetros

(Vlassenroot and Büscher 2013, 3168), aunque un discurso de securitización más contemporáneo ha querido reproducir la clausura y militarización de estos espacios.

Relacionado con lo anterior y específicamente en los casos africanos, la década del noventa y el nuevo milenio trajeron consigo la creación y reformulación de nuevas instituciones que facilitaron las corrientes de neoliberalización, intentando homogeneizar tendencias anteriores, que incluye la creación de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 1995, que cambió la relación de autoridad al establecer un sistema tripartito entre esa organización, el FMI y Banco Mundial (BM). Siguiendo esa línea, múltiples dirigentes africanos, en un intento de hacer efectiva (o aún más profunda) su incorporación a la «globalización», fomentaron la reconversión de la Organización de la Unión Africana (OUA) en la Unión Africana (UA) en 2001 (Benavides De La Vega 2007, 40–43).

La historia reciente congoleesa se contextualiza en una enorme apreciación de estas materias primas exportables, como ya se señaló en el apartado anterior, cuya demanda creció entre un 600 y 2000% por parte de las potencias industrializadas, sin por ello significarles un aumento en los costes de aprovisionamiento o producción (Tardif 2014, 768–69). En este sentido, se da la reincorporación en la economía mundial de la RDC, antes exportadora de cobre, respondiendo a la emergencia de la era digital y demanda de los recursos necesarios para la construcción de dispositivos electrónicos (Mantz 2018, 527), en el contexto de las guerras internacionales ya analizadas.

2.1.2. Nuevos impulsos de la guerra contra el terror a los discursos hegemónicos sobre el Sur Global a partir del 2001.

A partir de los atentados a suelo estadounidense en septiembre de 2001 se intensifica un discurso de la seguridad internacional como «guerra contra el terror» (*war on terror*), y que particularmente ha identificado como posibles enemigos a las comunidades árabes y/o musulmanas (Urs 2020, 56–57). Ello trae consigo una crisis a los conceptos tradicionales de soberanía, democracia y derecho internacional, que habían sido los pilares de autorrepresentación por parte de los Estados occidentales: particularmente esto implica un abandono de las limitaciones autoimpuestas al ejercicio de la soberanía, la cual se redefine (Mbembe 2012, 132–33).

Eventualmente, dentro de ello hay una adscripción ideológica de las instituciones militares de otras naciones al eje estadounidense y su noción de la guerra contra el terror, como ocurre con la invasión de Afganistán (2001) y la participación de la OTAN (Suhrke 2008). En el mismo año se dio la adopción del Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD), con los objetivos de reducir la pobreza y promover la economía desde las propias dirigencias africanas. El contexto de ello es un continente africano que ha sostenido desde el 2000 una tasa de crecimiento promedio del 5%, cayendo un 2.5% con la crisis internacional del 2008, pero retomando y hasta incrementándose a más del 6%, asimilable a los países emergentes de Asia (Kabunda Badi 2016, 38). No obstante, estos indicadores positivos se concentran solo en el PBI y han sido conseguidos a través de una coyuntura favorable para las materias primas.

A pesar de los aspectos redentores de estas instituciones, la transformación hacia la UA significó el abandono de un intento de perspectiva tercermundista y afrocentrista, mientras que la NEPAD ha pecado de un paternalismo complaciente al Norte Global. En este

sentido, ha acontecido una interiorización de las directrices neoliberales, y particularmente de los Programas de Ajuste Estructural (PAE) –privatización, liberalización y régimen de inversión externa– que se habían insertado ya con la crisis de la deuda en la década del ochenta (Benavides De La Vega 2007, 40–43). Inversamente a lo anunciado discursivamente, en la globalización neoliberal las IFI han debilitado al Estado desde arriba (a través del derecho internacional y la economía internacional) y aún desde abajo (a través de la fomentación de movimientos culturales y religiosos centrífugos), con el prejuicio de que la acumulación estatal era ineficiente y/o tendiente a la corrupción, y el sector privado sería la única fuente de desarrollo y eficiencia (Kabunda Badi 2008, 77–78). En esos espacios donde el capital productivo no se ha insertado y el Estado ha retrocedido, toman mayor protagonismo las ONG (Ferguson 2005, 379).

2.2. Análisis y respuestas a los principales discursos monocausales

A continuación, se deconstruyen epistemológicamente y se critican desde la historicidad a las principales narrativas simplistas utilizadas para el caso congolés, siendo las elegidas el «Estado fallido» (Helman and Ratner 1992; I. W. Zartman 1998; Amburn 2005; Vallterra 2014), «maldición de los recursos» (Auty 1993; Lalji 2007; Elisee Isheloke and von Blottnitz 2019), «África como espacio por fuera de la globalización» (Ferguson 2007; Kabunda Badi 2008; Harvey 2007), «la violencia como pulsión étnica» (Mamdani 1996; 2003) y «la violencia sexual como pulsión biológica» (Wallström 2010; Lloyd-Davies 2011; Aroon 2010).

En este sentido, se considera a estas como distintas escalas de una similar forma de esencialización y que, si bien aquí se dividen analíticamente, se entremezclan muchas veces en un mismo discurso esencialista que más que una explicación multifactorial, termina siendo

una acumulación de discursos monocausales, como pudo verse en la cita de Snow (2013). Un rol fundamental lo cumple en este sentido el Estado fallido, que actúa como metarrelato que tiende a aglutinar a las demás bajo su seno y que se analiza a continuación.

2.2.1. Estado fallido.

En este apartado haremos una breve referencia a los presupuestos teóricos del Estado fallido, Estado frágil o colapsado, alrededor del cual se han reunido muchos de los otros discursos monocausales que investigaremos con más detalle. Habiendo analizado anteriormente esta temática para la RCD (Mouzo Williams 2019), se sintetizan y actualizan esos aportes en relación con los objetivos de la presente tesis. En este sentido, se retrotrajo la popularización de la categoría del Estado fallido a la década del noventa y específicamente un artículo de *Foreign Policy* por parte de Gerald Helman y Steven Ratner (1992), pero su entrada en el medio académico es solventado más bien por el trabajo compilatorio de Ira William Zartman (1998), donde se pone énfasis en casos africanos para la definición de lo que constituyen los «Estados colapsados». Para Zartman, ello implica la desaparición de estos como orden institucional, ya que han cesado de cumplimentar sus funciones. Desde ya, se considera a la RDC como un caso atípico y a su vez paradigmático para el estudio de los Estados colapsados, porque implicaba un doble proceso de colapso: primero, con el Estado colonial con la Crisis del Congo (1960-1967) y posteriormente con su colapso tras el derrocamiento de Mobutu en 1998 (Zartman 1998). En este sentido, la definición de Zartman se concentra en el rol estatal como proveedor de servicios (desde seguridad a educación, fuente de identidad nacional, mercado de trabajo e infraestructura), categorizando al Estado fallido por su incapacidad para garantizarlos.

Como se señaló en el apartado anterior, con los atentados a suelo estadounidense en 2001 se comenzó a considerar a los llamados Estados fallidos como amenazas internacionales, particularmente por albergar o alentar el desarrollo de «grupos terroristas» (Schoeman 2008, 753) (Hashi 2015, 78–79), y que se relaciona con las transformaciones también en la frontera, con la autodenominación del territorio estadounidense como patria (*homeland*) a proteger, lo cual era novedoso en el léxico político, pero se ha normalizado desde entonces (Miller 2014, 15).

Este último impulso, con un renovado interés por parte de los políticos estadounidenses, se relaciona con el comienzo de la mencionada redacción del índice de los «Estados fallidos» por parte de *Fund For Peace* (FFP) en colaboración con *Foreign Policy* a partir de 2005. A pesar de su opacidad, la definición de Estado fallido es polisémica, y depende de la perspectiva que se adopte, es decir, la propia definición de Estado de la que se proviene (Szuhai 2015, 100). Por ello, el Estado fallido termina transformándose en un concepto que abarca demasiado (*catch-all*) (Patrick 2007, 647), y en muchos casos se termina contradiciendo entre sí, en parte porque la mayoría de la bibliografía proviene de financiamientos gubernamentales y *think tanks* (Hashi 2015, 80), siendo este último el caso del *Failed State Index*. Particularmente esta fuente utilizada, como se señaló, pretende hacer una cuantificación de los factores que inciden en la degradación de las instituciones estatales, midiendo “objetivamente” los avances y retrocesos de esos procesos de erosión, así como la definición del aparato estatal que esta subyacente.

Por otra parte, si bien hay elementos de Zartman (y por ende de raíz lockeana) (Schoeman 2008, 757) en los índices en cuestión, la FFP y *Foreign Policy* ponen el acento una y otra vez en el monopolio de la fuerza, remitiendo a Max Weber. Este último afirmaba que “Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio (el

«territorio» es elemento distintivo), reclama (con éxito) para sí el monopolio de la violencia física legítima” (Weber 2000, 83). Como se señaló previamente (Mouzo Williams 2019) y tomando los aportes de Hobson (2004), el pensamiento weberiano se basaba en una explicación teleológica que exaltaba como modelo a un imaginario celebratorio de Occidente, cuya formación estatal se considera el pináculo de madurez, particularmente por la fisonomía de sus fuerzas armadas. Ese énfasis en la seguridad, y particularmente en los medios de coerción y la falta de su monopolización, ha llevado a la presunción de una relación mecánica entre Estado fallido y terrorismo, de forma directa (a través de financiamiento y/o refugio) o indirecta (ofreciendo espacios ingobernables y falta de legitimidad que motoriza soporte ideológico); ello nomina como inseguros a Estados completos y llama a la necesidad de intervenirlos para asegurar territorios y fronteras en ellos (Patrick 2007, 652–53). Particularmente al referirse a un índice que no tiene análisis cualitativos e históricos explícitos, sino una sucesión de indicadores cuantitativos contruidos de forma opaca –a través de un software privado y millones de documentos, trabajos académicos y noticias que no son citados–, se convalida una especie de ofuscación. Esta opacidad académica complica aún más la comprensión de estos casos, negando esos pasados (y legados) coloniales.

Asimismo, también invisibiliza las responsabilidades de los poderes regionales e internacionales, así como de capitales occidentales y no-occidentales en la explotación de sus recursos y posición geoestratégica (con complicidad de señores de la guerra, grupos armados irregulares y/o las concesiones por parte del gobierno central). En contrapartida, al supuestamente fallar el Estado, se enfatizan la violencia étnica, los recursos naturales o inclusive las pulsiones como explicaciones (endógenas) en sí mismas, descontextualizándolas de sus particularidades históricas. Las limitaciones de ello se

analizarán en los siguientes dos apartados. Más allá de esta crítica epistemológica y aproximación histórica al concepto de Estado fallido, Reyes (2012) ya había ofrecido un aporte fundamental con su análisis del mobutismo a partir del neopatrimonialismo, en tanto le analiza en sus propios términos y no sigue este categórico desinterés que está detrás de la nominación como fallido. Pero allí donde no ha calado una lectura multidimensional del Estado congolés y particularmente de su inserción en el este, se ha tendido a caer en explicaciones excesivamente endógenas o exógenas, para sustentar el metarrelato de un aparato estatal que ha fallado. A saber, la culpabilización de la abundancia de recursos naturales o la falta de inserción en flujos internacionales de capitales.

2.2.2. Maldición de los recursos y África como espacio por fuera de la globalización.

Otro de los discursos monocausales utilizados para la RDC y Estados del Sur Global en general, ha sido otro fenómeno que también, como el anterior, adjudica la proliferación de conflictos bélicos y problemáticas de desarrollo económico a particularidades dentro de sus fronteras políticas, en este caso, a los recursos naturales de los que dispone y que de los que teóricamente debería explotar soberanamente. A esto se le ha agrupado como la «maldición de los recursos» (*resource curse*) y se concentró específicamente en la explotación de coltán y su rol como financiamiento de grupos armados irregulares, como puede verse en *The Resource Curse Revised Conflict and Coltán in the Congo* (Lalji 2007) y *Dimensions of the coltan and cobalt resource curse in the Democratic Republic of Congo* (Elisee Isheloke and von Blottnitz 2019).

Desde ya, la génesis de este marco que se enfoca en los recursos explícitamente se concentra para su formulación en economías mineras y, aunque toma casos latinoamericanos,

piensa en comparación con los casos del África Subsahariana y el modelo de la «enfermedad holandesa»⁵⁷ (*Dutch disease*) (Auty 1993, 6). No obstante, ya desde el principio, este tipo de análisis económico es deficiente para el este de la RDC, en tanto Auty le considera en términos de una alta capitalización, poca participación de la población local como mano de obra y una mínima contribución fiscal debido a la construcción de enclaves económicos y tipo de redistribución de ganancias (1993, 2–3).

Esta descripción y extrapolación teórica no se corresponden con la economía extractivista congoleña, a la que se le ha asignado acríticamente este concepto. En este sentido, la comunidad internacional ha tendido a aplanar y simplificar el análisis de los conflictos en la RDC como una guerra por recursos (Mantz 2018, 528). A grandes rasgos, la economía minera del este congolés se caracteriza por la preponderancia de la informalidad, carácter artesanal y de pequeña escala (más del 90% de la producción) (Callaway 2018, 10), y superposición de soberanías o pluralidad regulatoria.

A esto último se le puede denominar, siguiendo a Müller-Koné (2015) como *débrouillardise*. Es decir, una serie de prácticas informales en contextos de minería artesanal de pequeña escala y sin concesiones a empresas privadas industrializadas. No hay allí una preponderancia única de actores no-estatales e ilegales, sino una coexistencia de instituciones estatales, autoridades comunitarias y distintos tipos de agentes institucionalizados y paramilitares. Aún más, la formalización de estas prácticas puede darse por medio de un reconocimiento público por parte del aparato estatal, a la vez que los militares, funcionarios y milicias utilizan formas de acoso y coacción para imponer extracciones impositivas

⁵⁷ El origen de esta frase proviene de un artículo de *The Economist*, donde se utiliza esto para referirse al desaprovechamiento de un boom gasífero en 1959, que termina yendo en detrimento del sector industrial de la economía holandesa (*The Economist* 1977).

(Müller-Koné 2015, 157–59). El *modus operandi* de estos grupos es el que sigue: (1) por medio del control de las minas en sí y el cobro de “impuestos”⁵⁸ a los transportadores y compradores internacionales, y (2) por medio del ataque esporádico a las aldeas mineras, como una forma de demostrar su capacidad de flagelar a las comunidades y coaccionar al gobierno a una negociación con ellos (Tardif 2014, 783–84).

Esta complejidad social se relaciona con tres cuestiones: las problemáticas asociadas a intentar controlar los circuitos de suministro a partir de normativas desde el vértice internacional y estatal; las ambivalentes y desiguales formas de enriquecimiento alrededor de esos minerales estratégicos, que incluye a una enorme multiplicidad de economías regionales asociadas; y la pervivencia de formas de necroempoderamiento frente a la disrupción de los dos anteriores.

En julio de 2010, por decisión del Congreso estadounidense y bajo la administración presidencial de Obama, se establece el Ley de Minerales de Conflicto para el Congo (*Congo Conflict Minerals Act*) (Mantz 2018, 526) o Sección 1502 del Acta de Reforma y Protección al Consumidor Dodd-Frank Wall Street (*Dodd-Frank Wall Street Reform and Consumer Protection Act*), también conocida como la Ley Dodd-Frank. Esta se centró en el rastreo de estos minerales dentro del circuito de extracción y redistribución de minerales estratégicos provenientes de zonas de conflicto en la RDC (Stoop, Verpoorten, and van der Windt 2018, 1). Ello se basó en el antecedente del control de los denominados diamantes de sangres a partir del Proceso Kimberley (*Kimberley Process*), siguiendo a grandes rasgos sus

⁵⁸ En este caso el uso de comillas es adrede, ya que en el terreno pueden nominarse como tales para arrebatarse la institucionalidad asociada a su uso, pero el léxico no correspondería ya que se trata de extorsiones y otras formas de expoliación que se apropian los propios “cobradores” dentro de sus jerarquías, y no llega a ningún tipo de entidad estatal centralizada.

parámetros⁵⁹ (Cuvelier et al. 2014, 1). No obstante, ya rápidamente el bagaje de los discursos simplistas lleva *de facto* a la conclusión de que toda producción mineral procedente de la RDC inherentemente debe estar ligada al financiamiento de grupos armados irregulares (Mantz 2018, 532–33), que aquí se relaciona con la noción de la maldición de los recursos.

Esto a su vez se acerca a una problemática de estandarización, sobresimplificación y homogeneización propia de los Estados modernos, que confía en la capacidad de la tecnología y la ciencia para identificar y solucionar problemas, como nos advertía James Scott en *Seeing like a State* (1998).

Si bien se coincide con Ferguson (2005) en que este análisis de la «alta modernidad» (*high modernism*) de Scott no coincide con las formas contemporáneas de inserción neoliberal, a la cual Ferguson (20007) caracteriza más bien por su carácter fragmentado y globo-saltante, particularmente en contextos africanos, a mí entender esta noción de Scott es todavía aplicable en otro sentido. En el contexto de las intervenciones de gobiernos extranjeros y ONG en economías extranjeras, se continúan utilizando fórmulas estandarizadas y pretendidas universales, desconociendo las particularidades del terreno y las dinámicas sociales. En este caso, hay un traspaso acrítico del modelo de combate contra el contrabando de diamantes que se aplicó a otros casos como Angola, Sierra Leona y Costa de Oro, y que ya tenía sus propios problemas de funcionamiento, al caso de los minerales estratégicos en la RDC, a pesar que no se ajusta a sus parámetros (Parker and Vadheim 2017).

Entre sus problemáticas de adecuación está el hecho de que el colombo tantalita y otros minerales estratégicos del paraguas 3TG requiere de enormes cantidades para ser

⁵⁹ Aún más, las economías mineras de la zona habían sido afectadas por una prohibición por parte del gobierno federal congolés entre septiembre de 2010 y marzo de 2011, específicamente en las provincias de los dos Kivu y Maniema (Mantz 2018, 533–34).

redituable, por lo cual su certificación por etiquetas, aplicado primero a los diamantes, no es transferible a este caso, donde se facilita por estas dimensiones la entremezcla de materia prima de distintas procedencias. A ello se le suma la típica problemática de la falsificación de certificados y cómo se vuelve restrictivo, y en última instancia económicamente expulsivo, la entrada a circuitos legalizados, debido a los requisitos de certificación (Stoop, Verpoorten, and van der Windt 2018) (Mantz 2008).

A pesar de todo, Dodd Frank, en su desmedida confianza en los esquemas de planificación estatales, no hizo colapsar toda la cadena de suministros de los minerales estratégicos y las economías regionales asociadas por fuerza de la resiliencia de las comunidades que participan activamente de la minería artesanal. Esto es lo que se denominó como *débrouillardise* y lo que Scott (1998) nombró como *metis*, que refiere a un conocimiento territorializado en la intersección de lo experiencial y abstracto: este pensamiento no solo es la forma en que las personas sobreviven frente a la burocracia, sino que es también la forma en la que todo el sistema no colapsa bajo su propia estandarización desfasada.

Eso no es una maldición. Nominarlo así es despolitizarlo, normalizarlo, quitarle historicidad y exculpar complicidades. Más bien es el *quid* del funcionamiento contemporáneo del capitalismo neoliberal y, dentro de ella, de una economía de guerra.

Por otra parte, esa focalización que ha tenido el coltán en los discursos monocausales y mecanicistas entre recursos y conflictos no se condice con la realidad sociohistórica: ya tras 2001 cayeron las exportaciones de este mineral estratégico dentro de la producción artesanal minera, optando por otras materias primas similares, lo cual incluye el financiamiento de los grupos armados irregulares (Usanov et al. 2013, 55–56). Esta salvedad no es igual a afirmar que los grupos armados irregulares no utilizan los minerales estratégicos para su

financiamiento, sino más bien que los recursos naturales explotados son múltiples y no se acotan a los mediatizados recursos subterráneos, sino que también reúnen a recursos forestales e hídricos que han entrado dentro de la economía de guerra.

Los procesos de constitución de estas economías extractivistas dentro de una economía de guerra fueron influenciados por una más amplia reestructuración capitalista que ha operado desde la década del setenta en adelante. A continuación se sintetizan y actualizan algunos de los aportes ya realizados (Mouzo Williams 2022), estrechando sus relaciones con los objetivos del presente escrito. Si en ese trabajo se hizo una comparativa entre el modelo extractivista de Angola y de la RDC, tomando los aportes de James Ferguson (2007), se entiende que ambos casos africanos dan cuenta de un ajuste al neoextractivismo, más allá de sus particularidades geográficas y sociopolíticas locales. En el caso angoleño, esto se hizo por una combinación de más de 150 empresas militares privadas (*private military companies*) (PMC), la perforación de altamar (*off-shore*) y uso de mano de obra extranjera y de alta calificación que vive en residencias privadas: todo ello fue informada por la guerra civil y las particularidades de la explotación petrolífera, que trae consigo una “separación” de los capitales respecto al resto de la población civil, como bien señala Ferguson (2007). Siguiendo a Harvey (2007), la neoliberalización se mueve particularmente alrededor de las commodities, como minerales estratégicos e hidrocarburos, y ese movimiento se desarrolla en un carácter saltante, no homogenizado, entre nodos particulares de alta inyección de capital, volviendo a Ferguson (2007). La implantación del neoextractivismo en la RDC se dio de forma distintiva, a pesar y a veces en contradicción con sus particularidades geográficas, incluyendo la mencionada concentración de la población, de los conflictos y de los minerales estratégicos en el este congolés. Alrededor de la economía de guerra que se ha enquistado tras la Segunda Guerra del Congo, que incluye a circuitos de contrabando con

Estados fronterizos como Uganda, Rwanda y Burundi, que no disponen de estas materias primas (Global Witness 2017). La instalación de estos enclaves extractivos depende del ejercicio del necropoder, de la imposición de mundos de muerte de los que hablará Mbembe.

2.2.3. La violencia como pulsión étnica y la violencia sexual como pulsión biológica.

En relación con la revitalización de posturas esencialistas sobre la diferencia cultural y la tendencia a la conflictividad interétnica e intercultural, se ha mantenido una perspectiva, típicamente conciliada por los medios de comunicación masiva, que podemos agrupar bajo el paraguas del «nuevo barbarismo»: esta visión tiende a naturalizar a las identidades étnicas como determinismos bioculturales, que explicarían la conflictividad en el África Subsahariana tras la Guerra Fría (Buffa and Becerra 2014, 315). Dicha perspectiva fue particularmente reforzada por los escritos de Samuel Huntington, empezando con su ensayo *The Clash of Civilizations?* (Huntington 1992).

Esto coincide con la naturalización occidental de la petrificación de las identidades étnicas como grupos diferenciados al punto de constituir “razas”, lo cual fue reforzado por las administraciones coloniales, con autoridades y sistemas legales distintos, que implica una transformación de identidades socioculturales históricamente contingentes a identidades políticas impuestas y jerarquizadas entre sí (Mamdani 2003, 53; 56). En la presente tesis se es crítico de lo anterior, acudiendo al análisis histórico para leer las conflictividades nominadas como “étnicas”, que aquí relacionamos con el accionar de administraciones coloniales sucesivas, particularmente por el colonialismo belga, y la instrumentalización por parte del mobutismo en un carácter político (Karbo and Mutisi 2012, 383), así como, en el contexto de conflictos regionales y los procesos genocidas en Rwanda y Burundi (Jackson

2006, 96). En este sentido, y tomando a Ranger, Ndlovu señala que, entre los múltiples legados del colonialismo, quedaron con sus ambigüedades las «tradiciones inventadas» (*invented traditions*) y las culturas «tradicionales» reinventadas, que inspirarán a la política pos-independentista africana (2007, 175).

Los más de 250 grupos étnicos presentes de la RDC no solo comparten en su mayoría una raíz lingüística común en lenguas Bantú, sino que también tienen un carácter trasnacional a lo largo de otros Estados de África central (Nzongola-Ntalaja 2002, 14). La conflictividad en la historia reciente en los dos Kivu entre agrupaciones alrededor de identidades étnicas ya comienza a principios de la década del noventa, particularmente entre poblaciones hutu y tutsi recientemente arribadas y otras de pertenencia hunde, nyanga y nande, que protagonizaron disputas por la tierra, ciudadanía y acceso a oportunidades de enriquecimiento (van Wieringen 2020, 2). En este sentido, a principios de la década del noventa y frente a una oleada de democratización, se hace explícita e incontenible la contradicción entre distintas leyes sobre la tierra y su control comunitario, que se expresan en torno a las identidades étnicas (Acker 1997).

Específicamente en 1972, Mobutu estableció la nacionalidad zairense/congoleza para todas las personas provenientes de Rwanda y Burundi que se hubiesen radicado en Zaire antes de 1950, lo cual tiene hondas reverberaciones. Primero, esa decisión trae de por sí una serie de dificultades e invisibilidad, teniendo en cuenta que hubo movimientos migratorios posteriores, debido a la desestructuración de la monarquía rwandesa en 1959-1961 y su contraparte burundesa en 1965-1968, que trae consigo nuevos movimientos humanos hacia la actual RDC (Karbo and Mutisi 2012, 383). No obstante, el propio Mobutu contradice su ordenanza en 1981, negando los derechos de ciudadanía y acceso a la tierra de las familias banyarwanda, que habían aprovechado por generaciones, y que es instrumentalizado

particularmente en 1993 por varios actores de Kivu del Norte para quitarles la tierra en base a este desclasamiento y negación de su nacionalidad (Acker 1997, 3)

Como bien señala Kabunda, los conflictos bélicos de 1996-2003, ligados a las decisiones políticas anteriores y el proceso genocida de 1994, han sido interpretados erróneamente por los medios de comunicación occidentales como meras «disputas étnicas», cuando en realidad se trata de “conflictos con un claro carácter político en torno al acceso al poder, a los recursos y a la nacionalidad” (2010, 135). Ya se mencionó en apartados anteriores la importancia que tuvo particularmente la identidad banyamulenge en la constitución de la AFDL, y de los ataques rwandeses en el este congolés contra los campos de refugiados mayoritariamente hutu como un aliciente para la movilización armada (Turner 2007, 76–77).

Teniendo en cuenta todo lo anterior, una de las razones de la conflictividad entre comunidades de una misma región ha sido la falta de una ciudadanía efectiva y por ende un espacio sociopolítico ambiguo continuo para los pueblos banyamulenge y banyarwanda en lo que respecta a su participación política y derechos de propiedad (Kabunda Badi 2011b, 44), a partir de las marchas y contramarchas contradictorias por parte de los poderes centrales congoleños y frente a crisis humanitarias por procesos genocidas. En esta anomia social y crisis humanitaria se insertan los grupos armados irregulares, que aprovechan este historial de instrumentalización de la etnicidad para alentar ideológicamente el reclutamiento, que a su vez se aprovecha de la expulsión comunitaria y restricción de las posibilidades de autosuficiencia que implica la privatización de la tierra en el largo plazo. En este sentido, a pesar de ser el principal sustento, la tierra se presenta como un recurso artificialmente escaso y fuente de nuevas conflictividades sociales, a lo que se le suman los alicientes de la instrumentalización de la etnicidad y lecturas normativizadas de las relaciones de género.

Por último, dentro de ese esencialismo y subyacente a una misma narrativa simplista que peca de racista y misógina, y que prefigura a la ontología africana como tendiente a la violencia, se alzan discursos simplistas también sobre la violencia sexual y generizada. En este sentido, la historia reciente del este congolés ha sido caracterizada por las sistemáticas violaciones sexuales contra las mujeres congolesas, calificándole como la «Capital Mundial de la Violación» (*Rape Capital of the World*) por la representante de la ONU Margot Wallström en 2010 (Lloyd-Davies 2011) (Lewis 2022, 56). Los estudios y cifras al respecto son numerosos⁶⁰. Esta sobreexposición del caso congolés se ha dado aproximadamente desde 2002 en adelante, a partir del reporte de *Human Rights Watch* sobre la «guerra dentro de la guerra» (*war within a war*), contextualizando a la violación dentro del conflicto bélico, que rápidamente fue tomado como marco de análisis e intervención por los medios de comunicación y ONG. Hasta entonces, la Segunda Guerra del Congo, en curso desde hacía cinco años, había procurado poco debate o cobertura internacional (Autesserre 2012, 13–14).

Si bien las ONG y organizaciones internacionales presentes en la RDC se han concentrado mayoritariamente en esta violencia sexual y generizada esto no ha implicado siempre abordajes matizados. Por el contrario, ha sido reproducida en sus aspectos más cruentos a partir de las entrevistas a sobrevivientes, especialmente por parte de observadores ajenos occidentales, que han añadido esta forma particular de violencia a su «turismo de guerra» (*war zone tourism*) (Baaz and Stern 2010, 7) (Sinalo Williamson 2023). A ello

⁶⁰ A partir de cifras de 2005, se calculaba que en la RDC se cometen 48 abusos sexuales por hora, y se estima que entre 1998-2010 han acaecido más de 200.000 abusos sexuales a mujeres y niñas en la RDC. Entre las cifras más recientes, el Reporte de la Secretaría General del Consejo de Seguridad asegura que ha incrementado la inseguridad en las provincias del este tras diciembre de 2018, documentando 1409 casos de violencia sexual relacionada a escenarios de conflicto, lo cual representa un 34% de incremento con respecto al mismo período del año anterior, mientras que la participación de fuerzas estatales en estos crímenes se incrementaron un 76% al compararle con 2018 (Secretary-General to the Security Council 2021). Esto también se constata en las entrevistas realizadas por Gilbert Kahasa (2023), donde se señala el incremento de este tipo de crímenes en los últimos seis años.

podríamos relacionar con la «pornografía de la violencia», una exacerbación de los aspectos más crudos y los detalles más gráficos; una exposición que desnuda al «Otro», para implícitamente reafirmar el «Nosotros», a través de la negatividad (Mamdani 2003, 58)

Así, la otredad en el caso africano, tanto en la academia como en el cotidiano, representa una versión extrema, y que ha servido desde sus inicios al discurso desde el cual Occidente puede reafirmar su diferencia al resto, volviendo a África un engranaje fundamental de la autoimagen, proyección y prácticas hacia los otros. África existe siempre como una excusa para hablar de otra cosa (Mbembe 2001:1–3), y en este caso lo ha hecho en torno a la violencia sexual y generizada, exhortando los patriarcados y responsabilidades de este tipo de crímenes que se cometen en Occidente. Concentrado en sus aspectos más superficiales, el discurso simplista sobre la «violación cruenta»⁶¹ en la RDC tiende a examinarla en dos registros: (1) en una «mirada biologicista», acotándola al orden de lo sexual y fundamentándose en una mezcla de la concepción sexista/racista de la disponibilidad de la mujer negra africana con narrativas igual de colonialistas sobre los perpetradores; (2) en una «mirada instrumentalista», adjudicando la proliferación de la violencia sexual como consecuencia directa de la guerra y/o de la explotación de recursos naturales.

Estos marcos de abordaje, aún si se considera que no se encuentran puros y puedan entremezclarse, tienen distintas problemáticas. La primera es rechazada categóricamente y la segunda es matizada. Ambos, como se señaló, tienen el atractivo de ser “digeribles” en su

⁶¹ Este término proviene de Rita Segato y se refiere a aquellos crímenes de violencia sexual y generizada en los que se concentra la literatura mediática respecto a casos como la RDC, es decir, el crimen perpetrado por un victimario anónimo a un/a sujeto/a circunstancial y que tiene la forma de violaciones en grupo, utilización de objetos foráneos como instrumentos para la violación, tortura de los órganos genitales, etc. No obstante, la conceptualización general de violación que hace la autora es mucho más integral, refiriéndose así a “el uso y abuso del cuerpo del otro, sin que éste participe con intención o voluntad comparables” (Segato 2003, 22), y que se ajusta a la definición utilizada aquí como violencia sexual y generizada. Esto se enmarca en otras formas de violencia no necesariamente reconocidas, analizadas o legisladas como tales, como la violación marital, abuso intrafamiliar, etc.

conceptualización, apelando al conocimiento superficial sobre el tema y un lenguaje acotado, binario y con el cual resulta fácil de empatizar (Autesserre 2012).

En el primer caso, la mirada biologicista ofrece una lectura ahistórica, que justifica a la violencia sexual y generizada como un resultado inherente de la pulsión masculina, que se potencia en contextos bélicos, donde habría una imposibilidad de poder suplir esa libido. En el segundo caso, la mirada instrumentalista limita, en parte, la comprensión sobre el acrecentamiento de la violencia sexual y generizada por fuera de los ámbitos de conflicto y de explotación, ya que los acota a estos. En este sentido, se plantea aquí hacer una genealogía de la jurisprudencia sobre estos crímenes, exhortando de la primera mirada y complejizando aún más la segunda. Resulta fundamental hacer un rastreo histórico no sólo de las violencias sino de aquel que la ejecuta, es decir de las masculinidades militarizadas y del rol que cumplen estas violaciones sistemáticas en su performance identitaria, lo cual se profundizará.

El biologicismo de los crímenes de violencia sexual y generizada, brevemente mencionado anteriormente, está presente especialmente, pero no únicamente⁶², en el tratamiento que los medios de comunicación han hecho de la violencia sexual en la RDC, en las que “los hombres aparecen como perpetradores casi-bestias, mientras que las mujeres aparecen como pasivas e indefensas víctimas” (Baaz and Stern 2008, 59). En este sentido, a partir de un estudio de la prensa reciente, específicamente *Le Monde*, *The Guardian*, *Le Soir* y *Mediacongo*, puede verse cómo ha continuado una cobertura mediática que reproduce estas

⁶² También presuponiendo la ligazón entre sexualidad y lo genital-hormonal, están las disciplinas como la sociobiología, etología humano, determinismo biológico y otros remanentes del darwinismo social, que han ofrecido, al menos desde la década del ochenta en adelante, una visión más «científica» y «no-ideológica» a través de la extrapolación del comportamiento instintivo en el reino animal. Esa línea lógica lleva a una explicación de la violación en los grupos humanos como una estrategia reproductiva enlazada con la evolución, y rechaza un supuesto modelo social de raíz “ideológica” feminista que ha imperado como núcleo explicativo (Zeedyk 2007, 69–70). Paradójicamente, han hecho esta crítica desde una clave determinista y sesgada, por lo que se espera aquí ofrecer una aproximación multidimensional, tomando estos aportes feministas.

lecturas generizadas y racistas. Estas tienden a sobreexponer en sus aspectos gráficos la violencia sexual y generizada, u ofuscarla con un enfoque masculinizado en el Dr. Mukwege (Sinalo Williamson 2023).

Como ocurre con otros casos africanos, las violencias y especialmente aquellas asociadas a lo sexual, se presentan como anormales e incomprensibles, reproduciendo «estereotipos racializados y generizados» en imágenes y fantasías de raíz colonial (Baaz and Stern 2010, 12–13) (Lewis 2022, 55). Como bien señala Cabanillas (2018), estas representaciones beben del imaginario colonial de África como el continente de lo natural, y a su población como seres hipersexualizados, incluyendo el imaginario de las mujeres negras como disponibles sexualmente y de los hombres negros como poseedores de una libido violadora, que no se acota a los/as africanos sino que incluye a la diáspora afrodescendiente (Davis 2005, 175).

Asimismo, esta mirada biologicista toma de una visión generalizada que la violación es un fenómeno indeseable, pero en última instancia inevitable, en los espacios-temporales de excepcionalidad societal que representaría el fenómeno de la guerra: no obstante, ninguna fuerza armada en específico ha participado sistemática e inequívocamente en violencia sexual y generizada o un tipo de conflicto en particular ha tenido niveles mucho más altos niveles de violaciones que otros (Wood 2010, 161–62). Más bien esto se relaciona con una concepción particular de orden, en tanto una ideología contingente a cada institución militar, y que implican formas específicas de castigo (o habilitación implícita) a lo que se perciben como trasgresiones (Baaz, Verweijen, and Deslaurier 2013, 51). Si no se toma una perspectiva crítica de estas miradas normativizadas de la guerra que ven a la violencia sexual como una consecuencia inherente, este tipo de lecturas terminan siendo parte de un ciclo de revictimización. Al implícitamente exculpar a los perpetradores de este tipo de crímenes de

índole sexual y de lesa humanidad por una supuesta sobreexposición del ambiente excepcional de la guerra, se termina por poner el énfasis en la persona que ha sido violentada y no en el sujeto violento.

Escindida de esta mirada biologicista, se ha alzado una lectura que podríamos denominar instrumentalista sobre la violencia sexual y generizada, considerándola una táctica o arma de guerra en general, y un método de amedrentamiento económico en particular. Las mayores fuentes de esta mirada instrumentalista sobre la violencia sexual provienen de ONG y brazos de la ONU, remarcando el carácter de la violación como «estratégica» y «arma de guerra» (Aroon 2010) (Human Rights Watch 2009) (Secretary-General to the Security Council 2021) (van Wieringen 2020, 2).

La adopción de esta perspectiva significó el gradual abandono de una explicación conectada a la lectura biologicista de la violación, con la ya mencionada naturalización de la pulsión de los «guerreros/soldados» (Baaz and Stern 2010) (Moufflet 2008). Los cambios en la definición de estos crímenes se dan por las denuncias de violaciones sexuales sistemáticas durante las Guerras Yugoslavas⁶³ y en el genocidio de Rwanda⁶⁴ durante la década de los noventa, donde se reporta su uso como arma de guerra, incorporando a la violación sexual en la jurisprudencia de crímenes de guerra y crimen de genocidio, reunidos en el Estatuto de Roma (Segato 2016, 59). Esto fue reconocido como tal por la Corte Penal Internacional, debido a los antecedentes establecidos por la Cuarta Convención de Ginebra y las Cortes

⁶³ Particularmente en vistas del uso de la violación sexual como un arma específicamente de amedrentamiento étnico-religiosa, de hombres armados serbios y bosnios contra mujeres y niñas musulmanas en el conflicto de Bosnia-Herzegovina (1992-1995), que, si bien no estaban desfasados de una masculinidad hiperviolenta, se contextualizan como parte de crímenes genocidas (Wood 2010, 161).

⁶⁴ En este sentido, el uso sistemático de la violencia sexual específicamente con fines genocidas contra un grupo étnico se condice en la primera denuncia por el Tribunal Internacional Criminal para Rwanda (*International Criminal Tribunal for Rwanda*) en 1998, con el acuse de Jean-Paul Akayesu en su rol de alentar el uso de la violación contra personas, particularmente mujeres y niñas, de pertenencia tutsi (van Wieringen 2020, 4).

Tribunales de Yugoslavia y Rwanda, al considerar una utilización sistemática de la violación, en más amplios movimientos forzados de personas, genocidio cultural y expulsión territorial, por medio de la adrede humillación y ruptura de los lazos comunitarios entre las víctimas y sus grupos de pertenencia (Bartels et al. 2010, 38–39).

Esta noción de la violación como arma de guerra está presente también en el trabajo de acompañamiento y curación física y psicológica en el Hospital Panzi, en Bukavu, capital de Kivu del Sur (RDC) (van Wieringen 2020). En este sentido, no solo en sus comunicados oficiales, sino que también en entrevistas hechas al personal de profesionales de salud de esta institución se utilizó esta definición de la violencia sexual y generizada. Particularmente se identifica a la violación como una táctica bélica sistémica y parte de una práctica genocida, con un alcance “global”, rechazando su definición como un fenómeno local, lo cual implica una consideración especial y específica dada a las víctimas de este tipo de crímenes⁶⁵.

Específicamente para el este congolés, esta instrumentalización de la violencia sexual se ha querido relacionar directamente con la explotación de los minerales estratégicos (Wallström 2010). No obstante, sumado a la problemática inherente de categorizar este tipo de crímenes a partir de los perpetradores, según su filiación étnica-política y/o la pertenencia a algunas de las fuerzas militares y paramilitares en el territorio (Moufflet 2008), el gran problema específico de la RDC es que la violencia sexual y generizada no ha acaecido exclusivamente en períodos o escenarios de conflictos, sino en momentos de una «relativa paz» o alejados espacialmente de los focos de la lucha armada (Baaz and Stern 2010, 14–16), y se ha venido diagnosticando la propagación de violencia sexual y generizada con rasgos de

⁶⁵ Parafraseo de la traducción libre de la transcripción original en francés: “Le viol comme arme de guerre, est un phénomène alarmant et revêtant la forme d’un spectre génocidaire, il s’emle avoir franchi, à un moment donné, un seuil de sensibilité. A travers la reconnaissance d’une stratégie guerrière systématique, les victimes de viol vont faire l’objet d’une sollicitation juridique et humanitaire de première importance.”

estas masculinidades militarizadas por parte de civiles agresores con los que las víctimas supervivientes tienen relaciones interpersonales y/o intrafamiliares (Mertens and Myrntinen 2019, 418). Esto nos remite ya preliminarmente a la capilarización, o cómo se ha ido constituyéndose como hegemónica una masculinidad militarizada performativizada por las FARDC y en su interrelación con los grupos armados irregulares, cuyas nociones de género y etnicidad están informados por la colonialidad en la larga duración.

Por su parte, desde los propios sujetos involucrados en la intervención en el este congolés se ofrece un entendimiento multifacético de este fenómeno criminal: las problemáticas asociadas a una noción de la familia como un espacio cerrado sujeto a la autoridad del *pater familias*, relaciones desiguales de género y antecedentes de violencia interpersonal, así como fenómenos de desempleo, pauperización social y abuso de sustancias⁶⁶. No obstante, coexisten con estos análisis ciertas nociones normativas del género femenino, al menos en una de las tres personas entrevistadas, sin dejar de reafirmar el marco de la violación como arma de guerra. Le citamos a continuación:

Las mujeres deben mantener la modestia y permanecer sumisas, amables, flexibles... Y los hombres deben trabajar estrechamente con las mujeres sin mostrarse superiores a las mujeres. Que los hombres reconozcan el trabajo de las mujeres, respetando el “para con”. Tanto hombres como mujeres necesitan sentirse respetados dentro de su relación⁶⁷.

⁶⁶ Parafraseo de la traducción libre al español de la transcripción original en francés: “Parmi d’autres facteurs d’ordre culturels figurent: les stéréotypes et les préjugés fondés sur le genre, les attentes normatives à l’égard de la féminité, la socialisation du genre, la perception de la famille comme une sphère privée placée sous l’autorité masculine, et une acceptation générale. On y ajoute aussi: le chômage, la précarité, l’alcoolisme de l’agresseur, des antécédents personnels de violences ou de maltraitance dans l’enfance, une prise de toxiques.”

⁶⁷ Traducción libre al español de la transcripción original en francés: “Les femmes doivent garder la pudeur et rester soumises, douces, souples... Et les hommes doivent travailler en étroite collaboration avec les femmes sans se montrer supérieur aux femmes. Que les hommes reconnaissent le travail des femmes, tout en respectant le «pour avec». Les hommes et les femmes ont la nécessité de sentir respectés au sein de leur relation.”

En este sentido, la profesional entrevistada señala la necesidad de mantener una complementariedad desigual entre hombres y mujeres, sin que por ello implique un sentimiento de superioridad. Ello se relaciona con las limitantes de la focalización de estas narrativas, que tienden a recurrir con formas de control de la sexualidad de los cuerpos femeninos, particularmente no-blancos y del Sur Global (Lewis 2022, 59).

Por todo lo anterior, dicha categorización tiene el potencial de limitar en parte el entendimiento sobre estos crímenes, ya que remite al contexto bélico y a la planificación estratégica, y puede terminar cerrándose a la posibilidad de multicausalidad. Aún más, mientras que en Rwanda y Bosnia la violación sexual había sido utilizada sistemáticamente como una forma de violencia étnico-específica, es decir, para amedrentar y aterrorizar a poblaciones apuntadas por su pertenencia étnica por medio de una violencia masculinizada basada en una lectura heteronormativa de los cuerpos femeninos y feminizados, en la RDC la violencia sexual y generizada ha adoptado otra lógica. En este sentido, el abuso por parte de “hombres armados en uniforme” ha tendido a ser dirigida a cualquier mujer y cuerpos feminizados (hombres, niños, identidades sexo-genéricas que no entran en la hegemonía de las masculinidades militarizadas, etc.) dentro de las comunidades congolesas en el período pos-2003 (Autesserre 2009, 252–56), y particularmente a aquellas vulnerabilizadas en las intersecciones de la clase, sexualidad y edad. No obstante las críticas posibles, este tipo de trabajo dentro de este marco particular sigue siendo importante como parte de intervenciones sociales para la prevención de violencia sexual y generizada, cuyo financiamiento ha tendido a decrecer en los últimos años (Mertens and Myrntinen 2019, 420).

Es por todo lo anterior que podemos cuestionar la idea de que esta es una violencia ligada con la guerra únicamente, y plantear, como ya se mencionó, que estas son parte de un

repertorio performativo de masculinidades militarizadas, que no cumplen funciones solo materialistas, sino también expresivas. Este esfuerzo por desligar a la violación sexual de una relación mecánica y única con el conflicto bélico y/o la explotación de los minerales estratégicos no se hace en función de negar un marco de abordaje e intervención social que ha sido útil y necesario para comenzar a socavar nuestras miradas racistas y sexistas sobre la violencia sexual y generizada en espacios africanos. En cambio, este matiz se hace en función de que al ver a la violación como arma de guerra no volvamos (nuevamente) a verla incomprensible a menos que se perpetre en conflictos bélicos o por alicientes económicos.

El objetivo de este capítulo fue devolver en el análisis pormenorizado de estos discursos monocausales la contingencia histórica y las relaciones de poder y colonialidad en que se insertan los conflictos. Así, queremos enfatizar el carácter identitario y expresivo de la violencia, y ya no una noción instrumentalista y causal que explique alrededor de un único pilar -recursos naturales, un aparato estatal fallido, etnicidad, libido masculina- su explosión, en un círculo vicioso que lleva a la incomprensión. Para ligar este bagaje histórico y críticas epistemológicas acudimos finalmente en el último capítulo a una reappropriación de necropolítica en Achille Mbembe, que particularmente con necroempoderamiento nos permitirá una aproximación multidimensional de los conflictos en el este congolés pos-2003 viendo la capilarización de las masculinidades militarizadas y sus mandatos como subjetivación previa a la entrada en la lógica del necroempoderamiento.

Capítulo 3. El necroempoderamiento en el este congolés

En este apartado se propone al necroempoderamiento como marco de abordaje para analizar la permanencia de una economía de guerra en el este congolés, ya habiendo criticado los principales discursos monocausales sobre los conflictos bélicos pos-2003. Se le entiende como un intento de recuperar agencia frente a un contexto de pauperización social por la artificial restricción de la tierra y oportunidades económicas asociadas, instrumentalización de la etnicidad por parte de instituciones militares, concentración espacial de los conflictos en el espacio fronterizo del este, importancia regional e internacional de recursos variados (que incluyen los minerales estratégicos) y la construcción , que permea al nivel de las identidades de los sujetos, particularmente de varones. Si las masculinidades militarizadas son la primera entrada a esta reafirmación subjetiva que ofrece el necroempoderamiento, la incorporación plena de estos jóvenes a los grupos armados irregulares y fuerzas armadas regulares les integra a una necropolítica, signada por la expoliación y acumulación de capitales en detrimento del otro (imaginado como civil, femenino, menor, etc.), lo cual es afín a la cadena de suministro y flujo del capitalismo neoliberal. A continuación hacemos un rastreo epistemológico de Mbembe, los aportes de su categoría de necropolítica, las críticas desde una perspectiva de género y los puntos de fuga que ofrecen las resistencias ya presentes en el este congolés.

3.1. Nuevos aportes desde necropolítica

Achille Mbembe, historiador y politólogo camerunés, propuso una renovación en y desde los estudios africanos sobre las relaciones entre violencia, espacios y la soberanía para los Estados y territorios del Sur Global. Parte de los Estudios Poscoloniales, Mbembe abona una serie de marcos teóricos que rompen paradigmas propios de los análisis tradicionales de

matriz eurocéntrica sobre África, algunos de los cuales se relacionan con las explicaciones simplistas y deterministas que se criticaron anteriormente.

A continuación, se hace una aproximación a uno de sus principales marcos teóricos, específicamente «necropolítica». Se detallan sus postulados, así como los precedentes teóricos y contextos históricos que motorizan y habilitan esa producción. Por último, le siguen una serie de críticas a esta teoría, señalando las limitaciones de la propuesta por la débil integración de categorías como el género y la sexualidad, explicitando epistemológicamente un trabajo de reappropriación crítica que han venido haciendo particularmente las académicas feministas desde los márgenes del Norte Global y a lo largo del Sur Global, destacándose aquellas provenientes de América Latina, ya de 2003 en adelante.

3.1.1. Génesis, inspiraciones y esfuerzos paralelos del texto fundacional.

El concepto de necropolítica fue acuñado por Mbembe en su artículo homónimo (2003) y, según el autor, la formulación de este término obedece a la preocupación por los cambios que se estaban dando tras los atentados a suelo estadounidense en 2001, particularmente en el contexto de la «guerra contra el terror» (*war on terror*) (Mbembe 2012, 131).

Mbembe entiende esta nueva reestructuración de la política exterior de Estados Unidos (y de sus aliados occidentales) como una revitalización de las tácticas de contrainsurgencia y reestructuración económica ya ensayadas previamente en el período de 1960-1980, en sus intentos de contramarcha frente a los movimientos anticoloniales, lo cual fue analizado en su génesis y consecuencias en el capítulo anterior. Esta reconstrucción de los medios cruentos de matanza contra el Otro pone en cuestionamiento la confianza en las ideas tradicionales de democracia y soberanía que habían estructurado la autoproyección de

Occidente. Ante esta coyuntura histórica, necropolítica se piensa como una herramienta para superar estas limitaciones teóricas, y busca con ello comprender la instrumentalización y destrucción de los cuerpos vistos como «desechables». Aún más, con ello estaba proyectando analizar cómo los Estados contemporáneos en su carácter neoliberal han utilizado la normalización del estado de excepción para superar las limitaciones de la matanza y fusionar la política y la guerra (Mbembe 2012, 133). Mbembe advierte que, por medio de estos instrumentos, los aparatos estatales ven habilitado el uso indiscriminado de la violencia.

Aunque esto se problematizará, necropolítica es pensada inicialmente como una continuación histórica de biopolítica. Michel Foucault (2007) afirmaba que a partir de mediados del siglo XVIII se establece un «biopoder» que se ejerce a través de las disciplinas del cuerpo (la escuela, la familia, el ejército, la medicina, etc.) y las regulaciones a la población (controles y registro de natalidad, longevidad, vivienda, etc.). Los Estados-nación afirmaron este poder de invadir todos los aspectos de la vida, recubriendo el viejo poder de matar (soberanía o poder soberano), en lo que el autor llamó la capacidad de “hacer vivir y dejar morir”.

Ello implica, según Mbembe (2011), la imposición estatal de la segregación, jerarquización y la repartición diferencial entre aquellas personas que deben vivir y las que deben morir. Esto se crea a partir de una jerarquización biologicista de lo humano, es decir, el racismo (Mbembe 2011, 22–23). No obstante, y haciendo un señalamiento previsorio, Mbembe no menciona en ninguna medida como el dispositivo de la sexualidad es también fundamental para entender la conformación del biopoder en los Estados-nación, a pesar de que para Foucault constituía un eje fundamental del control del individuo y la población a través de los saberes de la medicina, que son tornados en disciplinantes y normativizadores.

Finalizando con esta breve síntesis del concepto de Foucault, el ejercicio de la biopolítica fue funcional a la consolidación del capitalismo, en tanto permite una entrada controlada de la población en la producción capitalista, alentando un crecimiento demográfico sostenido, pero sin dificultar el sostenimiento de las relaciones de producción (Foucault 2007, 170–71). La estabilización de la vida determina que el poder ya no se centra únicamente en la amenaza de la muerte, sino en el control de esa vida: en ello establece una forma de «asesinato indirecto»: el Estado ya no necesita de ejecutar a poblaciones enteras consideradas prescindibles, sino que lo logra a través de la inacción, es decir, al no considerarles parte de la población-objeto de tecnologías de la salud (Estévez 2018, 13).

Por otra parte, y tomando los aportes de Carl Schmitt, Mbembe señala que dos mecanismos fundamentales para el funcionamiento de la necropolítica son el «estado de excepción» y el «estado de sitio», como instancias que históricamente se han convertido en la base de la soberanía. Si el estado de excepción implicaba una invocación continua de urgencia y el combate contra un enemigo «ficcionalizado», en la contemporaneidad se observa una reproducción constante de esa situación de emergencia que habilita una extensión temporal y cualitativa de la excepcionalidad (Mbembe 2011, 21–22). Por su parte, el estado de sitio desdibuja la distinción tradicional entre enemigos internos y externos e iguala la violencia hacia ambos, militarizando la vida cotidiana y destruyéndose las instituciones que habían emanado de la sociedad civil. En consecuencia, el derecho soberano a matar se fragmenta por fuera de los confines estatales (Mbembe 2011, 52–53) y acontece una enorme difusión de la figura del enemigo, con la contrapartida del desarrollo de tecnologías para identificar y masacrar a ese Otro (Mbembe 2012, 134). Lo siguiente también se matizará posteriormente, pero podemos sintetizar que la necropolítica es una

naturalización e institucionalización de estos dos estados, sirviendo también a la dinámica de la captura de la potencialidad del viviente, pero en otra lógica.

Si bien eso último está presente también en la biopolítica (“poder de hacer vivir y dejar morir”), ahora no es a través del disciplinamiento económico-político de los cuerpos (de individuos y poblaciones), sino más bien mediante una instrumentalización inusitada de la violencia, creando efectivamente una nueva existencia social - «mundos de muerte» - con habitantes más cercanos a los muertos-vivientes. En este esquema, la exaltación de los aspectos más gráficos de la violencia no constituye un defecto del sistema, sino un aspecto esencial de la necropolítica (“poder de hacer morir y dejar vivir”). Ello se territorializa por fuerza de las masacres perpetradas por entes desregularizados que se adjudican el poder fragmentado de matar (Estévez 2018, 19–20) o a través del desarrollo de alta tecnología que despersonaliza el asesinato y deshumaniza aún más a aquellas personas consideradas sacrificables (Mbembe 2011, 50–51).

Como breve reflexión, debemos destacar que la formulación de necropolítica pone en tela de juicio otros esfuerzos paralelos o que incluso inspiraron originalmente ese artículo de 2003 (Montag 2005, 9). El propio Mbembe destaca principalmente el trabajo de Giorgio Agamben, a partir del cual se están reinterpretando también los trabajos de Foucault, Arendt y Schmitt (Mbembe 2012, 131–32).

En *Homo Sacer*, Giorgio Agamben (1998) ofrece, al igual que en parte Mbembe haría posteriormente, una reinterpretación de los conceptos de estado de excepción y biopolítica ya mencionados. La categoría de «homo sacer» es tomada de la nominación dada en el derecho romano cuando una persona con plena ciudadanía (típicamente hombre, oriundo y propietario) era expulsado forzosamente de la “vida política” (*bios*) a la “vida (des)nuda” (*zoé*) (Agamben 1998, 9–10). A esta última estaban condenadas inherentemente poblaciones

asociadas a la economía doméstica (*oikos*), pero sin derechos políticos, como mujeres, niñeces, ancianos/as y personas esclavizadas, así como el mundo animal. Inspirándose en Foucault, Agamben plantea que la biología moderna, en tanto ideología totalitaria, reduce a las personas a lo biológico o a la «bestialización del hombre» (Montag 2005, 10) y reintroduce la dicotomía adentro/afuera a través de las nociones “objetivas” de lo «normal/anormal». Paralela y contradictoriamente, los Estados-nación reconocen a las personas como vida nuda con derechos políticos, controlando a las poblaciones a través de los esquemas de biopolítica (política de vida) y tanatopolítica (política de muerte). Al quitarles la ciudadanía o nunca otorgarles una, el Estado efectivamente condena a ciertas poblaciones a la categoría de *homo sacer*, y por ende a la vida nuda, desechable o matable.

Para Agamben, el *homo sacer* en tiempos contemporáneos es el refugiado (Estévez 2018, 16), pero señala cómo históricamente esto se practicó primero en los campos de concentración nazis y, en ello, critica la falta de consideración de Foucault de la *Shoah* como parte del ejercicio de biopoder (Whitley 2017, 10–11). Sin embargo, Agamben no incorpora en su visión de la construcción histórica del campo de concentración a los casos de Namibia y Kenya bajo el Imperio alemán e Imperio británico, respectivamente, aunque mencione como antecedente al caso de Cuba (Agamben 1998, 212).

En este sentido, a diferencia de Agamben, Mbembe incorpora explícitamente en sus análisis y críticas al racismo y la colonización. Agamben no aborda de forma integral la colonización y racialización como parte de la genealogía de esa clasificación biologicista, como sí lo hace Mbembe. La figura del refugiado, que será retomada posteriormente para hablar de las nuevas apropiaciones de necropolítica en bibliografía reciente, es central para Agamben, ya que el migrante forzado es incluido en el orden jurídico-político solo a través de su exclusión de los derechos de la ciudadanía, quedando meramente circunscripto al orden

de la vida nuda (Estévez 2018, 14–15). Sin embargo, en su carácter legalista, Agamben omite cómo se relaciona la vulnerabilidad de ciertas poblaciones refugiadas con procesos históricos de racialización y construcción del supremacismo blanco en torno a la ciudadanía y fronteras de los Estados-nación modernos, lo cual remite a la explosión de discursos simplistas dentro de la oleada neoconservadora en la década del noventa.

Aún más, otra de las relevancias del planteo de Mbembe es su propia formulación crítica respecto a los escritos foucaultianos, abonando a una lectura no-eurocéntrica, en tanto plantea que la biopolítica no nace en el seno de la metrópoli occidental en el siglo XVIII, sino en el control colonial de las plantaciones (Mbembe 2011, 36–37). Esto paralelamente le diferencia de Agamben, cuyo eje es harto posterior, con los campos de concentración nazis como culminación (nomos) de la Modernidad (1998, 146–47). Si bien se podría ampliar esta discusión sobre las consecuencias que la genealogía, alcance temporal y génesis de la «raza» tienen para la formulación teórica de necropolítica, podemos afirmar en este breve apartado que la racialización y colonización son procesos fundamentales en su formulación.

En este sentido, Mbembe plantea que las primeras experiencias de necropoder se efectivizan en la administración colonial, y específicamente en las plantaciones, donde no se seguía el principio de la «guerra legítima» entre Estados según la jurisprudencia europea, sino más bien un ejercicio indiscriminado de violencias, sin ninguna limitación legal. Así, para el autor, en el continente americano colonizado, particularmente con el uso de personas esclavizadas en el sistema de plantaciones norteamericanas y caribeñas, se performativizan las primeras formas de biopoder junto al ejercicio del estado de excepción (Mbembe 2011, 31), dividiendo racialmente entre quienes deben vivir y a quienes debe abandonarse a la muerte. Por su parte, en el apartheid aplicado por parte de varios regímenes supremacistas

blancos en el continente africano, se desarrolla el encadenamiento del biopoder, el estado de excepción y el estado de sitio, que darían forma a la necropolítica (Mbembe 2011, 35).

En todos estos casos se han desarrollado las mencionadas tecnologías de terror y territorialización diferenciada, sea de forma regular por medio del vértice estatal y tecnologías de control del movimiento (como la Sudáfrica del apartheid e Israel) (Mbembe 2011, 50–51) y/o la fragmentación de la expresión de la soberanía en grupos armados irregulares, que concentran su financiamiento en torno a la economía de guerra (como en el este de la RDC) (Mbembe 2011, 61). Todo ello está presente en el trabajo de Mbembe, y a la vez está velado, ya que no se menciona explícitamente la instrumentalización del género o la sexualidad como ordenamiento de los cuerpos.

3.1.2. Respuestas a la lectura materialista de necropolítica.

Una lectura extendida dentro de las apropiaciones del concepto de necropolítica es aquella que enfatiza la deshumanización capitalista. Esto ya estaba presente en el escrito original de Mbembe, aunque de forma más implícita en 2003 y en una referencia mucho más explícita en su aporte a la antología colaborativa *Estética y Violencia: Necropolítica, Militarización y Vidas Lloradas* (Ježik et al. 2012).

Esta perspectiva que podríamos denominar como “materialista” considera que ha ocurrido una profundización de la lógica mercantilista por fuerza de la neoliberalización, donde se ha transformado a los cuerpos en mercancías desechables y a su muerte gráfica en parte del lucro, por lo que el concepto de la necropolítica habilitaría la noción de una nueva economía: una necroeconomía (*necroeconomics*), acuñada como tal por Warren Montag (2005). Este último afirmaba que esa concepción de necroeconomía ya está presente con los inicios de la economía política, en los escritos de Adam Smith. Ese análisis teleológico

smithiano considera que el mercado sin intervenciones nunca podría garantizar el fin de las hambrunas, pero sí evitar catástrofes poblacionales: *ergo*, Smith en el siglo XVIII ya consideraba, en términos malthusianos, “que la muerte como si por una mano invisible reestablece el mercado a lo que debe ser para que sostenga vida (...) [y] aquellos que se niegan a dejarse morir deben ser compelidos por la fuerza [del Estado] a permitirlo” (Montag 2005, 16).

Por su parte, Haskaj argumenta que esto ha ocurrido por el abandono de las formas clásicas de acumulación de la Modernidad y una difusión y equivalencia entre la economías formal e informal (Haskaj 2018, 3); se trataría de la instalación de una nueva economía que reconceptualiza a la muerte como mercancía (*commodity*) y que es instalada por fuerza de la neoliberalización en tiempos contemporáneos (Haskaj 2018, 5–6). Una idea similar es compartida por Letelier, que destaca la relación simbiótica entre las guerras contemporáneas y la extracción depredadora de recursos naturales (Letelier 2019, 89–91), así como, en parte, por Sayak Valencia, que piensa en el caso mexicano y particularmente en Tijuana por el uso depredador y mercantilizado del cuerpo, presente en los asesinatos, secuestros, venta de órganos, etc. (2010, 15–16).

Por todo lo anterior, estas lecturas de necropolítica enfatizan la dinámica de hacer morir y dejar vivir dentro del sistema capitalista neoliberal, por lo que paralelamente al *homo sacer* de Agamben (aquella persona exceptuada de derechos políticos) estaría el desposeído económicamente que también es dejado y hecho morir, en nombre del libre mercado (*laissez faire*) (Montag 2005, 17). Hay dos grandes limitaciones en esta lectura materialista.

Primero, esta perspectiva no considera la autonomía relativa de estas violencias cruentas respecto al modo de producción capitalista, lo cual no implica que estas y sus perpetradores dejen de ser funcionales a la acumulación capitalista. Más bien, al poner como

nexo explicativo al capitalismo, la emergencia de la necropolítica y formas contemporáneas de necropoder se relacionan únicamente con la reproducción del sistema económico imperante, y en ello, se invisibilizan los otros nodos que alimentan su funcionamiento, como el racismo, xenofobia, misoginia, LGBTQIA+-odio, etc. En este sentido, se niega la politicidad de las categorizaciones y su jerarquización de la humanidad, que son usadas para una construcción diferenciada del ejercicio de la soberanía, como en el sistema de plantaciones, de apartheid o la ocupación neocolonial. Siguiendo este matiz, Sayak Valencia, que se acerca a esta perspectiva, pero constantemente la matiza por su lectura multidimensional, pone énfasis en el rol identitario que ese «capitalismo gore» o necroeconomía cumple. En tanto el capitalismo es también un sistema sociocultural de producción de subjetividades, en su variante neoliberal e hiperviolenta, produciría a «sujetos endriagos», típicamente hombres cis-heterosexuales, caracterizados por el hiperconsumo, masculinidades tóxicas, contextos precarizados, y heroificación de la perpetración de violencias crueles (Valencia Triana 2012, 86–87).

Segundo, uno de los pilares para la argumentación de una necroeconomía ha sido la supuesta ruptura respecto a los cánones de la Modernidad, y específicamente la instalación de un nuevo patrón de acumulación. No obstante, otras autoras como Pilar Calveiro afirmarían que se está asistiendo contemporáneamente más bien a una radicalización de la Modernidad, en tanto sus bases -sociedades excluyentes, subjetividades individualistas y mercantilización de la vida- no han cambiado, sino que se han acelerado (Calveiro and Peris Blanes 2016). Aún más, Mbembe ha comparado las guerras contemporáneas (especialmente aquellas ligadas con la guerra contra el terrorismo), con las guerras coloniales, en tanto han estado también signadas por la depredación y extracción (Mbembe 2019, 4). En este sentido,

podríamos pensar en la necropolítica como una aceleración de las bases de la Modernidad (racista, heteropatriarcal y capacitista) (Mendoza 2019), y no como una ruptura al respecto.

Lo anterior cobra aún más relevancia al tener en cuenta los contextos recientes de revitalización del uso de necropolítica en el ámbito académico y de divulgación. En este sentido, ha habido un consenso académico en la utilidad del concepto de necropolítica para abordar los procesos migratorios⁶⁸ (Estévez 2018, 22–23). Asimismo, en la coyuntura de la crisis sanitaria de COVID-19⁶⁹, hubo un resurgimiento del uso de teorías centradas en la fragilidad e importancia de los cuerpos, específicamente de Foucault, Esposito y Mbembe, entre otros, visibilizando cómo toda política se encarna (Preciado 2020).

Aunque válida, esta lectura materialista, y particularmente en las apropiaciones que ha tenido durante la pandemia de COVID-19, tiende a aplanar todo el análisis en cómo el Estado aniquila a las poblaciones por accionar directo e indirecto. Si no se realizan con cuidado, estos análisis pueden desdibujar los procesos de racialización, heterosexualización

⁶⁸ En este sentido, desde la visibilización en 2015 de la crisis humanitaria en torno a personas refugiadas provenientes de Medio Oriente y Norte de África ha proliferado una conexión epistemológica con el concepto de necropolítica, particularmente en torno a la Unión Europea y el Mar Mediterráneo. Así, por ejemplo, el trabajo reciente de Talbayev (2023) utiliza el concepto en cuestión para analizar la fisionomía de la borderización del Mediterráneo, donde por fuerza de la creciente militarización, redadas contra rescates en mar abierto y utilización de Estados norafricanos para restringir el movimiento, se ha convertido a ese cuerpo de agua en un espacio de frontera y muerte. Siguiendo esta línea, se han escrito trabajos específicamente sobre el caso británico (dos Ventos Lopes Heimer 2022), australiano (Morris 2023) y sudafricano (Beetar 2019), entre muchos otros.

⁶⁹ Asimismo, pueden encontrarse análisis entre el manejo del COVID-19 y necropolítica en diversas administraciones gubernamentales, enfatizando el carácter neoliberal de los Estados contemporáneos, con la privatización y expulsión desde sus sectores de salud. En este sentido, según Lee (2020), la necropolítica se relaciona con el énfasis durante la pandemia del coste económico y énfasis en medidas sanitarias punitivas. Otros casos específicamente versan en el caso indio (Jagannathan and Rai 2022) y turco (Erden 2023). Más recientemente y también en el contexto de la pandemia, Paul Preciado (2020) ha planteado un análisis de las crisis sanitarias en relación con una crítica a las ideas tradicionales sobre la biopolítica foucaultiana y necropolítica mbembeana, en tanto estos sistemas toman formas dominantes de discriminación racial, migratoria y generizada/sexual anteriores al estado de excepción. Es decir, en este trabajo no se enfatiza la excepcionalidad del COVID-19 como generadora de las desigualdades, sino como una construcción espaciotemporal que materializa, reproduce e intensifica sistemas jerárquicos anteriores, como lo han hecho las epidemias previas de sífilis entre los siglos XVI-XVIII y VIH-SIDA en el siglo XX (Preciado 2020, 6–8)..

forzada, negación de ciudadanía y demarcación de ciertos cuerpos como desechables, que están en la propia génesis de esas políticas de muerte.

3.1.3. Críticas a la perspectiva de género presente en el texto original.

Si bien destacamos aquí los aportes de Mbembe, este no menciona la violencia sexualizada y generizada en *Necropolítica*, aunque sí en *Sobre el gobierno privado indirecto*, que se encuentran en un mismo trabajo de traducción al español de ambos textos, en *Necropolítica, seguido de sobre el gobierno privado indirecto* (Mbembe 2011). En este último texto, conceptualiza a la violación sexual como parte de las violencias ejercidas públicamente por los dependientes de los «señores de la guerra» y propone que estas sirven para hacer uso de derechos delegados de «exenciones en especie» (Mbembe 2011, 90–92). En este sentido, llama la atención cómo el cuerpo sobre el cual actúa la violencia que describe Mbembe está desprovisto de género y orientación sexual en el escrito original, y por ende cómo los trabajos de muerte - su eje de análisis - no estarían influenciados por esas categorías.

Cabe denotarse que en la publicación original en inglés de *Necropolitics* sí se menciona la sexualidad, aunque en un pie de página en referencia a Georges Bataille. Así, según Bataille, la violencia y la sexualidad estarían intrínsecamente ligadas, considerando que el detentor de la soberanía es aquel que no tiene preocupación por los límites de la muerte y de la violencia, incluyendo la trasgresión de aspectos sexuales (Mbembe 2003, 15–16). No obstante, el resto del escrito no se encuentra atravesado por esta aseveración: no se menciona la violencia con base en la orientación sexual, la expresión de género, ni la expresividad de la violencia como reafirmación de identidades generizadas.

Esta omisión, como ya se mencionó, le pone en contraposición con el énfasis que Foucault había hecho en la represión y control normativizado de la sexualidad para entender

la construcción del biopoder. Asimismo, ya Butler (1992) mencionaba cómo Mbembe concibe al cuerpo en términos esencialistas y género-neutrales (*gender neutral*) al analizar el ensayo *The Banality of Power and the Aesthetics of Vulgarly in the Postcolony* (Mbembe 1992). Por último, la sexualidad sí está presente explícitamente en el texto de *On the Postcolony* (2001) al referirse a la colonialidad, el cual fue escrito por Mbembe con anterioridad a *Necropolitics* (2003). Así, por ejemplo, el autor considera que la dominación de la colonialidad y la trata trasatlántica en África fue «fálica», en tanto la construcción de la masculinidad y el poder no derivan solo de la amenaza y ejercicio de la muerte, sino también del falo y expresión de la virilidad a expensas de la sujeción de la mujer (Mbembe 2001, 13–14). Aún más, Mbembe tenía conocimiento de trabajos análogos a los de necropolítica al visitar el concepto en 2012, como una de las obras de Butler, *Frames of War. When is life grievable?* (2009), que menciona explícitamente (Mbembe 2012, 135), y donde el género es un eje articulador de las formas contemporáneas de construir (o no) el duelo.

Cuando el autor volvió a referirse al concepto, al menos en la bibliografía a la que se pudo tener acceso. Primero, en “Necropolítica, una revisión crítica” (Mbembe 2012) y luego en la republicación del artículo original junto a otros ensayos bajo el nombre homónimo *Necropolitics* (Mbembe 2019), no incorporó ninguna de estas críticas.

Podría argumentarse que esta omisión obedece a una formulación excesivamente teórica, pero el autor no conceptualiza al sujeto de su estudio en términos “universales” cartesianos, desprovisto de toda marca de corporalidad e identidad (Grosfoguel 2013, 36), sino que la raza atraviesa todo el corpus, y los casos paradigmáticos de Sudáfrica e Israel están informando su teoría (Mbembe 2011, 43–44: 55). También podría postularse que estas falencias provienen de la raíz foucaultiana que subyace en el texto, acarreado su homologación entre sexo y género al referirse al poder del dispositivo de la sexualidad, pero

esto ya ha sido criticado epistemológicamente desde los distintos feminismos (Posada Kubissa 2015), mucho antes de la publicación original. Asimismo, cabe señalar que no hay una sola interpretación posible sobre las categorías que Mbembe utiliza de Foucault o de Schmitt, como soberanía⁷⁰ y biopolítica⁷¹, respectivamente.

Por último, tampoco podemos justificarlo a una no-presencia de estas discusiones dentro de los Estudios Poscoloniales. Más bien, lo adjudicamos a una «ignorancia como política de conocimiento», en términos de valeria flores⁷² (2008, 18–19) o «heterosexualización del saber», también proveniente de flores (2016, 20; 28).

En este sentido, no es que las categorías de género y sexualidad no estén presentes en el texto, o que no se “sepan” o hayan sido “olvidadas”. Más bien, están implícitas o subyacentes en la hetenormativización que hace el escrito de ellas. Si bien pensada para el ámbito educativo, con este concepto, traído de la teoría *queer*, valeria flores sugiere que la ignorancia es también una forma de conocimiento. No es mera falta de información, sino más bien un efecto de una forma hegemónica de conocer. Todo lo anterior, sumado al hecho de que el autor haya acuñado el término de necropolítica en 2003 para luego no volver a utilizarlo ni profundizarlo (Mbembe 2012, 135), y que plantee que su propio trabajo no está concentrado en las relaciones de género (Dorlin 2007, 148–49), no evita que haya interpelado a muchas autoras feministas e intelectuales del Sur Global.

⁷⁰ Segato planteó posteriormente que un aspecto fundamental de la soberanía schmittiana (esencial en la formulación de Mbembe) es la expropiación del cuerpo-territorio de la víctima por parte del agresor, a la vez que señalaba que biopolítica y su poder de hacer morir no implicaría solo el asesinato, sino también la sujeción moral y psicológica, incluyendo la violencia sexual y generizada (Segato 2016, 38–39).

⁷¹ Butler ya planteaba que la existencia *queer* da cuenta de una inadecuación de la biopolítica, en tanto hacia la década del ochenta y en el contexto de la epidemia de VIH/SIDA, los cuerpos no-heterosexuales eran condenados a la muerte (Puar 2007, 71).

⁷² En esta tesis se utiliza el nombre valeria flores en minúsculas, tanto en el cuerpo de texto como en la bibliografía, en respeto a la adscripción identitaria que la persona pedagoga y activista en cuestión utiliza.

Intelectuales mujeres y personas no binarias han hecho la doble labor de arraigar históricamente aún más la teoría de Mbembe y sacar a reflote críticamente las categorías de género y sexualidad⁷³, mostrando cómo las violencias del necropoder las atraviesan. Estos trabajos, particularmente de procedencia latinoamericana como México, han buscado enfatizar las particularidades geográficas y subjetivas en la constitución situada del necropoder (Estévez 2021, 1). Dentro de estos aportes, se destaca el de Valencia Triana por cómo analiza la violencia en México como una herramienta simultáneamente de supervivencia, así como de autoafirmación, socialización y cultura (Estévez 2021, 22), bajo lo que denomina como «necroempoderamiento», que ya se introdujo a principios de este trabajo.

Desde Latinoamérica, se ha pensado específicamente al femicidio como un ejercicio de necropoder sobre los cuerpos de las mujeres, y la expresión máxima y culminante de un continuum de la violencia generizada contra las identidades femeninas y feminizadas (Sagot 2013, 4–5). Sagot analiza eso regionalmente con los altos índices de violencia de género en Centroamérica, en una trayectoria histórica larga de democratización trunca, neoliberalización y feminización de la pobreza (2013, 12–13). En este sentido, la estratificación de ciertos cuerpos les hace vulnerables (y aún más vulnerabilizados dentro de puntos específicos de intersección entre raza, clase, orientación sexual, etc.) (Sagot 2013, 7–8) e incluso “desechables” frente a violencias extremas, funcionando en torno a una

⁷³ Uno de los primeros trabajos que traerá una revisión crítica sobre necropolítica desde la teoría *queer* fue *Terrorist assemblages. Homonationalism in queer times* (2007) de Jasbir Puar, donde analiza las políticas de lo queer en la tortura perpetrada por soldados estadounidenses contra los prisioneros de Abu Ghraib, y la expulsión de la otredad racial dentro de la comunidad LGBTIQ+ (particularmente gay) en el apogeo de la Guerra en Irak y en el contexto del etnonacionalismo de Israel, como formas de complicidad imperialista. Este aporte fundamental inspirará una obra posterior de antología en torno al concepto de «queer necropolitics» (Haritaworn, Kuntsman, and Posocco 2014). Particularmente estos trabajos se nutren de un posible diálogo entre Butler y específicamente su preocupación por las vidas llorables y vivibles (2009), y el dejar morir del que nos advertía Mbembe (2003).

«necropolítica del género». El femicidio tiene entonces el rol ritual y performativo de coaccionar a las mujeres y a los hombres a adecuarse a las lógicas patriarcales, es decir, como víctimas y victimarios respectivamente. Sagot ve a la necropolítica del género como un instrumento fundamental de las sociedades contemporáneas para controlar y desechar ciertos cuerpos (2013, 15–16). Por su parte, analizando el accionar del Estado brasileiro, Berenice Bento (2018) argumenta que se ha formado un «necrobiopoder», en tanto coexistencia de los poderes de dar vida (biopoder) y dar muerte (necropoder) en el Estado-nación contemporáneo y particularmente de forma diferenciada entre los cuerpos cis y trans. Con esta aseveración coinciden varias autoras, incluyendo a Estévez (2018), quien, pensando críticamente en el estatus de los migrantes forzosos, ve una existencia coetánea de estos dos poderes por parte del aparato estatal en su regulación de los ciudadanos y no-ciudadanos, junto a procesos de racialización y generización.

Por último, un énfasis puesto por estas intelectuales para comprender el funcionamiento del necropoder es el carácter fragmentado y paraestatal del ejercicio de la soberanía, y su enquistamiento en el funcionamiento de los aparatos estatales (Estévez 2021), así como los contextos habilitantes o *modus operandi* de los escenarios de la violencia sexual y generizada, incluyendo el femicidio (Sagot 2013, 16–18) y la importancia del ejercicio sistemático y consciente dentro de la lógica del necropoder, que retroalimenta la construcción de masculinidades hiperviolentas (Valencia Triana 2012, 19–20). Todo ello se condice con el análisis que se ha venido haciendo de la economía de guerra en el este congolés y la inserción tanto de los grupos armados irregulares como de las fuerzas armadas regulares.

3.2. Necropolítica desde la multidimensionalidad: el caso del este de la RDC

En este último apartado, se pone en consonancia todo el bagaje trabajado anteriormente, su contextualización histórica y críticas a los discursos monocausales, destacando los aportes de Mbembe, con todas las críticas ya señaladas desde los feminismos al texto original.

Tomando todo lo anterior, como se señaló, se pone acento en el necroempoderamiento, en un largo proceso de capilaridad de masculinidades militarizadas y colonialidad del poder y del género a través de las instituciones militares, cuyo origen se remonta a la administración belga en un carácter privatizado y en detrimento de la población civil.

3.2.1. Espacialización e identidad: género-etnicidad, frontera y soberanía.

Como se mencionó anteriormente, el contexto del necroempoderamiento ha sido la aceleración de una economía de guerra que se enquistó en las provincias del este congolés – particularmente Ituri, Maniema, Kivu del Sur y Kivu del Norte -, tras la crisis humanitaria del genocidio de Rwanda y ocaso del mobutismo (1994-1996) y a partir de la Primera Guerra del Congo (1996-1997), pero especialmente con el transcurso de la Segunda Guerra del Congo (1997-2003). En ese segundo conflicto, corolario del inmediatamente anterior, surgieron muchos de los grupos armados irregulares y su fisonomía, que se transforman tras los acuerdos de paz de 2003 como partidos políticos y su institucionalización en las fuerzas armadas regulares. Asimismo, con los antecedentes de la rapacidad de las FAZ y autofinanciamiento de la AFDL, se reafirman las interconexiones con las compañías extractivistas, los grupos de autodefensa y los gobiernos adyacentes, en un contexto de frontera.

Ello está enmarcado en tres largos procesos en el recorte espacio-temporal estudiado, ya mencionados a lo largo de la tesis: (1) la gradual normalización de una masculinidad militarizada como hegemónica, en una más amplia transformación de las fuerzas armadas regulares e institucionalización de algunos grupos armados irregulares, que han aprovechado su incorporación sin profesionalización o reestructuración reales para continuar con sus prácticas y lealtades inalteradas; (2) la construcción de la frontera en torno a espacios como Goma y Bukavu, cuya porosidad y libre movimiento son estranguladas por procesos de securitización, que alientan la intervención militar extranjera o financiamiento directo/indirecto de grupos armados irregulares en el territorio (particularmente desde Rwanda, Burundi y Uganda), y la presencia de estos últimos, que cooptan y chantajejan esos movimientos de bienes y personas; (3) las competencias por la soberanía, que involucra a grupos armados irregulares y la intervención por parte de las fuerzas armadas regulares nacionales y extranjeras a la RDC, que participan de una economía de guerra, alentada por intereses de empresas extractivistas y estas facciones de distintos gobiernos de la Región de los Grandes Lagos.

En este contexto, el género y la etnicidad se alzan como demarcadores identitarios estáticos e instrumentalizados por grupos armados irregulares y fuerzas armadas regulares, que se disputan una distribución desigual de recursos forestales y agrarios hechos escasos en el espacio de la frontera con Rwanda, Burundi y Uganda, insertas en una economía de guerra que no cesó, sino que se transformó tras los llamados a la paz de 2003.

3.2.2. Lógicas de necroempoderamiento en los perpetradores.

En este apartado se hace una aproximación a las formas en las que los soldados y hombres armados movilizados han justificado la perpetración de violencias contra la población civil

concentrada en el este de la RDC, y cómo ello ha servido a las acumulaciones de capitales, incluyendo el identitario en torno a las masculinidades militarizadas, y retroalimenta la capilarización del necroempoderamiento como lógica dominante.

Ligado a lo anterior, ya se hizo una revisión de la conformación de la cultura corporativista de las FARDC, cuyos legados institucionales no se han roto, en tanto esos procesos de desmovilización y supuesta profesionalización han traído consigo una superposición de lealtades y simbiosis de estas prácticas depredadoras con aquellas presentes en los grupos armados irregulares.

Los testimonios de perpetradores y cómplices, que muchos/as supervivientes reconocen como “hombres armados en uniforme” (Baaz & Stern 2008), repiten algunos denominadores comunes. Dentro de las entrevistas a los soldados de las FARDC se frecuenta la idea de la violación como subproducto de la frustración sexual, entendida como una libido (masculina y heterosexual) proactiva y eventualmente incontrolable. Según esas perspectivas, ante la imposibilidad de acceder a relaciones sexuales «normales» (homologadas a la prostitución o acceso carnal marital) y debido a las condiciones «anormales» de la guerra y la pobreza que llevan a esta situación, la violación se normativiza como satisfacción necesaria de una necesidad sexual, aunque no por ello explícitamente deseable (Baaz and Stern 2009, 505–6).

Por su parte, las entrevistas a distintas facciones de grupos de autodefensa Mai-Mai remarcan la retórica de la defensa del territorio y de sus recursos, particularmente frente a la presencia “rwandesa”, que es usada como eufemismo para referirse a personas de distintas nacionalidades con etnicidad tutsi. Contradictoriamente, a la vez que se plantea en ello proteger a la población congoleña “autóctona”, se ve a los civiles como fuente de manutención por medio de la coerción. Este desprecio hacia lo civil se repite en ritos de

iniciación marcados por la humillación (desnudándoles y azotándoles, o sea, “feminizándolos”), una jerarquía paternalista (homologando comandantes a padres abusivos) y una mirada patriarcal de la sociedad, que ve a las mujeres como botín de guerra y/u objeto de una libido incontrolable, pero que despersonifican al crimen de violación al adjudicarlo a órdenes ajenas o una cuestión supernatural (Kelly 2010, 6–8).

Estos testimonios no deben tomarse superficialmente, sino que se enmarcan en la construcción de masculinidades militarizadas, que normativizan la violencia sexual y generizada e instrumentalización de la etnicidad, en distintos registros, y constituyen los nodos de entrada en la reafirmación subjetiva que ofrece el necroempoderamiento. Primero, la conceptualización de su rol como perpetradores y cómplices de violencia sexual y generizada, que adjudican a órdenes de comandantes, habilitación implícita y/o inevitabilidad debido al aislamiento y pobreza, que evitan que puedan “ser hombres” o performativizar masculinidades deseables (pero igual de inalcanzables). No es casualidad que estas afirmaciones nos remiten a la mirada instrumentalista de la violencia sexual y generizada que criticamos en el capítulo anterior, en tanto la naturalización de la violación como una consecuencia indeseada pero inescapable de la guerra parte de la misma perspectiva heteronormativa que construye ese discurso monocausal. Así, “la violencia, incluyendo la violencia sexual, se vuelve una forma de performativizar y tratar de recuperar masculinidad y poder” (Baaz and Stern 2010, 49), no solo contra mujeres sino a través de la feminización de otros cuerpos, como los de otros hombres jóvenes. A ello se le suma la creación de un estado de la excepción a partir de la supuesta invasión por parte de identidades petrificadas (consideradas como naturales, heredables y cuasi raciales) y extranjerización (como expulsión de una imaginada “autenticidad”) (Jackson 2006; Alida 2014), que nos remite a la

transferencia institucionalizada de la colonialidad del poder, exacerbada por los procesos genocidas de la década del noventa en Rwanda, Burundi y RDC.

Si bien efectivamente terminan desbaratando comunidades locales al romper lazos de parentesco por la estigmatización a las víctimas, particularmente en el caso de mujeres y hombres jóvenes (Moufflet 2008), esto no tiene inherentemente una función instrumentalista o planeación adrede para favorecer la explotación económica de los minerales estratégicos: cumplen también el rol de la exposición pública de la violencia necropolítica ejercida sobre los cuerpos y una reafirmación de la masculinidad militarizada de los victimarios. La violación del cuerpo del otro no es, como planteaba Mbembe, meramente una exención en especie, sino que es un intento fallido, caníbal y suicida, de reafirmar un poder simbólico masculino (Segato 2003).

3.2.3. Acumulaciones de capitales por el necropoder y resistencias a ello.

Debido a todo lo anterior, se ha enfatizado la necesidad de reformar el sector de seguridad en el contexto congolés como la primera y más efectiva forma de construir paz (Massey 2021, 1–2). Sin aminorar la importancia de establecer mecanismos de debida diligencia en las fuerzas armadas regulares, así como los procesos de desmovilización de los grupos armados irregulares y el necesario enjuiciamiento y reintegración en la vida civil, se problematiza su énfasis. Esto ya se ha hecho con otras formas de intervención desde el vértice y relacionadas con el marco del pos-conflicto, en otras instancias de la tesis, específicamente al referirse a las limitaciones de la regulación de minerales de conflicto a través de su seguimiento en los circuitos productivos, y la violencia sexual y generizada como arma de guerra. Ninguna de estas proyecciones reformistas carece de justificativos para su programación o aspectos redentores en su ejecución, pero han tendido a simplificar el abordaje de la resolución de

conflictos en el este de la RDC a una esfera en particular, con programas estandarizados y gradualistas, y desde una visión vertical. No obstante, por distintos motivos, no han logrado frenar esta acumulación diferenciada de capitales.

Este marco empeora al considerar cómo Mbembe no trae consigo en sus textos de necropolítica una posibilidad de resistencia, más que la destrucción del propio cuerpo, específicamente en los casos de la persona esclavizada en el sistema de plantación o del subalterno contemporáneo en los espacios neocoloniales (2011, 74). Así, para Mbembe, las personas esclavizadas de las plantaciones de la época colonial afirmaban su autonomía y humanidad al destruir lo que el amo considera como su mercancía (2011, 32–33) o en los ataques suicidas culminaría una simbiosis de la destrucción/autodestrucción en un intento desesperado y profetizado (2011, 67–69). En este sentido, si se siguiera a Mbembe, no parece haber resistencia posible a la necropolítica más que fundirse en ese trabajo de muerte y, de una manera atomizada y fugaz, recuperar la agencia a través de la aniquilación del propio cuerpo, el cual, en ello, se transforma en un espacio trascendental y ya no de mera materia. En ello, no está proponiendo una resistencia como tal, sino una reversión del necropoder contra los detentores de este, en un esfuerzo caníbal y cuasi fatídico. Por el contrario, intelectuales feministas han rescatado la resiliencia y capacidad creativa para (re)crear comunidad e identidades por fuera del necroempoderamiento (Castro Sam 2021; Cabanillas 2019). Estos trabajos enfatizan dos cuestiones fundamentales, uno que se ha venido trabajando a lo largo de esta tesis y otro que traemos a colación de forma propositiva.

Primero, cómo la violencia no pertenece al orden del impulso o la libido, sino al reforzamiento expresivo o performativo del estatus quo: de los perpetradores como detentores de la violencia y de las víctimas como sujetos feminizados y racializados en los márgenes socioeconómicos. Segundo, cómo las respuestas contra-necropolíticas no deben

alzarse en tanto accionares atomizados, sino a través de redes de contención que politizan el cuidado, sea desnaturalizando la figura de la mujer-madre y/o planteando identidades masculinas no-violentas, que se vuelve aún más disruptivo al enfrentar a agentes del aparato estatal, así como organizaciones criminales paraestatales que utilizan el necropoder.

En este sentido, si bien estas acumulaciones de capitales (económico, simbólico, identitario) se dan en el seno de estas instituciones militares y militarizadas, se entiende que las resistencias frente a ese necroempoderamiento no emanan de allí o tienen que concentrarse en esas esferas. De ahí la importancia de rastrear la capilarización del necroempoderamiento y enfatizar las formas de contrarrestarlas a partir de vidas vivibles y no militarizadas, corroyendo la hegemonización de una masculinidad militarizada que se devela como la forma inicial de entrar en la lógica del necroempoderamiento. La reestructuración de las FF. AA es menester, pero las resistencias al necropoder y su subjetivación, y las posibilidades de cortar la capilarización de esas masculinidades militarizadas hacia la sociedad civil desde las instituciones militares no emana de allí. Al menos, no lo viene haciendo en la realidad sociohistórica congoleña. Se trata de resistencias no estado-céntricas, y modos de resolver que cuidan la vida y permiten subsistir e inclusive (re)crear existencia, a pesar de las fallas del planeamiento desde el vértice y el atractivo del necroempoderamiento.

Conclusiones

A lo largo de la presente tesis se hizo una lectura histórica y discursiva sobre los conflictos bélicos en el este de la RDC en el período 2003-2019 en torno a la economía de guerra, y su representación en la academia y medios de comunicación, particularmente con las reformulaciones teóricas desde el Norte Global en la década del noventa y tras 2001. Frente a la complejidad de este proceso histórico y la miopía de los discursos monocausales, se revisó la constitución histórica y multidimensional de la necropolítica y necroempoderamiento en el este congolés.

En este sentido, frente a las lecturas simplistas que han empobrecido el análisis y a partir de ello ofuscado la búsqueda de soluciones, particularmente por parte de funcionarios y especialistas con una mirada estado-céntrica, fragmentada e hiperfocalizada, se ofrece este aporte para recuperar la historicidad y volver a enlazar aquello que estos discursos monocausales fragmentaron. Lo microsocial (masacres, mutilaciones, violencia sexual y generizada, etc.) con lo macrosocial (economía de guerra, intereses económicos y geoestratégicos de Estados fronterizos, inserción de las FF.AA. y grupos armados irregulares, etc.), y lo identitario (género, etnicidad, corporativismo militar, etc.) con el funcionamiento societal (una economía de guerra, legados de las guerras internacionales de 1996-2003, impunidad institucional, etc.) sin caer en un carácter instrumentalista entre ambos.

En vistas de estas problemáticas, el aporte de Mbembe desde necropolítica en 2003 y todas las críticas que se le hicieron para enriquecer, corporizar y territorializar ese concepto a las realidades del Sur Global inspiró una aproximación novedosa, sin quitarle el arraigo histórico al análisis, devolviendo un concepto que había sido pensando para los contextos africanos, matizado por aportes latinoamericanos y arraigado en la RDC. En contraste, se rechazó categóricamente el uso de Estado fallido (por su énfasis en el monopolio de la

violencia, énfasis estado-céntrico y desinterés por las transformaciones político-militares), la maldición de los recursos (que en su énfasis en el coltán ha creado una narrativa errónea sobre el financiamiento extremadamente diverso de los grupos armados irregulares así como un completo desinterés en sus otros alicientes, lo que alimentó un fallido proyecto como fue la Ley Dodd-Frank), África como espacio por fuera de la globalización (que ignora completamente sus formas particulares de inserción y ligazones contingentes con capitales transnacionales), la violencia como pulsión étnica (que naturaliza una construcción sociocultural y la divorcia de la historicidad de su instrumentalización, y aún más de las particularidades congoleesas) y la violencia sexual como pulsión biológica (que en parte ha sido superada en su expresión extrema que veía a la libido masculina como naturalmente violadora, pero que todavía persiste en la normalización de su ocurrencia en el contexto bélico). Por último, se analizaron las limitaciones potenciales de ver a la violación únicamente como arma de guerra, ya que al categorizar a estas violencias a partir de los perpetradores y acotarlas al contexto bélico y a la planificación estratégica, se cierra a la posibilidad de multicausalidad en las lógicas de los perpetradores. En este sentido, en esta tesis se enfatiza el carácter expresivo de la violencia, y no solo su cara instrumentalista.

La transformación de la FP a la ANC y luego a las FAZ fue simultáneamente una labor de inmensa continuidad (con un mantenimiento de las estructuras y jerarquías iniciales, así como las formas de represión interna de raigambre colonial) y de vuelco de estas instituciones a los intereses de Mobutu Sese Seko, ya antes de su definitiva toma del poder en 1965. En este sentido, las fuerzas armadas fueron tal vez el primer mecanismo de la neopatrimonialización del Estado por parte del mobutismo, con un aprovechamiento del desorden institucional, lealtades paralelas y distribución diferenciada de cargos y responsabilidades, que ungía a Mobutu en la cabeza. En ese proceso, se pronunció aún más

la instrumentalización de la etnicidad y la rapacidad de los militares contra los civiles, particularmente cuerpos femeninos y feminizados.

Frente a una rápida crisis sociopolítica multiescalar en el período 1994-1997 que incluye el genocidio rwandés, crisis humanitaria en el este congolés, colapso del mobutismo (neopatrimonialismo), la asunción al poder de Laurent Désiré Kabila, la expulsión de elementos foráneos de su aparato de seguridad y el estallido de la Segunda Guerra del Congo, el asesinato de Laurent Kabila, la asunción de Joseph Kabila, y el diálogo intercongolés de Sun City (Sudáfrica), lentamente se construyen las bases de una economía de guerra basada en el necropoder y en cuyo seno encontramos una cristalización del necroempoderamiento, como lógica de una violencia basada en la instrumentalización del género y etnicidad.

El denominador común entre los grupos armados irregulares y las fuerzas armadas regulares es el sujeto que se beneficia del necroempoderamiento, es decir, ese “hombre armado con uniforme”, que proyecta sobre la población civil una lectura normativa en las intersecciones de género y etnicidad, que remite a los legados coloniales y que debe performativizar su identidad a través de las violencias expresivas. Ello se vuelve atractivo, comenzando con las masculinidades militarizadas, al contraerse sus oportunidades socioeconómicas por la privatización de la tierra y pauperización social generalizada, apareciendo como única opción posible para algunos; el sistema anterior, signado por la necropolítica, es benéfico a la reproducción contemporánea del capitalismo neoliberal y particularmente a sus cadenas de suministro de materias primas para la alta tecnología.

Un rol fundamental en la fisonomía de ese necroempoderamiento lo cumple el espacio fronterizo del este congolés, en tanto es incomprensible la continuidad de muchos de estos grupos armados irregulares sin el respaldo ideológico y económico de ciertos Estados

límites (particularmente Rwanda, Burundi y Uganda), así como por el intento político-militar de estas distintas fuerzas por controlar los movimientos de estas poblaciones.

En este sentido, los intentos de control de estas comunidades en el este congolés es el modo de crear los mundos de muerte, esos enclaves extractivos predilectos para la explotación económica, pero también la disputa por una soberanía fragmentada y la performance de identidades necroempoderadas. En estos contextos, las resistencias ya están allí, desde las propias comunidades, cuando se niegan a expulsar a las víctimas de su tejido social o quiebran la capilaridad de la colonialidad al no transformarse en victimarios. Este último aspecto es uno que cabe explorar con mucha más profundidad a través de otras investigaciones, en tanto es necesario no solo una genealogía del necropoder y necroempoderamiento, sino también de las resistencias contra-necropolíticas que han hecho posibles y deseables vidas vivibles e identidades cimentadas en el cuidado de las otras personas.

Es necesario reafirmar la multidimensionalidad de las violencias, su carácter histórico y particularmente su faceta expresiva, como parte de lógicas comunes de reafirmación identitaria en grupos armados irregulares y fuerzas armadas regulares, instruidas por la colonialidad en la larga duración y afines a la reproducción del capitalismo neoliberal en un espacio fronterizo. Y por esa contingencia histórica, es posible resistirlas y enfrentarlas a través de otras lógicas.

Bibliografia

- Acker, Frank Van. 1997. "La «pembénisation» Du Haut-Kivu: Opportunisme et Droits Fonciers Revisités." *L' Afrique Des Grands Lacs*, 1–35.
- Agamben, Giorgio. 1998. *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida I*. Valencia: Pre-Textos.
- Alida, Furaha Umutoni. 2014. "'Do they fight for us?' Mixed discourses of conflict and the M23 Rebellion among Congolese Rwandophone refugees in Rwanda." *African Security* 7 (2): 71–90. <https://doi.org/10.1080/19392206.2014.909244>.
- Allen, Tristan M. 2011. "United Nations led Disarmament, Demobilization and Reintegration (DDR) in the Eastern Democratic Republic of Congo." Monterey (California).
- Amburn, Brad. 2005. "The Failed States Index 2005." *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2009/10/22/the-failed-states-index-2005/>.
- Aroon, Preeti. 2010. "Rape as a weapon of war continues in Congo." *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2010/08/24/rape-as-a-weapon-of-war-continues-in-congo/>.
- Arostegui, Julie L. 2015. "Gender and the security sector: towards a more secure future." *Connections* 14 (3): 7–30. <https://doi.org/10.2307/26326406>.
- Autesserre, Séverine. 2006. "Local violence, national peace? Postwar 'settlement' in the Eastern D.R. Congo (2003-2006)." *African Studies Review* 49 (3): 1–29. <https://www.cambridge.org/core/services/aop-cambridge-core/content/view/8AEB72455D2B584F3725A97610C6B440/S0002020600024045a.pdf/local-violence-national-peace-postwar-settlement-in-the-eastern-dr-congo-20032006.pdf>.

- . 2009. "Hobbes and the Congo: Frames, local violence, and international intervention." *International Organization* 63 (2): 249–80.
<https://doi.org/10.1017/S0020818309090080>.
- . 2012. "Dangerous tales: Dominant narratives on the Congo and their unintended consequences." *African Affairs* 111 (443): 202–22.
<https://doi.org/10.1093/AFRAF/ADR080>.
- Auty, R. M. 1993. *Sustaining development in mineral economies: The resource curse thesis*. Oxfordshire: Routledge.
- Baaz, Maria Eriksson, and Maria Stern. 2008. "Making sense of violence: Voices of soldiers in the Congo (DRC)." *The Journal of Modern African Studies* 46 (1): 57–86.
<https://doi.org/10.1017/S0022278X07003072>.
- . 2009. "Why do soldiers rape? Masculinity, violence, and sexuality in the Armed Forces in the Congo (DRC)." *International Studies Quarterly* 53 (2): 495–518.
<https://doi.org/10.1111/j.1468-2478.2009.00543.x>.
- . 2010. "The complexity of violence. Sida working paper on gender based violence." <https://www.sida.se/en/publications/the-complexity-of-violence>.
- Baaz, Maria Eriksson, Judith Verweijen, and Christine Deslaurier. 2013. "La «mère des armées» n'est pas encore morte." *Politique Africaine* 129 (1): 49.
<https://doi.org/10.3917/polaf.129.0049>.
- Barron, Thomas. 2013. "The soldier and the State in the Congo Crisis: The unprofessional legacy of the National Congolese Army." *African Security* 6 (2): 97–132.
<https://doi.org/10.1080/19392206.2013.788407>.

- Bartels, Susan, Jennifer Scott, Jennifer Leaning, Denis Mukwege, Robert Lipton, and Michael VanRooyen. 2010. "Surviving Sexual Violence in Eastern DRC." *Journal of International Women's Studies* 11 (4): 37–49.
- Baynham, Simon. 1992. "The subordination of African armies to civilian control: Theory and praxis." *Africa Insight* 22 (4): 259–63.
- Beetar, Matthew. 2019. "A contextualisation of the 2008 and 2015 xenophobic attacks: Tracing South African necropolitics." *Current Sociology* 67 (1): 122–40. <https://doi.org/10.1177/0011392118807528>.
- Benavides De La Vega, Lourdes. 2007. *Actores regionales y subregionales en África subsahariana*. Madrid: Fundación Carolina.
- Beneduce, Roberto, Luca Jourdan, Timothy Raeymaekers, and Koen Vlassenroot. 2006. "Violence with a purpose: Exploring the functions and meaning of violence in the Democratic Republic of Congo." *Intervention* 4 (1): 32–46.
- Bento, Berenice. 2018. "Who can inhabit the Nation-State?" *C'adernos Pagu*, no. 53. <https://doi.org/10.1590/18094449201800530005>.
- Bessis, Sophie. 2004. "Las nuevas figuras de la guerra en África: Ensayo de tipología de los conflictos africanos." *Nova Africa*, no. 14: 87–93. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5182795>.
- Buffa, Diego, and María José Becerra. 2014. "Guerra y paz al sur del Sahara. Nuevos abordajes conceptuales. frente a un escenario cambiante." *Historelo. Revista de Historia Regional y Local* 6 (11): 310–29.
- Büscher, Karen. 2018. "Urbanisation and the political geographies of violent struggle for power and control: Mining boomtowns in Eastern Congo." In *African Cities and the*

- Development Conundrum*, edited by Carole Amman and Till Förster, 302–24. Boston: Brill. <https://about.jstor.org/terms>.
- Butler, Judith. 1992. “Mbembe Extravagant Power.” *Public Culture* 5 (1): 67–74.
- . 2009. *Frames of War: When is life grievable?* London: Verso.
- Cabanillas, Natalia. 2018. “Reflexiones metodológicas para la investigación en contextos africanos.” En *Invitación al estudio de la historia de Asia y África*, 15–42. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (EDULP). <https://doi.org/10.35537/10915/69933>.
- . 2019. “Institucionalizar el cuidado comunitario: redefiniendo lo público.” In *Miradas en torno al problema colonial. Pensamiento anticolonial y feminismos descoloniales en los Sures Globales*, edited by Karina Ochoa Muñoz, 192–213. Buenos Aires: Akal/Inter Pares.
- Callaway, Annie. 2018. “Powering down corruption: Tackling transparency and human rights risks from Congo’s cobalt mines to global supply chains.” <https://enoughproject.org/reports/powering-down-corruption>.
- Calveiro, Pilar, and Jaume Peris Blanes. 2016. “Nuevas violencias, nuevas voces y nuevas resistencias en tiempos de reorganización hegemónica. Entrevista a Pilar Calveiro.” *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, 0 (6): 881–95. <https://doi.org/10.7203/kam.6.7667>.
- Carrizo, Mariana Belén. 2019. “Una analítica del poder desde el Sur Global: Los aportes de Achille Mbembe para una genealogía situada del racismo.” *Revista Intersticios de La Política y La Cultura*, no. 16: 43–73. <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/intersticios/index>.

- Castañeda, Jorge. 1996. "América Latina y la terminación de la Guerra Fría: Un ensayo sobre la frustración." En *América Latina en un mundo nuevo*, editado por Abraham Lowenthal y Gregory Treverton. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Castro Gómez, Santiago. 2005. *La Hybris del Punto Cero: Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Castro Sam, Ana Sabina. 2021. "Desapariciones forzadas y hallazgo de fosas clandestinas en México: El Caso del Colectivo Madres Buscadoras de Sonora." *Pacha. Revista de Estudios Contemporáneos Del Sur Global* 2 (4): 95–109. <https://doi.org/10.46652/pacha.v2i4.53>.
- Celiberti, Lilian. 2019. "Cuerpos indisciplinados y resistencias al poder." En *Feminismos Descoloniais e Outros Escritos Feministas*, editado por Christiane Ribeiro Gonçalves y Marcos Antonio Monte Rocha, 121–35. Fortaleza: Expressão Gráfica e Editora.
- Chughtai, Alia, and Hamza Mohamed. 2018. "Democratic Republic of the Congo: Elections 2018." *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/news/2018/12/28/democratic-republic-of-the-congo-elections-2018>.
- Covington-Ward, Yolanda. 2018. *Gesture and power: Religion, nationalism, and everyday performance in Congo*. Duke University Press. <https://muse.jhu.edu/>.
- Crago, Anna-Louise. 2020. "Chercher La Vie: Births, deaths, labour and militarized border-crossing among sex workers in an area of armed conflict in Eastern Democratic Republic of Congo." Toronto.
- Curry, James. 1999. "Recruiting and the doctrine of the 'Martial Race.'" In *The African Rank-and-File: Social Implications of Colonial Military Service in the King's African Rifles, 1902-1964*, edited by Timothy Parson, 53–103. London: Heinemann.

Cuvelier, Jeroen, Steven Van Bockstael, Koen Vlassenroot, and Claude Iguma. 2014.

“Analyzing the impact of the Dodd-Frank Act on Congolese livelihoods.” *Conflict Prevention and Peace Forum*.

Davalos, Pablo. 2005. “Movimientos indígenas en América Latina: el derecho a la palabra.”

En *Pueblos indígenas, Estado y democracia*. Buenos Aires: CLACSO.

Davis, Angela. 2005. *Mujeres, Raza y Clase*. Madrid: Akal.

Departments of the Air Force and Army. 1990. “Military operations in low intensity conflicts

(FM 100/20) (AFP 3/20).” Washington.

Dorlin, Elsa. 2007. “Décoloniser les structures psychiques du pouvoir.” *Mouvements* 51 (3):

142–51. <https://doi.org/10.3917/MOUV.051.0142>.

Dussel, Enrique. 1994. *1492: El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del mito de la*

Modernidad. La Paz: UMSA Plural Editores.

Ebenga, Jacques, and Thierry N'Landu. 2005. “The Congolese National Army: In search for

identity.” In *Evolutions and Revolutions: A Contemporary History of Militarism in*

Southern Africa, edited by Martin Rupiya. 63–84. Pretoria: Institute for Security Studies.

Elisee Isheloke, B., and H. von Blottnitz. 2019. “Dimensions of the Coltan and Cobalt

Resource Curse in the Democratic Republic of Congo.” In *The 9th International*

Conference on Sustainable Development in Mineral Economies, edited by Michael

Hitch, David Laurence, George Barakos, Zach Agioutantis, Juleen Brown, Glen

Corder, Paul Hagan, Harmony Musiyarira, Simit Raval, and Ian Thomson. 131–33.

Sidney: The Australasian Institute of Mining and Metallurgy.

<https://www.researchgate.net/publication/333602583>.

- Elveren, Adem Yavuz, and Valentine M. Moghadam. 2022. "Militarization and gender inequality: Exploring the impact." *Journal of Women, Politics and Policy*, 1–19.
- Erden, Özgür Olgun. 2023. "Politicising death in the Covid-19 outbreak: AKP, Necropolitics and Right-Authoritarianism in Turkey." *Javnost - The Public*, 1–14. <https://doi.org/10.1080/13183222.2023.2162295>.
- Estévez, Ariadna. 2018. "Biopolítica y Necropolítica: ¿constitutivos u opuestos?" *Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad* 25 (73): 9–43. <https://doi.org/10.32870/espinal.v25i73.7017>.
- . 2021. "Necropower in North America. The Legal Spatialization of Disposability and Lucrative Death", edited by Ariadna Estévez. *Necropower in North America*. Mexico City: Palgrave Mcmillan. <https://doi.org/10.1007/978-3-030-73659-0>.
- Ferguson, James. 2005. "Seeing like an oil company: Space, security, and global capital in neoliberal Africa." *American Anthropologist* 107 (3): 377–82.
- . 2007. *Global Shadows: Africa in the neoliberal world order*. Durham: Duke University Press.
- flores, valeria. 2008. "La ignorancia como política de conocimiento y práctica de (hetero) normalización." *Revista Trabajo Social*, no. 18: 14–21.
- . 2016. "Afectos, pedagogía, infancia y heteronormatividad: reflexiones sobre el daño." En *Pedagogías Transgresoras*, editado por Deborah Britzman, 13–30. Córdoba: Bocavulvaria.
- Foucault, Michel. 2007. *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Fukuyama, Francis. 1989. "The End of History?" *The National Interest*. <http://www.wesjones.com/eoh.htm>.

- García, Karina. 2020. "Cuatro dimensiones de la violencia del narcotráfico en México: ¿cómo las conciben los perpetradores?" *C'ONfines*, no. 31: 33–60.
- García Sánchez, Ignacio J. 2012. "La Región de los Grandes Lagos. El corazón de África en la encrucijada."
- Gautreau, Charles. 2022. "La place des soldats indigènes dans la Force Publique dans les premiers temps de l'État Indépendant Du Congo (1885-1900)." *Revue Historique des Armées* N° 306 (3): 20–32. <https://doi.org/10.3917/rha.306.0020>.
- Global Witness. 2017. "Time to Dig Deeper." <https://www.globalwitness.org/en/campaigns/democratic-republic-congo/time-dig-deeper/>.
- Gondola, Ch. Didier. 2002. *The History of Congo*. Westport: Greenwood Press.
- Grosfoguel, Ramón. 2013. "Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI." *Tabula Rasa*, no. 19: 31–58. <https://www.redalyc.org/pdf/396/39630036002.pdf>.
- Haritaworn, Jin, Adi Kuntsman, and Silvia Posocco. 2014. *Queer Necropolitics*. Milton Park: Routledge.
- Harvey, David. 2007. *A brief history of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Hashi, Mohamed Omar. 2015. "The Failed-State paradigm and implications for politics and practices of international security." *Bildhaan* 14: 78–94.
- Haskaj, Fatmir. 2018. "From biopower to necroeconomies: Neoliberalism, biopower and death economies." *Philosophy and Social Criticism* 44 (10): 1–21. <https://doi.org/10.1177/0191453718772596>.
- Helman, Gerald B., and Steven R. Ratner. 1992. "Saving Failed States." *Foreign Policy*, no. 89: 3. <https://doi.org/10.2307/1149070>.

- Heredia, Iñiguez De. 2017. *Everyday resistance, peacebuilding and State-making: Insights from "Africa's World War."* Manchester: Manchester University Press.
<https://muse.jhu.edu/book/64057>.
- Hernández Hernández, Alberto, ed. 2020. *Puentes que unen y muros que separan. Fronterización, securitización y procesos de cambio en las fronteras de México y Brasil.* Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte; Universidad Nacional de Mato Grosso do Sul.
- Hobson, John M. 2004. *Los orígenes orientales de la civilización de Occidente.* Crítica. Barcelona.
- Hochschild, Adam. 1998. *King Leopold's Ghost.* New York: A Mariner Book.
- Human Rights Watch. 2009. "Detener el uso de la violación como arma de guerra en el Congo." <https://www.hrw.org/es/news/2009/09/21/detener-el-uso-de-la-violacion-como-arma-de-guerra-en-el-congo>.
- Huntington, Samuel P. 1992. "The Clash of Civilizations?" *Foreign Policy* 72 (3): 191–218.
<https://doi.org/10.4324/9781315255156-19>.
- Iñiguez de Heredia, Marta. 2017. *Everyday resistance, peacebuilding, and State-Making: Insights from "Africa's World War."* Manchester: Manchester University Press.
- Jackson, Stephen. 2006. "Sons of which soil? The language and politics of autochthony in Eastern D.R. Congo." *African Studies Review* 49 (2): 95–123.
- Jagannathan, Srinath, and Rajnish Rai. 2022. "The Necropolitics of neoliberal State response to the Covid-19 pandemic in India." *Organization* 29 (3): 426–48.
<https://doi.org/10.1177/13505084211020195>.
- Ježik, Enrique, Goldberg David Theo, M Hernández, Saree Makdisi, María Victoria Uribe, Iván Mejía, Sarah Nuttall, et al. 2012. *Estética y violencia: necropolítica,*

militarización y vidas lloradas. Editado por Helena Chávez Mac Gregor. Ciudad de México: Universidad Nacional de México. Museo Universitario Arte Contemporáneo.

Kabunda Badi. Mbuyi. 2008. "África en la globalización neoliberal: las alternativas africanas." *Theomai* (17): 77–87. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12401706>.

———. 2010. "Causas y efectos de la conflictividad en la República Democrática Del Congo y los Grandes Lagos." *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, no. 110: 133–44.

———. 2011a. "Conflictos en África: el caso de la Región de los Grandes Lagos y de Sudán." *Investigaciones Geográficas* 55: 71–90.

———. 2011b. "La República Democrática del Congo, 50 años después: conflictos y crisis constantes." En *Utopía y realidad: 50 años de ¿independencias africanas?*, 43–56. Madrid: Casa África.

———. 2016. "África: crecimiento sin desarrollo." *Voces en el Fénix*, no. 57: 77–86.

Kakozi Kashindi. Jean Bosco. 2016. "Revisión histórica del concepto de 'raza' en Max Hering Torres y Peter Wade." *Anales de Antropología* 50 (2): 188–98. <https://doi.org/10.1016/j.antro.2016.05.010>.

Kaldor, Mary. 2012. *New and Old Wars. Organized violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press.

Karbo, Tony, and Martha Mutisi. 2012. "Ethnic conflict in the Democratic Republic of Congo (DRC)." In *Handbook of Ethnic Conflict: International perspectives*, edited by Anthony J Marsella, Dan Landis, and Rosita D Albert, 381–402. Springer Science and Business Media LLC.

- Kelly, Jocelyn. 2010. "Rape in war: Motives of militia in DRC." *United States Institute of Peace*.
- Kinsey Powell, Nathaniel. 2012. "La France, les États-Unis et la Force Interafricaine Au Zaïre (1978-1979)." *Relations Internationales* 2 (150): 71–83.
<https://doi.org/10.3917/ri.150.0071>.
- Lalji, Nadira. 2007. "The Resource Curse revised. Conflict and coltan in the Congo." *Harvard International Review*, 34–37.
- landaluze, iker zirion. 2017. "Justicia transicional en la República Democrática del Congo. Organizaciones de mujeres por la paz y contra la impunidad en Kivu Norte y Kivu Sur." En *Género y Justicia Trasnacional. Movimientos de mujeres contra la impunidad*, editado por zirion landaluze, Gloria Guzmán, y Irantzu Mendia Azkue, 271–313.
- Lee, Christopher J. 2020. "The Necropolitics of COVID-19." *Africa as a Country*.
<https://africasacountry.com/2020/04/the-necropolitics-of-covid-19>
- Letelier, Gonzalo Díaz. 2019. "Capitalismo y guerra: de la necropolítica a la necroeconomía. El nihilismo y las nuevas gramáticas de lo bélico." *Otrosiglo. Revista de Filosofía* 3 (2): 72–102.
- Levy, Joshua, Daren Firestone, and Robert Muse. 2021. "A Foreseeable Genocide. The Role of the French Government in Connection with the Genocide against the Tutsi in Rwanda."
- Lewis, Chloé. 2022. "The making and re-making of the 'Rape Capital of the World': On colonial durabilities and the politics of sexual violence statistics in DRC." *Critical African Studies* 14 (1): 55–72.

- Lind, William S; Keith, Nightengale; John. F Schmitt, Joseph W Sutton, Gary, and I Wilso. 1989. "The changing face of war: Into the Fourth Generation." *Marine Corps Gazette* (Pre-1994) 73 (10): 22–26.
- Litanga, Patrick. 2019. "What next for the DR Congo after the Disputed Election?" *Al Jazeera*. <https://www.aljazeera.com/opinions/2019/1/17/what-next-for-the-dr-congo-after-the-disputed-election>.
- Lloyd-Davies, Fiona. 2011. "Why Eastern DR Congo is 'Rape Capital of the World.'" *CNN*. 2011. <https://edition.cnn.com/2011/11/24/world/africa/democratic-congo-rape/index.html>.
- López Contreras, Eleonora, Lina Magalhaes Machado, Esteban Nazal Moreno, y Felipe Valdebenito Tamborino. 2020. "Violencia de género en zonas fronterizas: debates teóricos y estudios de caso en contextos globales." *RUMBOS TS. Un espacio crítico para la reflexión en Ciencias Sociales*, no. 23: 119–57. <https://doi.org/10.51188/rrts.num23.412>.
- López Ramírez, Adriana María. 2010. "República Democrática Del Congo: ¿el campo estéril de los olivos?" *Oasis* 15: 173–98. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=53121459009>.
- Løvgren, Rose. 2015. "Masculinity and mass violence in Africa: Ongoing debates, concepts and trends." Copenhagen, Danish Institute for International Studies (DIIS).
- Lugones, María. 2008. "Colonialidad y Género." *Tabula Rasa*, no. 9: 73–101.
- Maciel, Beatriz Castelo Branco. 2019. "Da Necropolítica a Transmodernidade. Ensaio sobre a colonialidade através de história da República Democrática Del Congo." *Revista Ensaios* 14: 138–52.

- Maldonado-Torres, Nelson. 2007. "Sobre la Colonialidad del Ser: contribuciones al desarrollo de un concepto." En *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*, editado por Santiago Castro-Gómez y Ramón Grosfoguel, 127–67. Bogotá: Siglo del Hombre Editores; Universidad Central; Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana; Instituto Pensar.
- Malomalo, Bas'ilele. 2019. "Fronteiras de violências nos corpos das mulheres na República Democrática Do Congo." *Sociedade em debate, Pelotas*, 29–46. https://redib.org/Record/oai_articulo3035411-fronteiras-de-violências-nos-corpos-das-mulheres-na-república-democrática-do-congo.
- Mamdani, Mahmood. 1996. *Citizen and Subject: Contemporary Africa and the Legacy of Late Colonialism*. Princeton University Press.
- . 2003. "Darle sentido histórico a la violencia política en el África poscolonial." *Centro de Investigación y Docencia Económicas*, 48–68. <http://aleph.academica.mx/jspui/handle/56789/11424>.
- Mantz, Jeffrey W. 2008. "Improvisational economies: Coltan production in the Eastern Congo." *Social Anthropology/Anthropologie Sociale* 16 (1): 34–50.
- . 2018. "From digital divides to creative destruction: Epistemological encounters in the regulation of the 'blood mineral' trade in the Congo." *Anthropological Quarterly* 91 (2): 525–49. <https://doi.org/10.1353/anq.2018.0025>.
- Marín, Cándida Elizabeth Vivero. 2020. "Necroescrituras, las muertes duras y los sujetos endriagos." *Sincronía*, no. 77: 265–83.
- Martínez Andrade, Luis. 2019. "Sayak Valencia." En *Feminismos a la contra: entre-vistas al Sur Global*, 215–28. Cantabria: La Vorágine.

- Massey, Rachel. 2021. "Reforming masculinity. The politics of gender, race, militarism, and security sector reform in the Democratic Republic of Congo." *International Feminist Journal of Politics*, 1–22.
- Mbembe, Achille. 1992. "The banality of power and the aesthetics of vulgarity in the postcolony." *Public Culture* 4 (2): 1–30.
- . 2001. *On the postcolony*. Los Angeles: University of California Press.
- . 2003. "Necropolitics." *Public Culture* 15 (1): 11–40.
<https://doi.org/10.1215/08992363-15-1-11>.
- . 2011. *Necropolítica: seguido de sobre el gobierno privado indirecto*. Editado por Elisabeth Falomir Archambault. Barcelona: Melusina.
- . 2012. "Necropolítica, una revisión crítica." En *Estética y violencia: necropolítica, militarización y vidas lloradas*, 130–40. Ciudad de México: MUAC.
<https://vadb.org/publications/estetica-y-violencia-necropolitica-militarizacion-y-vidas-lloradas/graph>.
- . 2019. *Necropolitics*. Durham: Duke University Press.
- McClintock, Anne. 1995. *Imperial Leather. Race, gender and sexuality in the colonial conquest*. London: Routledge.
- Mendoza, Brenny. 2019. "La colonialidad del género y del poder: de la postcolonialidad a la decolonialidad." En *Miradas en torno al problema colonial. Pensamiento Anticolonial y Feminismos Descoloniales en Los Sures Globales*, editado por Karina M. Ochoa, 35–69. Buenos Aires: Akal.
- Mertens, Charlotte, and Henri Myrntinen. 2019. "'A real woman waits'. Heteronormative respectability, neo-liberal betterment and echoes of coloniality in SGBV

- programming in Eastern DR Congo.” *Journal of Intervention and Statebuilding* 13 (4): 418–39. <https://doi.org/10.1080/17502977.2019.1610992>.
- Mezzadra, Sandro. 2008. “Introducción.” En *Estudios poscoloniales. Ensayos fundamentales*. 15–32. Cádiz: Traficantes de Sueños.
- Miller, Todd. 2014. *Border Patrol Nation. Dispatches from the front lines of Homeland Security*. San Francisco: City Lights Books/Open Media Series.
- Montag, Warren. 2005. “Necroeconomics. Adam Smith and Death in the Life of the Universal.” *Radical Philosophy* 134: 7–17.
- Morris, Julia Caroline. 2023. “Necropolitics as accumulation: Enforcement and enclosure in Brisbane during COVID-19.” *Political Geography* 102: 102854. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2023.102854>.
- Moufflet, Véronique. 2008. “Le paradigme du viol comme arme de guerre à l’Est de La République Démocratique Du Congo.” *Afrique Contemporaine* 3 (227): 119–33.
- Mouzo Williams, David. 2019. “Las limitaciones del «Estado fallido» y el «pos-conflicto» para la República Democrática del Congo: la opacidad como legado de las guerras africanas de 1997-2003.” En *XIII Jornadas de Sociología*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. <https://www.aacademica.org/000-023/378>.
- . 2022. “Neoextractivismo en la República Democrática del Congo y Angola. Entre la globalización neoliberal, las tendencias regionales y particularidades locales.” *Brazilian Journal of African Studies* 7 (13): 71–90. <https://www.seer.ufrgs.br/rbea/article/view/120775>.

- Müller-Koné, Marie. 2015. "Débrouillardise: Certifying 'Conflict-Free' minerals in a context of regulatory pluralism in South Kivu, DR Congo." *The Journal of Modern African Studies* 53 (2): 145–68. <https://doi.org/10.1017/S0022278X15000178>.
- Ndlovu-Gatsheni, Sabelo J. 2007. "Re-thinking the colonial encounter in Zimbabwe in the early twentieth century." *Journal of Southern African Studies* 33 (1): 173–91. <https://doi.org/10.1080/03057070601136699>.
- . 2012. "Beyond the equator there are no sins: Coloniality and violence in Africa." *Journal of Developing Societies* 28 (4): 419–40. <https://doi.org/10.1177/0169796X12463143>.
- Njoku, Emeka Thaddues. 2021. "The state of terrorism research in Africa." *Critical Studies on Terrorism* 14 (4): 502–5. <https://doi.org/10.1080/17539153.2021.1983113>.
- Nzongola-Ntalaja, Georges. 2002. *The Congo. From Leopold to Kabila. A People's History*. New York: Zed Books.
- Omer, Buatu Batubenge y Marco Antonio Lugardo Reyes. 2011. "Los derechos de los infantes y el saqueo de recursos minerales en la República Democrática del Congo: la internacionalización de la criminalización Del Estado." *Estudios de Asia y África* 46 (2): 333–64. <https://estudiosdeasiayafrika.colmex.mx/index.php/ea/article/view/2030>.
- Parker, Dominic P., and Bryan Vadheim. 2017. "Resource cursed or policy cursed? US regulation of conflict minerals and violence in the Congo." *Journal of the Association of Environmental and Resource Economists* 4 (1): 1–49. <https://doi.org/10.1086/689865>.
- Patrick, Stewart. 2007. "'Failed' States and global security: Empirical questions and policy dilemmas." *International Studies Review* 9 (4): 644–62.

- Posada Kubissa, Luisa. 2015. "El 'género', Foucault y algunas tensiones feministas." *Estudios de Filosofía*, no. 52: 29–43. <https://doi.org/10.17533/udea.ef.n52a03>.
- Preciado, Paul B. 2020. "Learning from the Virus." *Artforum International* 58 (9). <https://www.artforum.com/print/202005/paul-b-preciado-82823>.
- Puar, Jasbir K. 2007. *Terrorist assemblages. Homonationalism in queer times*. Durham: Duke University Press.
- Quijano, Aníbal. 2014. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina." En *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder: Antología Esencial*, 777–832. Buenos Aires: CLACSO.
- Reybrouck, David Van. 2015. *Congo. The Epic History of a People*. London: Fourth State.
- Reyes, Marco Antonio Lugardo. 2005a. "Contradicciones y repercusiones del Estado unitario en las estructuras aldeanas: una mirada desde las provincias de Kivu." Ciudad de México: Colegio de México.
- . 2005b. "La transición política y la nueva constitución de la República Democrática del Congo." *Estudios de Asia y África* 40 (3): 687–708. <https://estudiosdeasiayfrica.colmex.mx/index.php/ea/article/view/1768>.
- . 2010. "Economía de guerra y criminalización internacional en la zona de los Grandes Lagos (Congo, Uganda y Rwanda)." *Acta Sociológica* 1 (54): 97–118. <https://doi.org/10.22201/FCPYS.24484938E.2011.54.25673>.
- . 2012. "La República Democrática del Congo: orden político y autoridad en contextos electorales, neopatrimoniales y de economía de guerra." Ciudad de México: El Colegio de México.

- . 2020. “Elecciones, poder y antipoder en la República Democrática del Congo (1960-2019): el voto de lo ‘invisibilizado.’” *Estudios de Asia y África* 55 (3): 507–41. <https://doi.org/10.24201/ea.v55i3.2616>.
- Robinson, Colin D. 2021. “A forgotten decade? Politicking and war for the ANC/FAZ 1967-1977.” *Small Wars and Insurgencies* 32 (7): 1117–37. <https://doi.org/10.1080/09592318.2021.1895589>.
- Sagot, Montserrat. 2013. “El femicidio como necropolítica en Centroamérica.” *Labrys*. https://www.researchgate.net/publication/258210077_El_femicidio_como_necropolitica_en_Centroamerica.
- Santos, Paula Colodetti. 2019. “Narrativas femininas e saúde mental: a saída da República Democrática do Congo.” Rio de Janeiro: Universidad do Estado do Rio de Janeiro.
- Schetter, Conrad, and Marie Müller-Koné. 2021. “Frontiers’ violence: The interplay of State of exception, frontier habitus, and organized violence.” *Political Geography* 87 (May). <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2021.102370>.
- Schoeman, A. 2008. “The dilemma of the Failed State thesis in post-9/11 world affairs.” *Koers* 73 (4): 751–70.
- Scott, Ariel Osterweis. 2010. “Performing acupuncture on a necropolitical body: Choreographer Faustin Linyekula’s Studios Kabako in Kisangani, Democratic Republic of Congo.” *Dance Research Journal* 42 (2): 11–27. <http://muse.jhu.edu/journals/drj/summary/v042/42.2.scott.html>.
- Scott, James. 1998. *Seeing like a State. How certain schemes to improve the human condition have failed*. Yale: Yale University.
- Secretary-General to the Security Council. 2021. “Report of the Secretary-General to the Security Council (S/2021/312). Democratic Republic of the Congo.”

<https://www.un.org/sexualviolenceinconflict/countries/democratic-republic-of-the-congo/>.

Segato, Rita Laura. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes. Prometeo.

———. 2014. *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Ciudad de México: Tinta Limón.

———. 2016. *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de sueños.
https://www.traficantes.net/sites/default/files/pdfs/map45_segato_web.pdf.

Shaw, Bryant P. 1984. "Force Publique, Force Unique: The military in the Belgian Congo, 1914-1939." Wisconsin: University of Wisconsin-Madison.

Sinalo Williamson, Caroline. 2023. "Do the media make sexual violence 'Congolese'? Phallo- and ethnocentrism in the international coverage of Dr Mukwege's Story." In *Representing gender-based violence: Global perspectives*, edited by Caroline Sinalo Williamson and Nicoletta Mandolini, 25–46. Cork: Palgrave Mcmillan.

Snow, Dan. 2013. "DR Congo: Cursed by its natural wealth." *BBC News*.
<https://www.bbc.com/news/magazine-24396390>.

Stoop, Nik, Marijke Verpoorten, and Peter van der Windt. 2018. "More legislation, more violence? The impact of Dodd-Frank in the DRC." *PLoS ONE* 13 (8).
<https://doi.org/10.1371/JOURNAL.PONE.0201783>.

Suhrke, Astri. 2008. "A contradictory mission? NATO from stabilization to combat in Afghanistan." *International Peacekeeping* 15 (2): 214–36.
<https://doi.org/10.1080/13533310802041477>.

Szuhai, Ilona. 2015. "Rethinking the concept of Failed State." *Central European Papers* 3 (2): 99–110. <https://doi.org/10.25142/cep.2015.020>.

Talbayev, Edwige Tamalet. 2023. "The Residual Migrant: Water necropolitics and borderization." *Interventions* 0 (0): 1–15. <https://doi.org/10.1080/1369801X.2023.2190921>.

Tardif, Eric. 2014. "Minerales que suscitan pasiones: ¿el inicio de la pugna por lo que queda?" *Anuario Mexicano de Derecho Internacional* XIV: 765–800. [www.juridicas.unam.mx](http://biblio.juridicas.unam.mx)<http://biblio.juridicas.unam.mx><http://biblio.juridicas.unam.mx>.

The Economist. 1977. "Dutch Disease." 1977. <https://www.uio.no/studier/emner/sv/oekonomi/ECON4925/h08/undervisningsmateriale/DutchDisease.pdf>.

The UN Refugee Agency. 2023. "Sexual and Gender Based Violence (SGBV) Prevention and Response. Emergency Handbook." <https://emergency.unhcr.org/protection/protection-mechanisms/sexual-and-gender-based-violence-sgbv-prevention-and-response>.

Tshibambe, Germain Ngoie. 2007. "La privatización del Estado: el caso de la República Democrática del Congo (RDC)." *SODEPAZ*, 1–7. https://www.academia.edu/32952924/La_privatización_del_Estado_el_caso_de_la_República_Democrática_del_Congo_RDC_.

Turner, Thomas. 2007. *The Congo Wars: Conflict, myth and reality*. New York: Zed Books.

Uchendu, Egodi. 2008. *Masculinities in contemporary Africa*. Dakar: Council for the Development of Social Science Research in Africa.

Urs, Andreaa Bianca. 2020. "From conflict to terrorism in RD Congo." *Studia UBB Europea* 65 (1): 55–73.

Usanov, Artur, Marjolein de Ridder, Willem Auping, Stephanie Lingemann, Luis Tercero Espinoza, Magnus Ericsson, Masuma Farooki, Henrike Sievers, and Maren Liedtke. 2013. "Coltan, Congo & Conflict Report."

Uvin, Peter. 1999. "Ethnicity and power in Burundi and Rwanda: Different paths to mass violence." *Comparative Politics* 31 (3): 253–71.

Valencia Triana, Sayak. 2010. *Capitalismo Gore*. Madrid: Editorial Melusina.

———. 2012. "Capitalismo Gore y Necropolítica en México contemporáneo." *Debate Feminista* 50: 51–76.

———. 2014. "Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo." *Universitas Humanística*, no. 78: 66–88.
<https://doi.org/10.11144/javeriana.uh78.ttpa>.

———. 2016. "'This is what the worship of Death looks like': Capitalismo Gore, TLCAN y Máquina feminicida." *México Interdisciplinario* 9 (5): 106–18.

Vallterra, María Cervera. 2014. "El caso de la República Democrática del Congo: efectos perversos de la globalización en un Estado fallido." *Añuario Español de Derecho Internacional* 30: 87–138. <http://www.un.org/es/comun/>.

Vanmeerbeek, Roger, and Pascal Delheye. 2013. "Military sport in the Belgian Congo: From physical training and leisure to Belgian-Congolese records in track and field, 1945-1960." *International Journal of the History of Sport*.
<https://doi.org/10.1080/09523367.2013.861127>.

- Ventos Lopes Heimer, Rosa dos. 2022. "Bodies as territories of exception: The coloniality and gendered necropolitics of State and intimate border violence against migrant women in England." *Ethnic and Racial Studies* 46 (7): 1378–1406. <https://doi.org/10.1080/01419870.2022.2144750>.
- Vlassenroot, Koen, and Karen Büscher. 2013. "Borderlands, identity and urban development: The case of Goma (Democratic Republic of the Congo)." *Urban Studies* 50 (15): 3168–84. <https://doi.org/10.1177/0042098013487772>.
- Wallström, Margot. 2010. "'Conflict Minerals' finance gang rape in Africa." *The Guardian*, August 2010. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2010/aug/14/conflict-minerals-finance-gang-rape>.
- Weber, Max. 2000. *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Whitley, Leila. 2017. "The Disappearance of race: A critique of the use of Agamben in border and migration scholarship." *Borderlands* 16 (1): 1–23.
- Wieringen, Kjeld van. 2020. "To counter the rationality of sexual violence: Existing and potential policies against the genocidal use of rape as a weapon of war in the Democratic Republic of Congo." *Journal of International Humanitarian Action* 5 (1). <https://doi.org/10.1186/s41018-020-00074-4>.
- Wood, Elisabeth Jean. 2010. "Rape is not inevitable in war." *Journal of International Affairs*, 161–63.
- World Bank. 2022. "Population Data." 2022. <https://data.worldbank.org/indicator/SP.POP.TOTL?locations=CD>.
- Young, Steven B. 2018. "Responsible sourcing of metals: Certification approaches for Conflict Minerals and Conflict-Free metals." *International Journal of Life Cycle Assessment* 23 (7): 1429–47. <https://doi.org/10.1007/s11367-015-0932-5>.

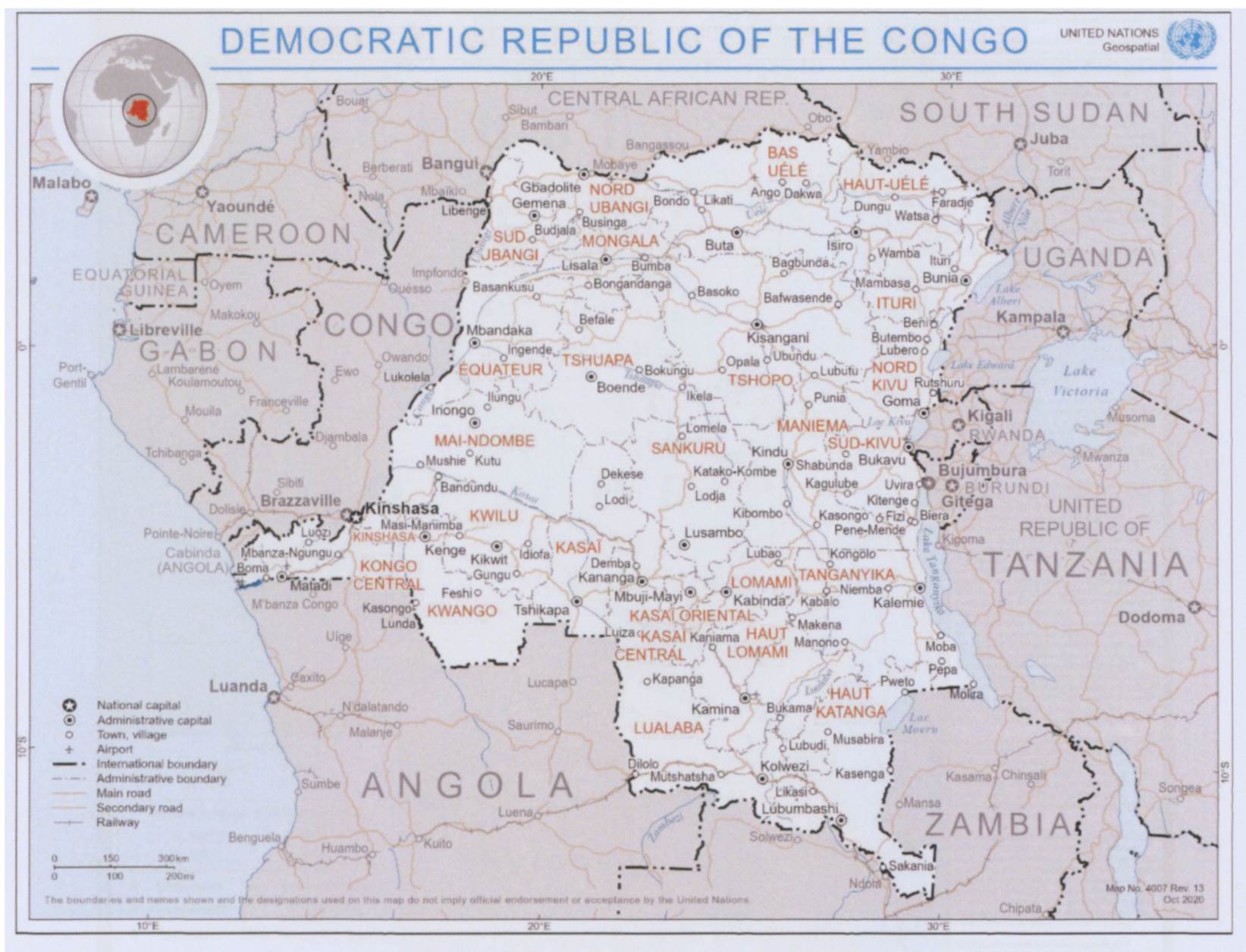
Zartman, I. William. 1998. *Collapsed States: The Disintegration and Restoration of Legitimate Authority*. Book. Edited by William I. Zartman. SAIS African Studies Library. London: Lynne Rienner.

Zeedyk, Suzanne. 2007. "The science of rape: (Mis)constructions of women's trauma in Evolutionary Theory:" *Feminist Review* no. 86: 67–88.
<https://doi.org/10.1057/PALGRAVE.FR.9400353>.

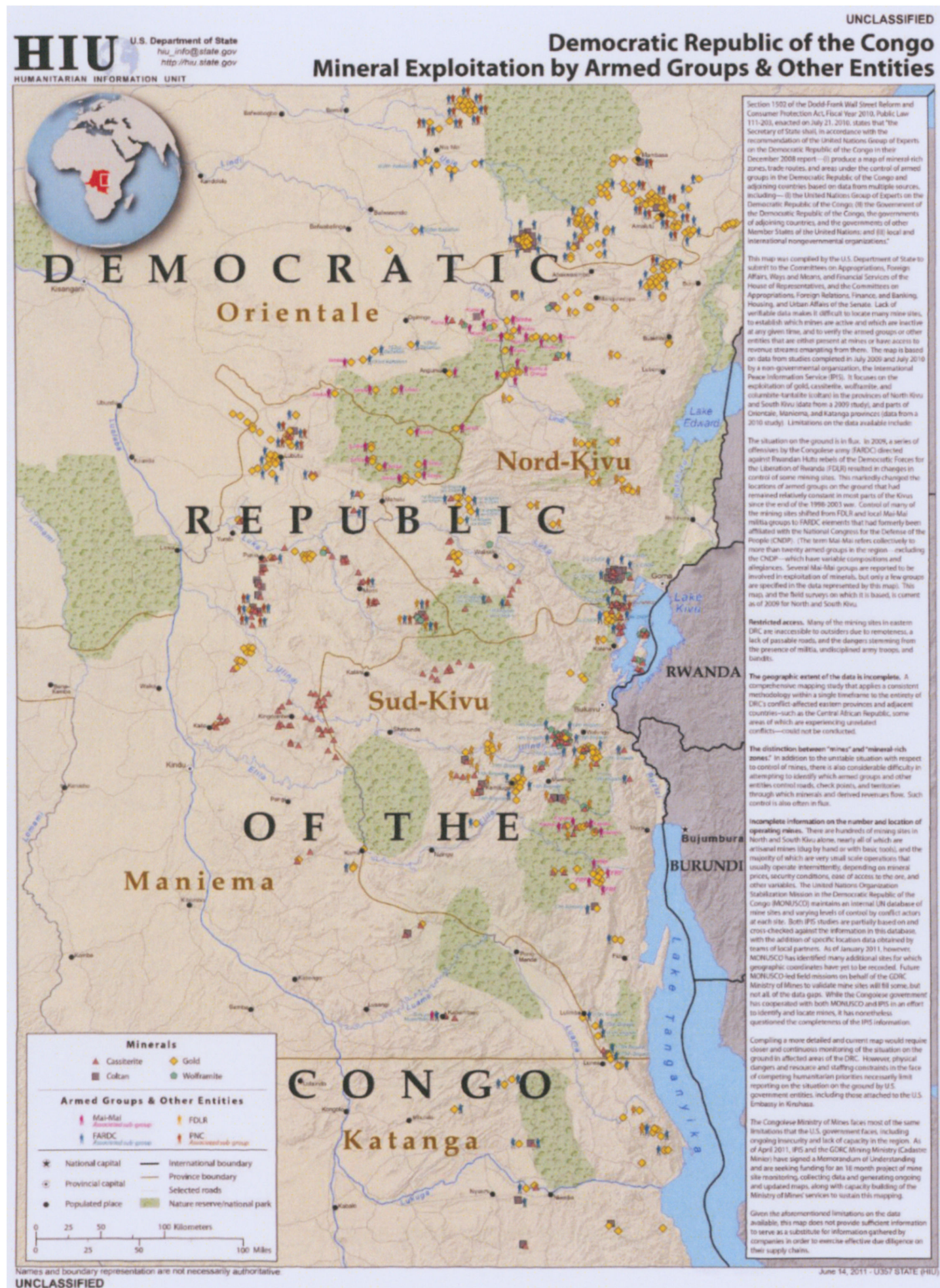
Mapas

Mapa 1 – Mapa de la República Democrática del Congo. Elaborado y recuperado de la ONU.

Recuperado de <https://www.un.org/geospatial/content/democratic-republic-congo>



Mapa 2 – Mapa de minería artesanal asociada a grupos armados en el este congolés, por el Departamento de Estado estadounidense, c. 2010-2011. Recuperado de <https://reliefweb.int/map/democratic-republic-congo/democratic-republic-congo-mineral-exploitation-armed-groups-other-1>





Multiprint Mx

De frente a tus ideas

www.multiprint.mx

whatsapp 55 4257 4153

tels. 55 5554 4021, 55 5658 4853

